RICARDO G. CURCI

EL SUE�O ES VIGILIA

�Tantas tardes, sentado en la desagradable tierra labrada por sus manos, Ad�n habr� pensado en el para�so. El para�so puede ser un torbellino de viento. Y Ca�n, �en qu� habr� pensado?�

Sara Gallardo

PREFACIO

Los textos que prologamos, fueron encontrados entre los papeles dispersos que Cecilia Taboada dej� inconclusos o terminados, pero de ninguna manera clasificados u ordenados de manera que indicaran pistas de alguna posible publicaci�n.

Los poemas correspondientes al ciclo El sue�o es vigilia, fueron descartados en el momento de la publicaci�n de Alimentar a las moscas, tambi�n de forma p�stuma y por quien suscribe, por expreso ordenamiento y esquematizaci�n de Cecilia, libro que no ella alcanz� a ver publicado. En este �ltimo caso, hab�a organizado la estructura por ejes tem�ticos, descartando los poemas de El sue�o� por no considerarlos maduros ni suficientemente trabajados. Siempre fue muy estricta con su obra escrita, y puedo decir, por propia experiencia, que lo fue con casi todo en su corta vida. La frustraci�n ante el fracaso continuo al que sent�a estaba expuesta, como todos, en realidad, -y esto fue lo que yo, como m�dico y su pareja en ese entonces, no pude hacerle no solo aceptar, ni siquiera sobrellevar-, le hac�a corregir una y otra vez sus textos.

Al hacer p�blicos estos papeles, e incluso haci�ndome cargo, esta vez expresamente, de la responsabilidad plena de la organizaci�n y selecci�n de los textos, me expongo a las mismas cr�ticas que ya ha recibido Ted Hughes al publicar los textos de Sylvia Plath. Las comparaciones, por supuesto, son siempre desagradables, sobre todo en lo que a mi papel respecta, pero no en cuanto a la calidad po�tica de Cecilia, la cual, en opini�n de muchos especialistas y literatos de val�a, no deja nada que desear en relaci�n con la obra de Plath.

En esta edici�n, decid� reincorporar los poemas descartados, e intercalarlos con relatos en prosa po�tica concluidos o que podr�an considerarse terminados, y que presentan cierta similitud estil�stica o argumental con los poemas.

Quedan muchos papeles a ordenar y clasificar, tambi�n muchas carpetas sin abrir todav�a, atados con el hilo sisal que dec�a era el mejor para evitar que los folios, desbordados, se desparramaran. Recuerdo su figura menuda, su cuerpo fr�gil, tambale�ndose sobre sus piernas sufridas, esmer�ndose en armar las carpetas luego de cada exhaustiva revisi�n, para despu�s atarlas, y por �ltimo, al fracasar ella misma, pidi�ndome que la ayudase a colocarlos en los estantes de su biblioteca. Entonces me observaba hacerlo como si viese m�s all� de m�, y sellaba el instante con un beso que se parec�a al roce de una mosca en la mejilla, �spera, irritante, pero cuya brevedad provocaba inmediatamente el deseo.

Ella ha dejado m�ltiples textos, sobre todo de prosa, entre los que hay cuentos, art�culos y ensayos, y hasta una extensa novela fant�stica que la vi escribir espor�dicamente, que iba titular La guerra, t�tulo ic�nico de su conflicto interior cuerpo-alma. Durante los diez a�os que vivimos juntos, muy raramente la vi dejar de lado los l�pices y los papeles, tanto para escribir como para corregir. Su mente era brillante, y ella lo sab�a, claro, por eso escrib�a, pero su virtud estaba en dejarlo saber a unos pocos. Yo fui uno de esos escasos privilegiados. Uno de los que, adem�s, entrevi� su dolor constante, el de su cuerpo y el de su alma.

Cecilia era un misterio que se revela en cada p�gina, contradictoria, asombrosamente imaginativa, terriblemente aguda y filosa siempre, desencantada y apocal�ptica en muchas ocasiones. Eso es lo que resultar� de su lectura para quienes a�n no la conocen, o la conocen poco, que son la mayor�a de los interesados en la poes�a.

Cecilia no dorm�a nunca, porque incluso so�aba estando despierta. Por eso el t�tulo de estos poemas tan extra�os. Eso mismo fue lo que me dijo mi actual

mujer, mientras clasific�bamos, y escarb�bamos, debo confesar, en los papeles apoyados en las estanter�as del departamento en que muri�. Natalia, siendo cantante y creadora de peque�os l�eder, me se�al�, en una de aquellas largas y enso�adoras tardes de invierno en Buenos Aires, con el ventanal abierto al balc�n que daba a la calle Sarmiento, uno de los poemas incluidos en el primer libro. Toda la filosof�a de Cecilia, me dijo, que a�n queda por develar, podr�a sintetizarse en uno de esos versos. Entonces me alcanz� el papel con el manuscrito, que quiz� Cecilia escribi� en mi presencia no mucho tiempo antes, en la �poca en que yo me revolv�a en mis frustrados sue�os de ciencia y conocimiento, mientras ella intentaba desesperadamente enmendar los errores de Dios. Como dice en uno de sus poemas m�s l�cidos:

el error es un n�mero cero despu�s de la �ltima cifra

Bernardo Ruiz

Compilador

I. EL PERRO DE L�ZARO

1

�Qui�n ha dicho alguna vez que debes levantarte? �Qui�n, que tienes la obligaci�n moral, la obligaci�n supuestamente humana, como si el hombre estuviese expuesto a una escritura desde el mismo imperecedero instante, indeleble para la tinta del tiempo, insobornable y eterno, viajando a millares de kil�metros m�s all� de toda raz�n conocida o imaginada, o incluso nunca imaginable, como el recato de los dioses paganos?

No hay escritura ni escribiente, y ni el viejo Dios cristiano es suficiente excusa para determinar el nacimiento y la muerte de los hombres.

L�zaro, sin�nimo de resurrecci�n y de fastidio. De incomprensi�n y de terror expresado en t�rminos a�n no dilucidados por la corriente magn�nima y simult�neamente cruel del mundo cotidiano. �Qui�n ha dicho alguna vez que has resucitado? Tal vez, eres un fraude, uno de los tantos perpetrados por la imaginaci�n de ladrones y embusteros. Porque ya se sabe que muchos ladrones han sido perdonados. El robo no es tan grave como un asesinato, as� los jueces lo han decidido.

�Pero matar no es acaso robar una vida definitivamente? Quiz� ni siquiera pueda ser llamada definitiva esta cuesti�n, porque esa vida puede ser devuelta con la vida de quien se la ha llevado bajo el brazo. Como aquel que roba una hogaza de pan, en forma sigilosa y en medio de la sombra de una tarde que cae, sobre el G�lgota o el R�o de la Plata, lo mismo da el lugar o el tiempo.

El pan no ha cambiado, el trigo sigue cultiv�ndose y cosech�ndose a expensas de la tierra en la que se sepulta a Cristo todos los d�as, con la incontenible verborragia de Hitler en original ense�anza, o la parsimoniosa decrepitud de S�neca, mientras los versos de Horacio o C�tulo secundan la muerte que sobrevendr�. La avasalladora muerte que ni el mismo Cristo pudo contener, como si su cuerpo fuese una represa que no aguant� mucho tiempo la presi�n de las aguas del deshielo de la monta�a m�s alta de Asia, la torre que nunca lleg� en realidad a ser demolida, Babel aquella sobre la que las lenguas comenzaron a diversificarse, y cada hombre comenz� a llamar a Dios de un modo distinto. Desde entonces la muerte no fue por hambre, sino por posesi�n. No de mujeres ni de tierras, aunque �stas son lo m�s cercano al poder de Dios en las manos ambicionas del hombre, sino del nombre de Dios, cuya revelaci�n es lo mismo que ser llamado uno mismo Dios de todo el universo. Nombramos para poseer, para contener en una �nica palabra todo el tiempo y el espacio.

Nombrar es tener sin siquiera mover las manos o los labios, porque el pensamiento es posesi�n �nica del hombre, lenguaje es poder emanado de un sitio de tinieblas, de sombra apartada por breves vientos luminosos. Cada letra es un nacimiento, un parto donde los gritos son esferas de angustia exhaladas por mujeres hechas de tierra y piedra. Mujeres brotadas del suelo como plantas, como flores, como �rboles de tallos rotos y ra�ces esplendorosamente fuertes. Cada letra es un hombre ya crecido pero ciego, buscando a tientas la luz, como si �sta pudiese ser palpada. Pero todos sabemos que la luz del Dios es fr�a y no da calor, como un tubo fluorescente en una marquesina anunciando un espect�culo en pleno Broadway una noche de s�bado, una propaganda de Coca-Cola sobre una avenida de Buenos Aires, o un cabaret escondido en los suburbios de Montevideo. Cada uno de estos ejemplos, as� ordenados, muestra la hecatombe de Dios, la degradaci�n del pensamiento. Porque pensar es la suma de todas las virtudes y de todo el poder del que el hombre pueda disponer alguna vez.

Luces y m�sica, orquestas entonando melod�as inolvidables, cantos al amor y la felicidad. Y cuando los disc�pulos de Cristo salgan del teatro tarareando las canciones reci�n escuchadas, se enfrentar�n con los enormes carteles que los incitar�n a gastar y consumir, a beber lo que no desean y comer lo que no les apetece. Pero simular�n que las pizzer�as son tabernas de Jerusal�n, los restaurantes un lugar parecido a las orillas del r�o donde Jes�s multiplic� los

panes y los peces, salvo que esta vez encontrar�n gourmets ofreciendo platos casi vac�os que los disc�pulos deber�n pagar a grandes precios. Cuentas tan exorbitantes que maldecir�n la abundancia del enga�o, el fraude de la ambici�n que alguna vez sintieron ante el milagro econ�mico de Cristo. Como en una Alemania recuperada de la Segunda Gran Guerra, un milagro surgido de la sangre de los no creyentes en el Mes�as, los disc�pulos saldr�n ebrios de aquellos restaurantes, rebosantes de comida sus cuerpos cubiertos de t�nicas que apenas cubren las partes excitadas de sus cuerpos. Orinar�n cerveza en las veredas, escapar�n de algunos polic�as y de la reprobadora mirada de los aristocr�ticos matrimonios que simulan ir en camino a sus palacios orientales situados sobre calles de barrio con fachadas de cal descascarada y techos de una urdimbre m�s destinada al derrumbe que a la posteridad.

Caminar�n despacio, tambale�ndose, gritando y riendo, a veces llorando de gozo y de angustia, abraz�ndose, sosteni�ndose unos a otros. Los doce ap�stoles se acercar�n a los suburbios en busca de las luces de ne�n que dibujan figuras de mujeres movi�ndose y contone�ndose l�bricamente, pero que bajo una mirada m�s atenta, no soportar�an el peso de la seriedad. La risa no del gozo del sexo, sino la risa de los ni�os frente a dibujos animados. Dibujos de mujeres que apenas insin�an descaradamente lo que esconden los interiores de aquellos lugares: cuerpos dados vuelta, sexo como anatom�a en manuales de escuela p�blica.

Ellos, sin embargo, no reir�n. Van a entrar, traspasando las puertas sin ning�n San Pedro preguntando los m�ritos o desm�ritos de cada uno. Entrar�n en el Para�so. Y saben que como todos los para�sos de los que sabios y tontos, reyes y mendigos han hablado a lo largo de los siglos, no durar� mucho. Ver�n la desnudez m�s hermosa, probar�n los sabores m�s deliciosos, y m�s tarde, luego de la fatiga y la lucidez recuperada, un musculoso portero vendr� a echarlos a base de pu�os y patadas. Apenas tendr�n tiempo de recoger sus ropas para no salir desprotegidos, vulnerables a la luz de la ciudad en la ma�ana.

Ver�n, cuando sus ojos se hayan acostumbrado al sol, que ese sol tiene la musicalidad de la palabra que lo nombra, esa sola s�laba a la que sus letras le otorgan una tenue m�sica sea cual sea el idioma en el que se la pronuncie. Se mirar�n entonces unos a los otros, d�ndose cuenta de una peque�a y sublime revelaci�n, ocultada por el hambre de la ma�ana: con una de las letras del sol comienza el nombre de L�zaro. El milagro de su Se�or que nunca llegaron a entender, que miraron con terror, tanto al hombre resucitado como a la idea misma de aquel hecho. Lo incomprensible era tan simple como el renacimiento del sol, como el mundo dando vueltas una y otra vez.

�Hasta cu�ndo�? Hasta que Dios decidiera retirarse con una gran festejo, un tributo semejante al de un jugador de f�tbol o una estrella de cine. O tal vez simplemente como la reuni�n de despedida de un viejo oficinista de la calle San Mart�n de Buenos Aires, una tarde veinte minutos antes de la hora de salida, con sidra en vasos de papel, s�ndwiches de miga y un par de tristes discursos, mientras todos, incluso el Dios listo para su jubilaci�n, miran sus relojes, pensando en el tren o el colectivo que perder�n si no se apuran, en la cita en el caf� de la esquina con los amigos, o en la mujer que los aguarda para ir a un hotel alojamiento.

S�lo Dios no tendr� a nadie que lo espere en su departamento vac�o, quiz� s� un gato, quiz� un canario. Pero no un perro. Los perros huelen el miedo y conocen el destino de sus amos, por eso el viejo nunca quiso tener uno, porque habr�a sido como tener un espejo frente a �l cada d�a al regresar a casa. Y aunque no habr�a soportado tal cosa, siempre lament� no o�r ladridos ni poder acariciar el lomo de un perro fiel, como un amigo demasiado sincero. Como un amigo al que no habr�a podido matar. Para eso estaba su Hijo, el desconocido, al que nunca toc� ni vio, y por lo tanto por el que evit� tener cualquier clase de sentimiento.

No, jam�s tuvo ni tendr�a un perro.

Sin embargo, lo lamentar�a eternamente, porque es sabido por todos que hasta L�zaro tuvo alguna vez un perro.

�Para qu� has despertado, L�zaro? Para qui�n, quiz�, deber�amos preguntar. Abrir tus ojos a la luz cegadora del d�a tras la abertura en la piedra de tu sepulcro, luz que bebe del manantial de Cristo, fuente agotada desde hace muchos siglos. Porque la luz es tan fantasmal como el agua y la luz que en ella se refleja. Borboteos parecidos a ladridos de tus perros, a llantos de mujeres que se confunden con aullidos, a gritos de espasmos de parturientas que a miles de kil�metros de distancia de tu desierto, dan a luz beb�s sin forma, sin piernas o sin brazos, ni�os de cabezas abiertas donde puede estudiarse el cerebro en todas sus magn�ficas circunvoluciones, secretos y f�nebres fanfarrias rodeadas de sangre.

Todos son fantasmas, L�zaro, amigo m�o a trav�s de los siglos, padre m�o m�s que mi propio padre. Hasta las piedras son fantasmas, y a cada momento el mundo se termina y jam�s vuelve. Salvo uno que lleva el nombre de L�zaro, con su m�sica de zetas y eles h�bilmente ordenadas por un Dios misericordioso hacia quien posee el don de lenguas, la habilidad del lenguaje imp�o y la aguda apreciaci�n por la exquisitez de cada idioma. El lenguaje es lo contrario a la muerte, y el sonido que no alcanza siquiera a embestirla con dignidad, es seguido por el pensamiento, que es lenguaje, que es palabra, que es letra: c�lula inmisericorde, �tomo indivisible: Dios extendido en un portaobjetos bajo la lente de un microscopio.

Y all�, bajo el l�tigo de un cient�fico viejo y apesadumbrado por el c�mulo inmenso de decepciones y fracasos, de �xitos y hallazgos que devinieron en tristes residuos, Dios explica, revela a rega�adientes, como una v�ctima de un interrogatorio ilegal en tiempos de dictadura, los supuestos secretos de la resurrecci�n de la vida.

�Por qu� L�zaro, y no otros? Y si los hubo, �por qu� �l debi� ser el m�s conocido? Tal vez la musicalidad o la extravagancia no demasiado acentuada de su nombre, la exquisita fluidez que imita a la perfecci�n el deslizamiento desde la oscuridad hacia la luz de la vida; el retorno, la vuelta sobre s� mismo del camino obligado, hasta entonces �nico para el hombre.

Tu rostro, L�zaro, nunca ha sido retratado, porque faltando retratos tuyos en vida, quienes te vieron luego de renacido no se atrevieron, o no pudieron, esbozar siquiera la faz clara, di�fana, extraterrenal que se sospecha debiste tener hasta tu siguiente muerte (y ac� podr�amos re�rnos todos o asombrarnos, o preguntarnos si estamos llevando bien la cuenta de los acontecimientos, pero esto ser� tema para m�s adelante). Tu cara, entonces, sigue en la sombra. Tus ojos no son ojos sino esquelas con mensajes inconclusos. Tus manos tienen tierra que jam�s conseguir�as volver a lavarte, y eso que te vieron horas y horas restreg�ndolas bajo todas las sustancias a las que recurriste el resto de tu vida. Tu cuerpo macilento y endeble, y tu voz saliendo de �l como un eco ecuestre brotando de cavernas inundadas nueve meses al a�o.

�Cu�nto tiempo llevaste muerto: nueve minutos, nueve horas, nueve d�as? Dicen las escrituras que tres d�as, pero los m�ltiplos de una unidad, una unidad de tres, son nada m�s que repeticiones fantasmales, ret�ricas, in�tiles de la entidad original. Siete veces siete, tres veces tres, n�meros estoicos, supersticiosos ejemplos de lo que podr�a denominarse la esbeltez de las almas imp�as. Las viejas brujas, las solteronas y los viejos borrachos ven en sus noches de duelo la extensi�n infinita de los tiempos, los sucesos repetidos, y los cristos que mueren cada treinta y tres a�os.

Por eso, L�zaro, en la tumba n�mero nueve del cementerio de Judea, rodeado de nueve hombres que arrancaron la piedra de tu sepulcro, escuchaste el ladrido de nueve perros ubicados en una extra�a fila hasta extraviarse en la luz del d�a que penetraba por la abertura. Al final de la fila, viste a Cristo y a tus

hermanas. Escuchaste hasta mucho tiempo despu�s de ser pronunciadas, las palabras que te ordenaban levantarte y andar. El tumulto que sigui� a tu aparici�n fue mucho m�s all� de tus escasos poderes para penetrar la realidad, tus sentidos leve y tard�amente recuperados vieron s�lo la figura de tu salvador, el esmirriado hombre de pelo largo y barba rala, que ahora se agachaba, arrodill�ndose tal vez, -no pudiste verlo bien-, y que estaba rezando, o llorando, mientras sus hombros se mov�an con espasmos incesantes, que te llevaron a sentir piedad por �l.

Cuando te acercaste, �l no levant� la cabeza, se dej� acariciar como un perro moribundo: el d�cimo perro de la jaur�a que se hab�a reunido para darte la bienvenida. Detr�s quedaba la larga cadena de patas y colas y hocicos y dientes, los nueve perros que hab�an tirado como si llevaran arneses de algo muy pesado, no por su peso real, sino por estar unido a un lugar de alta densidad, incre�blemente profundo, hondo como las negras piedras empotradas en el abismo. Los perros que se peleaban por rescatarte, bajo las �rdenes del l�der de la jaur�a, el d�cimo perro que te aguardaba en la luz. Que finalmente se par� otra vez para recuperar la forma del hombre. Esmirriado y sucio, endeble como un d�bil esp�cimen de la forma humana, pero cuyas manos te agarraron como zarpas para rescatarte de la paz, de la nada, del monstruoso olvido.

3

�Qu� fue lo primero que dijiste, o lo primero que o�ste? Ambas cosas fueron quiz� lo mismo: el sonido de la palabra pronunciada por tu voz. Pero no era voz, sino un sonido gutural, una expresi�n rudimentaria de tu pensamiento ya de por s� confundido y extraviado, abri�ndose paso entre obst�culos puestos all� por la realidad que avanzaba con los batallones de la luz. Esa realidad que convenimos en llamar as� por carecer de otro nombre, siquiera de otro concepto para un conjunto de palabras distorsionadas como fetos a�n informes, palabras surgiendo de la oscuridad luego del largo per�odo de congelamiento en la semipenumbra de la muerte.

Sabemos, gracias a tu ejemplo, que de la muerte se regresa, y por lo tanto hemos comprobado que el deshielo es una verdad cient�ficamente probada y corroborada por los hechos a lo largo de los siglos. Sin embargo, los que regresan son elegidos, �pero qui�n est� a cargo de tal elecci�n? �O ser� simplemente un azar, una conjunci�n de astros-�tomos que en determinado momento entrecruzan sus caminos y forman otra cosa a lo que antes eran por separado: una entidad vuelta a concebir, deshecha por la descomposici�n de la muerte y reconstruida por motivos que el hombre todav�a deber� esperar mucho por descubrir, para explicar racionalmente para su propia satisfacci�n?

La voz de un hombre es el hombre. La voz de Dios es el conjunto de todos los sonidos del mundo, incluyendo la voz gastada de los hombres viejos, la voz chillona de los reci�n nacidos, la voz quejumbrosa de las mujeres. El ladrido de un perro contiene la sabidur�a del roc�o de la ma�ana, que desaparece en el momento exacto en que debe desaparecer: no antes ni despu�s de la salida del sol, ni antes ni despu�s del despertar matutino de cualquier hombre que se levanta a trabajar. Es el ruido de un auto que m�s tarde podr�s escuchar, cuando te lleven en tu pr�ximo y definitivo funeral, el canto de las pla�ideras contratadas por empresarios f�nebres como cordial servicio para aquellos muertos sin deudos para llorarlos.

Te levantaste, L�zaro, y dijiste algo sin sonido, s�lo percibido por la imaginaci�n de aquellos perros que te acompa�aron. Pronunciaste la palabra del asombro, tal vez un insulto, muy seguramente una maldici�n hacia esa figura en el fondo de la luz, afuera de la caverna oscura, en plena luz, solitaria en el

desierto del mundo abierto, espl�ndidamente inmenso, rey de la nada, tan extensa como puede serlo la totalidad de todo lo existente.

As�, has aprendido de la manera m�s extra�a, que todo tiene su contrario, lo positivo y lo negativo. No lo que se llama ambig�edad, sino contradicci�n en v�vida convivencia y connivencia uno con el otro. La luz y la oscuridad seg�n el plano desde que se mire. La vida y la muerte, el silencio y el ruido. Dios y su contrario. Entonces te preguntas qui�n es el contrario de Dios: �un demonio o la nada?

El pensamiento y la sem�ntica son maldiciones para el hombre, te dices. Creaci�n de un hijo con potencial de criminal, de parricida. Un suicidio es la creaci�n del lenguaje, un auto- encarcelamiento en laberintos que cada uno va construyendo a lo largo de la vida. Y ahora, cuando ya hab�as salido por el extremo de tu propio laberinto, alguien te ha metido nuevamente en �l, o en otro a�n m�s complicado y cruel, m�s fr�o y largo, lleno de ladridos de perros invisibles que escuchas por encima de los cercos inviolables no por lo altos o inexpugnables, sino por su enorme belleza. Muros que nosotros construimos a nuestro gusto, el mejor que conocemos porque est� hecho con el material de nuestros huesos, ladrillos amalgamados uno al otro con la sustancia de nuestros sue�os diurnos.

Sonidos, L�zaro, que nunca escuchaste antes, por m�s que sean los mismos rebuznos de tus burros de carga, los gritos de tus mujeres cercanas, la risa de los ni�os que te ba�aron con b�lsamos cuando moriste por vez primera. Ruidos que escuchas como un reci�n nacido porque de la nada se surge como una virgen, con el himen intacto y el pensamiento puesto en algo m�s all� que la simple contradicci�n de los opuestos: hombre y violencia, hombre y sudor, hombre y crimen.

Una vez dijiste que toda muerte es un crimen, incluso la enfermedad es un asesinato que alguien perpetra sobre s� mismo. Siempre quisiste culpar a alguien en tu af�n no de ira ni resentimiento, sino como un investigador muchos siglos antes de que tal concepto fuese creado. Un cient�fico de tiempos pret�ritos. Te inmiscuiste en la muerte a trav�s de tu propia muerte.

Qu� pactos creaste antes, te pregunto. Como Poe buscando la eternidad a trav�s de su Valdemar, como la delicada se�ora Shelley creando la memorable doble creaci�n de su intelecto: el monstruo y su padre. Se sabe que con Dios se pueden hacer pactos, triqui�uelas que cualquier rufi�n de la mafia envidiar�a, o cualquier ejecutivo de una gran empresa pagar�a millones por conocer.

�Qu� precio te pidi� Dios para hacerte resucitar?

4

El precio fue una segunda muerte definitiva.

Dios es un excelente mercader. Avaro, sabe c�mo conciliar la justicia con el propio beneficio; sabe, tambi�n, la manera de hacer pasar por verdadero un fraude sentimental. A�ora la c�rcel en la que estuvo un d�a, junto a Oscar Wilde y Bartolomeo Vanzetti, junto al chacal que mat� a sus esposas y las descuartiz� mezclando sus miembros en la misma fosa com�n. Extra�a la vida carcelaria y las maniobras para conseguir un mejor trozo de pan y un mejor lugar para orinar cada d�a. Sabe c�mo conseguir que nadie escuche sus descargas nocturnas, simulando rezos a s� mismo, porque eso son aquellos devaneos con su propio cuerpo. Como todo reo, como todo ex presidiario, ha incorporado en su alma las rejas que lo rodearon cierto tiempo. Camina con las rejas frente a sus ojos, hace el amor con las rejas frente a �l, sue�a y sufre y suda intentando sujetarse de las rejas

sin las que no podr�a desplazarse por la superficie del mundo.

Por eso ha creado un mundo parecido, limitado por leyes gravitacionales que simulan los l�mites de la c�rcel, un mundo rodeado de abismos m�s all� de las rejas, y leyes m�s f�rreas, m�s duras y l�gubres que la sola idea del eterno e inviolable hierro.

Pero volviendo a nuestro protagonista, L�zaro acept� tal condici�n, y prepar� su viaje hacia el fondo del vac�o. Explor�, se aloj� en hoteles creados en los confines del mundo, con ventanas hacia precipicios y puertas para siempre abiertas a la oscuridad. Viaj� en carros arrastrados por corceles rojos y ciegos, y en autos conducidos por muertos que no sab�an manejar. Pero los carros y los autos se desplazaban como sobre caminos marcados de antemano, senderos que todos han seguido hacia lo profundo, la densidad de los sue�os y la hondura de la nada.

M�s contradicciones del lenguaje, m�s inconformidad para su esp�ritu cient�fico. Desilusionado ante la paciente tiniebla del largo camino, s�lo debi� esperar que Dios cumpliera su parte del trato, y lo rescatara llevando su descubrimiento, las notas en su cuaderno sobre los hallazgos de la muerte. Nada llevaba escrito, sin embargo, s�lo el blanco de las p�ginas en un libro que nunca existi�.

Al despertar, al volver, al retornar a la conciencia l�vida del mundo llamado real, se dedicar�a a otra tarea mucho menos remunerativa, se dedicar�a a pagar, en realidad, aquel viaje que crey� un privilegio y del cual pens� verse exceptuado de todo vi�tico y consecuencia.

Despert�, viendo a medias, escuchando a medias, hablando a medias como un caracol desplaz�ndose en la arena, aguardando la marea redentora. S�lo supo que no ve�an su cara con claridad, y nadie, ning�n artista retratar�a la cara del resucitado. Nadie describir�a la peculiaridad de su voz, que hab�a esperado dulce y celestial y era gangosa y profunda, ronca como animales degollados. Nadie ya se atrevi� a tocarlo ni acercase, ni aspirar el aliento de su boca abierta, de dientes amarillos con manchas de alquitr�n.

Cuando sali� del sepulcro, finalmente hacia la luz del d�a, guiado por la hilera de perros, abastecido por los l�mites de las sombras de quienes se hab�an congregado a su alrededor, como pilotes en el desierto, como rejas, camin� tambaleante igual que un borracho hacia la figura del �ltimo perro.

El perro era un hombre que levant� la mirada con ojos brillantes, y la mano m�s extra�a que L�zaro hubiese visto en toda su postergada vida. Fue el �nico hombre que lo toc� luego de resucitar. En aquella mano estaba escrita la pregunta del examen final.

L�zaro respondi�, pero ya sab�a que estaba reprobado.

Desde entonces su vida fue un ir y venir por calles de un pueblo que lo evad�a, como si las calles fuesen capaces de escaparse bajo nuestros pies, hasta encontrarnos caminando sobre desiertos y arenas al calor de un sol tan solitario como nosotros. Dos que no se hacen compa��a, ni siquiera como enemigos. Dos, y cada uno siempre solo.

Camin� buscando una mirada, llamando con su nueva mudez, y de todos recibi� un graznido de cuervo. �nicamente los perros lo segu�an, a veces unos pocos, otras, muchos, cientos quiz�. Vienen a buscarme, pensaba, o vienen a cuidarme, a custodiarme, a vigilarme. Son los sabuesos de Dios, y entre todos ellos pod�a distinguir las m�ltiples cabezas de los cancerberos.

Dese� muchas veces provocarlos para que lo atacaran y terminar con su nueva vida, ese ap�ndice de existencia que no merec�a siquiera tal nombre. Y sin embargo, era vida. Respiraba y sent�a el calor del sol en su piel, tocaba las prominencias de sus huesos, ol�a la suciedad de sus cabellos, se palpaba el largo de las u�as.

Y a�oraba la exquisita perfecci�n de la que hab�a gozado mientras estuvo muerto.

La decrepitud de la vida, la exuberancia de la muerte.

Entonces se detuvo en una calle, como siempre reci�n deshabitada por sus pasos. Se dio vuelta para contemplar a los perros que lo segu�an. Se llev� una mano a la frente para protegerse del sol, porque le costaba mirar la larga hilera, m�ltiples veces repetidas a todo lo largo y ancho de la tierra tras �l.

Hizo un sonido, un chasquido con su lengua, con el que recordaba haber

llamado a su �nico perro en su anterior vida. Entonces todos ellos, que hasta ese momento se hab�an detenido tambi�n a observarlo, pendientes de su amo, levantaron la mirada. En los ojos hab�a envidia, y hab�a tristeza. Luego se levantaron, y ya no eran perros.

Eran hombres, todos los hombres que lo hab�an precedido en su viaje a la muerte, pero no hab�an logrado regresar. L�zaro se pregunt� qu� buscaban, que esperaban de �l, respuestas que no podr�a darles, soluciones que no podr�a concederles.

Cuando el primero de ellos avanz� hacia �l, supo que no era �nicamente un mensajero, un cadete de Dios, o un cobrador con un malet�n y un talonario en blanco. Por eso L�zaro se postr� a sus pies, y dej� que Dios apoyara la bota derecha como un yugo sobre su espalda.

1

del cementerio se levanta un vaho de cristal
que se rompe como la piel seca de los muertos
tierra como un gran hueso quebrado
cuando caminamos sobre �l

habitamos la superficie de un cr�neo
cuyo centro contiene la masa �gnea del cerebro

la cabeza humana es un cementerio

II. DISQUISICIONES SOBRE LA NADA

1

El todo.

La nada.

La cara de Dios estimulando las facciones expresivas de los �tomos que yacen en la superficie �ntima del caos. El caos como un desorden envidiable, subrepticiamente enjaulado en los c�nones diversos del mundo actual: los trenes circulando a lenta velocidad entre vagabundos desquiciados, ni�os drogados por pegamentos de calzado, mujeres envueltas en los insobornables vahos de los fluidos del hombre: ba�os perpetuados tras oscuros rincones, tras los muros inconscientes de la corrupci�n acaudalada, hecha jirones de billetes falsos y envuelta en capas de oro por la luz de los medios period�sticos y espectaculares: los conductores de televisi�n, las prostitutas que bailan, los travestis resignados, los hijos abandonados en hospitales sin m�dicos verdaderos, s�lo fraudes, diplomas falsos, y ni siquiera eso, �nicamente hombres y mujeres vestidos como malos actores que interpretan su papel a la perfecci�n. Actores que hacen de malos actores, interpretando personajes que se alejan de ellos mismos tanto como la luna del sol. Tan cerca y tan lejos, nunca encontrados, siempre vistos por testigos desde la superficie irregular de la pesadumbre y la desesperaci�n.

La nada es un orden. En su exquisita frialdad se parece a la luz eterna de la ma�ana. La luz que apenas nace y se establece encegueciendo con su tiran�a los ojos madrugadores que se abren sin una alarma, acostumbrados, sumidos en la impasibilidad de una inocencia incorporada, o en la tenue descomposici�n de la ira cotidiana. Un insulto se traduce en cabisbajos rasgueos de guitarra con las cuerdas hechas de cabellos enlazados sobre las s�banas. Cabellos de mujer sobre cabezas amortajadas por almohadas secas de ideas y h�medas de saliva y semen. Cabellos de hombres, ralos y escasos, pero abundantes agujas de pino de todos los colores segregados de las barbas y el pubis.

Pero son ellos los que, sin querer, rasguean con dulce armon�a el vello de su pecho, sacando tiernas melod�as matutinas de perd�n y resignaci�n. Breves di�sporas que nacen del t�rax masculino, como corazones que se arrastran desde la oscuridad de las noches en que gastaron sus latidos suspirando por mujeres imposibles, desfalleciendo sus cuerpos sobre mujeres posiblemente exactas a s� mismos. Escuchando palabras y voces provenientes de los temibles antepasados del tiempo, coraz�n tras coraz�n, o voces tras voces, o muros tras muros.

Dicen que tras las paredes hay siempre algo, pero yo he visto el vac�o. La nada se concentra como un olor para la d�bil percepci�n humana. Lo visto es enga�oso, lo palpable imposible si no existe, lo audible siempre tiene un rasgo distorsionado de verdad, el sabor de las paredes pueden a veces acercarse t�midamente a la irreconstruible sensaci�n del poder y la frialdad: �nicos elogios ponderables a Dios. Pero el olor casi siempre, sino siempre, es un indicio d�bil aunque cierto de lo que se esconde bajo toda superficie, por m�s que sea la superficie invisible del aire y de la nada.

Sombras escondidas a plena luz del mediod�a bajo las aureolas del sol sobre las calles y edificios de una ciudad cualquiera, la tuya, la m�a, las ciudades donde Jes�s y Abraham han nacido para liberarnos de los faraones o de los mercaderes de la muerte. Sombras perpetradas desde negros callejones donde las putas nacen de los adoquines, elev�ndose como estatuas de diosas incomprendidas, feas de nacimiento y embellecidas con cada gota de semen, con cada gota de saliva, con cada golpe y palabra esbozada desde los resabios y restos de una cultura hecha ruinas tras las costillas de los hombres. Ni�os que han desarrollado sus m�sculos perpetrando cr�menes, vaciado sus pulmones con cigarrillos de alcohol sobre bocas tan carnosas como los cuerpos de las musara�as.

En todas las paredes que ocultan la nada est� Dios, como vig�a, como

empleado de seguridad ad-honorem, ya que es su propio jefe. Sin horarios fijos, no se ausenta ni para disfrutar de una lev�sima comida de aire y amor, de odio y pesadumbre, de cuerpos muertos que ascienden de un lado y descienden del otro de aquellas paredes. Los empleados que �l no paga, le traen el alimento, los muertos y las almas que se arrastran en carretillas desde que la rueda fue inventada, porque antes los muertos no eran ultrajados, s�lo puestos en las copas de los �rboles, sobre las rocas del desierto, arrojados al mar, o simplemente dejados a la intemperie para el trabajo de las moscas.

Moscas como dioses.

Moscas y dioses compartiendo, a rega�adientes, los tesoros del abismo.

Otras interpretaciones nos dan la idea del vac�o como un todo. No aire ni �tomos s�lo comprobados con las subsecuentes teor�as del conocimiento, tan abstracto al fin de cuentas como un sentimiento, como lo invisible o lo no concreto. Algo diametralmente contrario a la muerte, que para muchos es s�lo comprobable en forma directa a trav�s de un cuerpo: pero qu� m�s concreto y falto de necesidad de corroboraci�n que la podredumbre de un cad�ver, que el dulz�n aroma de la carne envuelta en hongos y gusanos, los huesos endebles de la carro�a y la mirada plena de nada, la ausencia absoluta que ya no merece llamarse ausencia, sino no-existencia, donde hasta la palabra, c�lula humana, donde hasta el pensamiento y la energ�a vital de lo que llamamos vida, alma, o como las religiones o pensamientos quieran denominarla, es algo tan sutilmente est�pido de menci�n, que es un mismo insulto para el cerebro del hombre el siquiera considerar una palabra o un pensamiento para lo que no existe.

El todo, entonces, es la nada.

El todo consume cada una de las existencias pasadas y futuras, porque el vac�o que ahora llamamos el todo comparte con la nada la falta de la cronolog�a temporal. Aqu� hay tiempos simult�neos, por lo tanto ni siquiera deber�amos estar hablando del tiempo, ya que nuestro concepto es una sucesi�n de etapas, y en el todo hay una suma, por llamarla de alguna manera cercana a la comprensi�n humana, de todos los tiempos. Si la suma da un resultado final, est� m�s all� del entendimiento, incluso de la intuici�n. Tan lejana como la misma idea de Dios.

Por eso es que recurrimos a Dios tan frecuentemente. Dios como la suma de los tiempos, o la totalidad de los tiempos, o tiempos sumados y restados unos a otros sucesiva y constantemente, de las m�s variadas e infinitas maneras del �lgebra y del azar, llevando en s� mismo el n�mero cero, el c�rculo perfecto cuyo per�metro contiene un n�mero infinito: la muestra, la pizca que el cerebro del hombre ha descubierto como la punta de un iceberg que pronto se ha hundido llev�ndose los secretos de su origen y su muerte. El n�mero Pi, el 3, 14666� eternamente.

Y si Dios es un maestro de matem�ticas, no ser�a irrelevante considerarlo un genio de la ense�anza. Merecer�a estar como un busto esculpido por los ni�os de primera infancia sobre metal dorado, bronce quiz�, o cobre, m�s maleable para esas tiernas manos, en el patio de todas las escuelas, sin distinci�n de credos

ni razas.
El tiempo sin tiempo, el todo como la simultaneidad, palabra bella como regalo de Dios, como concesi�n de Dios, para acercarnos a la tranquilidad de alma que nos trae la comprensi�n, por lo menos la leve cercan�a del enga�oso concepto de comprensi�n. El cerebro humano: qu� gran fraude, qu� gran actor, qu� gran Falstaff merecidamente interpretado no por un Olivier de sus mejores tiempos, sino por Ustinov, tal vez, o simplemente por el incontrolable arlequ�n que los �ngeles interpretan a su inmejorable medida: los ebrios moluscos de la vida movi�ndose en las playas, escapando de las olas, de los albatros y gaviotas, de los perros y los hombres-ni�os.

El cerebro que ha creado la nada y le ha dado un nombre para calmar esa temible inquietud que �l mismo ha inventado para su propia condena.

La nada llena de todo.

Cada acto como una condena cuya sentencia se cumplir� en ese lugar del tiempo y el espacio. Pero del espacio, otra nader�a, otra muerte en vida creada por el mismo incorregible cerebro, hablaremos despu�s. Cuando mi mente est� dispuesta, m�s calma, m�s serena, en la contemplaci�n del equilibrio yacente tras los ventanales de mi cuerpo, mi refugio, mi casa mortuoria, mi tumba y mi hogar.

3

Si la nada est� tras las paredes, nos preguntamos entonces si hay un espacio, un lugar, donde ubicar el vac�o. Si consideramos que la nada, por su propio concepto, no se trata de �una nada� en particular, sino de la nada absoluta, �sta misma definici�n no concibe otra existencia que ella misma.

La nada no tolera otra cosa que la ausencia de todo, incluso de la ausencia, ya que esta �ltima palabra, como palabra, tiene un peso propio, un espacio ontol�gico en la existencia. Ni tampoco deber�a tolerar que se la nombrara de tal manera como �nada�, como un ente que rechaza su nombre y a todo el que quiera nombrarla. Entonces, si la nada particularizada es un fen�meno de la conciencia humana, y la nada absoluta una necesidad del universo como tal, nada existe.

Si nada existe, �qui�n es el que me ha creado, qui�n me ha dado la idea de la existencia de la nada?

�Es Dios, tal vez, la �nica criatura que tolera todos los ex�menes, que est� m�s all� de todos los razonamientos, y se requiere, como del �ltimo �tomo de ox�geno, para explicar la existencia de lo que ya no puede comprenderse: la

nada, el vac�o?

No es Dios una explicaci�n, tampoco, quiz� una criatura, una mente que piensa la nada como un mecanismo que se alimenta a s� mismo. Digamos como una serie infinita de agujeros negros que se van consumiendo unos a otros, devor�ndose sin inquina ni necesidad alguna, s�lo como una rutinaria hecatombe silenciosa dentro de los innumerables planos dimensionales en que nuestra mente nos permite tolerar o comprenderlo.

El cerebro humano es un m�todo, una serie abarcadora de fen�menos que necesitan ser racionalizados para que la locura no se apodere de �l. Actuar�an del mismo modo, con o sin locura, pero no ser�amos personas sino cosas, animales. El pensamiento es el regalo de mayor filo otorgado por la primordial entidad al hombre: paz y guerra al mismo tiempo, gobierno teocr�tico y democr�tico simult�neos, con la premisa ideal de la anarqu�a.

Si cambiamos el punto de vista, la nada abarca al todo. Si todo existe, incluso la nada, entonces tenemos un equilibrio de existencias separadas por hiatos, como pausas en una grabaci�n musical. Silencios necesarios para reordenar el caos provocado en nuestra mente por el ordenado desorden de las notas, enloquecidos por los sentimientos que han hecho surgir por un momento. El universo sigue, por lo tanto, la l�gica armoniosa de la mente humana.

Espacios son l�mites, paredes o muros, cercas, alambrados, ligustros o �rboles, rejas electrificadas o no, vallas con ametralladoras, barreras de simple madera carcomida de humedad, filas de bolsas de arena, trincheras, arcos elevados, perros vigilantes, serenos viejos y cansados, ni�os que por casualidad juegan a la pelota sobre el filo de aquella frontera. Mirando a uno y otro lado, como espectadores de un partido, mientras juegan su propio juego de delicado equilibrio con un bal�n m�s pesado de lo que ellos piensan. Ni�os como hombres que no deber�n dejarlo caer, porque de eso depender� cu�ndo y c�mo pasar�n el resto de sus vidas.

Hay quienes viven en una continua estaci�n de pasaje, otros eligen desde muy temprano. Estos �ltimos son los peores jugadores, los nacidos sin habilidad ni destreza, los llamados por la primera fuerza que los ha hecho tambalearse y perderse en los abismos insondables a cada lado de la l�nea: la piedra de estoque de la existencia, o el negro vac�o silencioso y helado de la nada.

Pero me pregunto si el vac�o es lo mismo que la nada. El vac�o contempla un

espacio, una comparaci�n entre una presencia y una ausencia, algo que est� afuera y no est� adentro. A veces, la presencia est� en el centro, rodeada de un vac�o que s�, ahora, podr�a denominarse nada. Sin embargo, cuando el n�cleo es un vac�o, �d�nde est� la esencia de tal existencia? Porque las paredes son solamente paredes, cualquier material que las formen, a�n cuando los ladrillos sean del material �seo de los dioses, huesos del Dios jud�o y carne del Dios cristiano.

El cuerpo, por lo tanto, es una buena comparaci�n. Hay �rganos huecos, pero solamente se trata de vac�os virtuales, paredes que colapsan cuando se hallan sin contenido, preparadas para expandirse hasta cierto volumen, no m�s all�, bajo riesgo de estallar como el bing-bang que dio origen al universo, seg�n dicen.

Tal vez, hace tanto tiempo, el cuerpo de Dios estall� de esa manera, y dio origen a todo lo que existe. Digo bien, lo existente es todo. A�n en el vac�o del universo entre las estrellas y planetas, hay una existencia que puede ser definida de inmensurable, por m�s que el hombre viva muchos siglos a�n y el conocimiento llegue a niveles no imaginados por nosotros los contempor�neos.

Del todo, surgi� la nada, fraude de los sentidos, como cuando vemos la m�dula vac�a de un hueso roto: la sangre ha escapado, vertido en los cauces y r�os del aire, los lechos y cunetas por donde los fluidos se dirigen hacia el mar siempre incomprendido.

La tierra es un mar, y el cuerpo vuelve a ella.

�El alma existe? �Es ella la nada o el todo?

Si el cuerpo alterna entre estados de vigilia y sue�o, si pasa de la nada al todo, de la ausencia a la presencia en un equilibrio tan vertiginoso, tan intolerable que ha sido necesaria la construcci�n de un universo tan vasto y complejo, c�mo dedicarnos a hablar del alma sin caer en peyorativos conceptos pasados de moda. Volver a las religiones no es la respuesta, regresar al paganismo es una especie de serena evasi�n que dura tan poco como la vida de una brizna de hierba.

�Me basta con sentir el amor de una mujer en sus caricias? Sin duda es un irremediable consuelo ante la duda existencial. Pero, �es �nicamente un consuelo o la punta del iceberg de la secreta respuesta?

Libros como puntas de lanzas en bosques repletos de animales furiosos que nos persiguen, sin descanso, d�a y noche. Jornadas de eternas cacer�as donde somos v�ctimas nunca atrapadas y siempre en fuga. Condenadas a la ira y el miedo eternos.

Manos como filos de cuchillos para rasgar la tierra y las plantas, para herir la piel de los animales peligrosos, para quebrar los lechos de los r�os y abrir las aguas envueltas en mol�culas de sangre.

Pulmones como fuelles resonando en medio de los pasos y corridas sobre la hojarasca, bajo la cual yacen otros cad�veres, antiguos como las estrellas que ya han dejado de brillar en nuestro cielo terrestre.

En cuclillas sobre la orilla de un r�o brumoso y torrencial, a oscuras en la noche, sin estrellas en el cielo helado y vac�o, tan parecido a la nada, tan parecido a la ausencia sin respuesta ni posibilidad alguna de llenar, porque no hay nada a mano.

S�lo el miedo, �ltima e invencible boa sobreviviente del caos del principio de los tiempos. Ansiosa, insaciable, y a veces tierna en la suavidad de sus escamas, como una madama de pueblo chico, tras un mostrador junto a la entrada del prost�bulo, cobrando el precio de la eternidad por una noche, y la est�ril promesa de una resurrecci�n en el muerto �tero de la nada.

2.

el gato de oro
se comi� tres cuartos del pastel
preparado por la abuela del carcelero

un pastel de habas con corazones de alcaucil
devuelto por perros hambrientos
que no toleraron la dieta de un asesino

la abuela visit� a su nieto para su cumplea�os
con el gato en brazos y el pastel,
empez� a dictarle una receta

volver� con la ni�a del vecino
dijo al despedirse

al salir ten�a las manos vac�as

III. JUDAS REHABILITADO

1

Aqu� nos preguntamos sobre los monstruos. Qu� tiene que ver Judas Iscariote con ellos, me dir�n, si no viene esta asociaci�n con simples y eternos prejuicios de casta y raza, de la imaginaci�n conventual de un cristiano saturado de rosarios, rezos y dogmas. Tan estructurada su mente, que no concibe la belleza m�s que en angelicales seres de cabellos rubios, ojos celestes y formas arm�nicas en sus inexistentes cuerpos de albatros c�smicos.

Pero toda esta cuesti�n es para preguntarnos, como el planteo de un problema a resolver, o la hip�tesis inicial de un teorema que nadie ha inventado todav�a, porque no pertenece a las matem�ticas, ni a la filosof�a, sino a la fisiolog�a, o m�s bien a la biolog�a de los seres vivos, humanos o no. La gran pregunta de esta noche, en este concurso que se transmite por ondas televisivas a millones de mundos habitados o deshabitados a lo largo del tiempo y el espacio moldeado entre las manos sudorosas de Dios, es la siguiente: �el mal, la imperfecci�n, y como una de sus manifestaciones: la traici�n, puede expresarse externamente a trav�s de la forma de un cuerpo, una expresi�n, quiz� un olor, un movimiento que el cerebro m�s elemental ser�a capaz de interpretar como s�mbolo de un mal de nacimiento?

As� llamaremos desde ahora a cualquier manifestaci�n de algo imp�dico para el alma humana, considerando a �sta como un equivalente de Dios, de la sustancia vital que ha dado origen al universo. Pero entonces surge el siguiente cuestionamiento: �por qu� es el bien la causa de la creaci�n, y no puede serlo el mal? Se nos dir� que el mal es un caos, y por su misma definici�n no ser�a capaz de mantener el orden y el equilibrio que demuestran las creaciones del

universo. Sin embargo, esto es desconocer la inteligencia como parte de aquellas creaciones, tal vez como la causa principal de la primera y gran creaci�n: la energ�a que ha creado al ente que cre� el resto de las cosas: la inteligencia cre� a Dios. Por lo tanto, la inteligencia, como energ�a vital y zona de incontables e infinitos razonamientos, es capaz de hacer cualquier cosa con tal de sobrevivir, a�n el eliminarse a s� misma si con ello satisficiera su propia l�gica.

Llegamos entonces al personaje que nos interesa. Judas traicion� al salvador de los hombres, la historia lo dice y lo confirma, por m�s que reinterpretaciones o alegor�as intenten mostrar las circunstancias, los atenuantes, aumentando o disminuyendo su responsabilidad. De eso hablaremos m�s tarde. Ahora nos interesa preguntarnos si hubo alguna manifestaci�n en el cuerpo de Judas, de su traici�n.

La literatura nos ha mostrado que puede esconderse un alma bienhechora en cuerpos deformados, como el campanero de Notre Dame, pero tambi�n tenemos referencias sobre bellos cuerpos que esconden almas viles. Lo esperable para el razonamiento es que lo que est� mal, se manifieste como un mal, y lo feo se muestre feo. El mal y la traici�n, se manifestar�n con deformidades, miradas oblicuas, bocas torcidas, cabellos salvajes, cuerpos inclinados y sin proporciones. A veces, un simple lunar en el lugar inadecuado es la �nica muestra de lo que el alma esconde. Incluso puede darse que el cuerpo no exprese nada por s� mismo, pero la educaci�n del protagonista lo lleve a tomar actitudes o costumbres peculiares: un vestido determinado para abrigarse, un camafeo para adornarse, simples cosas que de un modo u otro, y m�s tarde o m�s temprano ser�n el s�mbolo claro de lo m�s escondido de su alma. Un mon�culo en un contador del siglo diecinueve, un gesto de un artista en el teatro, un ojo que se cierra a destiempo del otro en un hombre que conversa con alguien en la calle, una mancha en plena frente de un ni�o que juega con los perros en la plaza, un hueso que sobresale en la mu�eca de una elegante se�ora que va de compras.

En alg�n momento veremos c�mo el ni�o ha arrojado piedras a los perros, la se�ora ha empujado un cochecito de beb� hacia la calle, el artista ha apretado de m�s el cuello de su partenaire sobre el escenario, el contador ha fraguado cuentas por millones y provocado suicidios, y los dos hombres en la calle comienzan a pelear hasta matarse.

Puede ser, tambi�n, que ninguno de ellos haga nada. Que tales manifestaciones de sus cuerpos permanezcan inc�lumes y firmes a lo largo de mucho tiempo, y a los ojos de quienes las hayan notado, esas personas sigan su camino sin lastimar a nadie, y sus interlocutores moment�neos, o quienes simplemente se han cruzado alguna vez en su camino, se sentir�n aliviados de dejarlos atr�s, sin saber realmente la raz�n de tal sentimiento.

�Qu� ten�a Judas para mostrar en su cuerpo que denotase su futura acci�n? Miles de signos, gestos, estrafalarios adornos, palabras, formas de conducirse frente al clero o una prostituta, sus miradas a Jes�s, o su manera particular de besar.

Si esper�bamos ver una joroba y una mueca sarc�stica, una palabra ofensiva, una voz ronca y desagradable, lunares como bestias feroces en su cara, arrugas escondiendo en sus pliegues el aroma de la podredumbre, manos crispadas por el odio y la envidia, nos habr�amos equivoocado siempre.

El mal es tan puro como el bien, es m�s inteligente, incluso. Su caos se engendra en los pliegues y en las equilibradas circunvoluciones de los cuerpos sanos. Se esconde en cuevas y finalmente se da a conocer, se hace famoso como un artista del cine. Despliega su pantalla brillante y la ensombrece con penumbras para que del contraste, cada uno de nosotros descubra la balanza de vida, el peso de la muerte en un tercer platillo, la pesadumbre y la desesperaci�n de sentirse inmerso en un caos equilibrado, en un equilibrio que el caos crea a lo largo de los siglos.

Hombres como hormigas que un jardinero mata al patear un hormiguero.

Esos son los monstruos que la imaginaci�n humana se ha encargado de crear al mirarse en los espejos.

2

Judas tuvo un papel en los planes de Dios, se ha dicho hasta el hartazgo. Fil�sofos, historiadores, te�logos han pronunciado sentencias que no revalidan la funci�n de Judas m�s que como un actor secundario en el gran drama del Cristo. �Cu�nto esperaremos para que llegue la mente que descubra los pensamientos de Judas Iscariote en aquellos tiempos? La mente que imagine m�s acertadamente las dudas o certezas en que se basaron sus actos.

Proclamar la llegada del Mes�as, decir a los cuatro vientos de la regi�n de Jordania, a los filisteos, a los escribas, a los representantes romanos, a los pobres e inv�lidos, al r�o G�lgota que tanta muerte y putrefacci�n ha soportado, tanta corrupci�n descripta como bautismos a las orillas de un r�o lleno de sucias muchedumbres cantando loas a dioses paganos, l�bricos y sentenciados a muerte por el mismo olvido: deceso de la fr�gil memoria humana.

Ir por los caminos acompa�ando al Cristo, hablando con �l, escuch�ndolo, compartiendo la comida, el pan y el pescado, las frutas tomadas de �rboles muy parecidos a aquel del bien y del mal. Disc�pulos que han arrancado manzanas sin darse cuenta de a cu�n pocos cent�metros estaban sus manos de una lengua b�fida, recibiendo en sus subconscientes las im�genes de Eva desnuda y sus contorneos sobre el cuerpo de Ad�n. Sintiendo en sus cuerpos, mientras contemplaban los milagros del reci�n venido, la pasi�n que m�s tarde ser�a amor y muerte, dolor de clavos como el placer doloroso de Eva el d�a que perdi� su virginidad.

Diciendo a gritos hacia los templos antiguos e impermeables a las nuevas ideas que ha llegado el salvador del mundo, el cuerpo de Dios por fin caminando entre nosotros.

Creyendo, adorando, y con el continuo pensamiento de la duda, de la muerte del cuerpo en contradicci�n con su origen divino. Muchas veces habr�a querido preguntarle a Jes�s qu� har�a con su cuerpo, ya que sab�a que siendo el hijo de Dios no podr�a morir, y si as� era, por qu� no merec�an todos los hombres el mismo destino. La vida eterna en la tierra.

Entonces piensa que en la tierra morar�n todos, incluso el Cristo. Y sabe, por la mirada silenciosa del otro, que �l ten�a raz�n. La sangre es absorbida por la tierra casi con m�s afinidad que el agua. La espesa sangre que brota y burbujea en sus venas cada vez que su maestro proclama palabras de rebeli�n y resistencia, cada vez que habla del amor hacia todos los seres, y �l imagina los cuerpos de las mujeres yaciendo en camas amplias, unas junto a las otras,

esper�ndolo, reclam�ndolo, sumisas y salvajes.
Judas era un ser inteligente, por eso tal vez fue elegido. Mientras Pedro era m�s coraz�n y alma, Judas era el cerebro que distingu�a la falacia, la fantas�a, las alucinaciones del amor. Ll�mese pol�tica, estrategias, juegos malabares de destinos y hombres en manos de poderosos sabios cuya �nica virtud es la de negar todo lo que se halla fuera de sus contornos.

Incluso Cristo no ve�a m�s all� de sus narices, s�lo el encanto de su cuerpo divino en comunicaci�n con los cielos, el mantra, ida y vuelta del alma por universos habitados por �tomos donde est�n inscriptos los genes de Dios.

S�lo Judas, con su sabidur�a obtenida por la experiencia de la ciudad corrupta, junto a lagos secos y calles de asesinados al amanecer, con la experiencia del dinero pasado de mano en mano, del hambre soportado cada ma�ana de fr�o, del descapotable abismo de cada compuerta escondida en las paredes de los edificios construidos para albergar los monstruos engendrados cada noche, cada mediod�a o tarde con el semen ca�do del cielo a trav�s de las canaletas desde las terrazas. Semillas de p�lenes que los helic�pteros dejar�n caer como bombas de insectos para poblar la sangre y que alimentar� el crecimiento de los monstruos.

La belleza afuera, la fealdad dentro. Judas lo sabe y oculta su malestar con sonrisas. Pero ha captado la mirada de Cristo. �l sabe que el otro sabe lo que piensa, lo que planea, lo que har�, porque el Cristo es Judas Iscariote. Es las manos de Judas buscando las monedas, es los labios que se besar�n a s� mismos, es el amor de Judas por los hombres idealistas, y su aborrecimiento por aquellos mismos hombres que �l no puede ser. Entonces eleva la vista al cielo y contempla lo escrito por las formas de las nubes, las trayectorias de los p�jaros, la danza de las babas del diablo, los sonidos que van y vienen en forma de gritos, de plumas, de pelos de perro, de sangre salpicada por becerros sacrificados. Qu� clara, qu� simple es la escritura de Dios, y se pregunta por qu� no pudo leer antes aquellos escritos.

Dej� de lado la memoria de los pergaminos, del Talmud, de las largas conversaciones con los sabios. Denigr� las balanzas comerciales, las cuentas de los tenderos, el reclamo de los proveedores, la exigencia de los prestamistas. Elev� todo esto al �mbito de lo superfluo e innecesario, y se adentr� en las profundas aguas de la palabra escrita en el cielo y reflejada en las aguas del lago, de las lagunas y de los r�os, de los aljibes y los charcos, de las vasijas que inocentes viejas con diez hijos acarrean para lavar sus ropas durante horas y cientos de caminos junto a las orillas de la muerte.

Judas se detuvo en r�pido camino hacia ninguna parte, dej� que los disc�pulos continuaran su camino junto al Cristo, y contempl� la espalda de Jes�s. Sigui� la forma de su cuerpo, las piernas y los pies en las viejas sandalias que arrastraba sobre el polvo, y ley� los c�digos cuyo significado ahora comprend�a con escalofr�os, no solamente por lo que dec�an, sino por la facilidad con que ahora los descifraba.

Palabras escritas sobre el polvo y la arena, borradas aparentemente por cada paso de cada hombre, pero fundidas r�pidamente por la ciencia de Dios en la profunda tierra, en el centro abismal donde dicen que vive el fuego. El fuego que funde y hace estallar lo fr�gil, pero conserva para la posteridad en carbonizadas figuras lo ef�mero, lo puls�til, lo falaz y lo en apariencia intrascendente.

No el dinero en papel que se quema en cenizas, no el metal de las monedas que se funde en reliquias que adornar�n iglesias y templos, no las telas con que se visten los ricos mercaderes de la ciudad, ni siquiera los perfumes, que por su misma volatilidad, como el vino, es la sustancia de lo transitorio. Sino la madera.

La corteza de los �rboles crecidos solitarios en los montes, alejados unos de otros.

Como pat�bulos.

Como horcas.

3

Judas crey� decidir. Estaba convencido de haber tomado sus propias decisiones. Lo que llamamos libre albedr�o podr�a haber sido aplicado a su �ltima y m�s decisiva elecci�n, as� como nosotros nos creemos libres para hacer lo que deseamos. Pero esta libertad se refiere a lo que tiene el nombre de destino, a lo que las m�s largas tradiciones nos han dicho que est� escrito y no puede ser modificado. Cada uno de nosotros sigue un camino marcado sin saber que est� marcado, es decir que somos ciegos m�s all� de nuestras narices.

Pero tambi�n est� el factor del mundo, de lo que denominamos realidad, de las circunstancias que determinan nuestros actos y decisiones, incluso desde el mismo instante de nuestra concepci�n: �por qu� no antes, por qu� no despu�s? Por eso, el libre albedr�o es una falacia, y la realidad del mundo m�s fuerte que Dios. Ella act�a desde m�ltiples sectores, incontables puntos de ataque que nos hacen dirigirnos hacia all� o hacia ac� como mu�ecos a cuerda pasando por un camino de obst�culos.

Sin embargo, como esta concepci�n de la vida es aparentemente inconsciente, la decisi�n de Judas, como la de cada uno antes y despu�s de �l, resulta tan verdadera que no puede ser calificada de hip�crita, porque esta palabra equivale a enga�o, y un enga�o es una mentira a sabiendas de la verdad.

La vida como un camino marcado es una sospecha todav�a, otorgada s�lo a mentes pensadoras y reflexivas. Una intuici�n, incluso, en seres sensibles. Y qui�n puede decir que Judas haya sospechado que Dios lo estaba eligiendo para cumplir un papel dentro de un drama escrito por el Hacedor. Judas, un jud�o creyente y practicante, obediente de las leyes de su religi�n, era un hombre que recorr�a los mercados y los templos, las instituciones sociales y los lugares de esparcimiento. Era un hombre que, sin duda, amaba a las mujeres y encontraba

goce en ellas, se alegraba con el vino compartido con los amigos y se re�a con las bromas y torpezas de los chistosos del pueblo. Hablaba seriamente de pol�tica y religi�n con los rabinos, de econom�a con los due�os de los mercados, y se iba a dormir a su casa, solo y pensativo, rememorando los extra�os milagros del hombre de Nazareth.

Tal vez so�ara que era �l quien los realizaba, porque resultaban tan f�ciles, pero su misma facilidad ocultaba lo peligroso de su realizaci�n. Eran como las futuras bombas puestas en medio de estaciones de trenes y aeropuertos: si estallaban tra�an el caos sobre el mundo, si no lo hac�an el temor se hac�a due�o del mismo mundo por mucho tiempo. Judas no deb�a pensar o creer que Jes�s fuese el hijo de Dios, tal idea estaba muy alejada de su pensamiento pr�ctico, de su l�gica m�s cercana a Kant que a San Agust�n.

Judas era un hombre sensible y duro seg�n la ocasi�n, violento y arrepentido, inteligente y torpe, ego�sta y generoso, ameno y aburrido, triste, solitario y sereno. Su alma escond�a perversiones, su esp�ritu grandes envidias, su cuerpo una necesidad de saciedad que nunca fue canalizada del todo, quiz� �nicamente el d�a en que se colg� del �rbol. Dicen que los ahorcados oscilan al ritmo del verdadero tiempo: el tiempo de la muerte tiene un ritmo propio, que s�lo puede ser captado de tal manera. Los que yacen en el suelo no nos permiten descubrirlo, y la muerte tiene esa forma de esconderse y ocultarse, una forma que es su disfraz y su esencia simult�neamente. Por lo tanto, lo es todo.

Amaba a los �rboles como a la tierra, a la ciudad como a las camas donde yac�a con las mujeres, a las tabernas donde se emborrachaba y los mercados donde intercambiaba bienes y dinero. Aborrec�a los pliegues de los rabinos donde escond�an dinero y perfumes, despreciaba a los pol�ticos por sus prebendas y falsas palabras de bienestar.

Lleg� a pensar, en sus largas noches solitarias en su cuarto alquilado, que amaba a Cristo por esa sincera actitud de desprecio hacia todo lo que no le interesaba, sin importar lo que los dem�s pensaran. Apreciaba la voz intensa desde los ca�averales de su esp�ritu, la voz nacida para aquellas palabras, que parec�an inventadas solamente para �l. Los gestos de las manos cuando se restregaba la cara luego de un agotador d�a recorriendo campos y ciudades, hablando y esforz�ndose por ser comprendido. Nunca lo vio llorar, pero sab�a que lo hab�a hecho al verlo con los ojos ya secos, como s�lo pueden estarlo luego de una intensa angustia, como las mujeres cuando secan el patio de sus casas al parar de llover, entusiastas y ensimismadas en la obsesiva necesidad de que todo est� limpio e impecable cuando sus maridos regresen del trabajo, con ese apesadumbrado y ocre vaho de triste tarde de domingo que se solevanta no como un arco iris de plenilunio, sino igual al decr�pito estallido de un �rbol enfermo de gusanos.

Siempre los �rboles, se dijo Judas. So�ando y mirando �rboles por m�s que �l fuese un hombre de ciudad, y �sta estuviese rodeada y fundada en pleno desierto. Lejos del vergel de Getseman�, de los jardines de Babilonia, las praderas de Botswana o el Central Park de Nueva York. Todas las posibilidades de los �rboles, sus requerimientos, sus ca�das, sus impredecibles alturas, sus brazos alzados al cielo y a la lluvia, sus ra�ces enterradas como hombres todav�a vivos pero enfermos de catalepsia, los primeros entierros que llegaron a los sue�os de Edgar Alan Poe.

El drama de la Pasi�n como un estremecedor relato de terror. Sin castillos ni noches de tormenta, sin fantasmas y aullidos de lobos. S�lo el sol del desierto, la sangre y los clavos, el dinero y las palabras. Y el canto de los truenos ocultando el llanto tard�o, irreconciliable, est�ril, de Judas, meci�ndose de una cuerda al ritmo �nico del mundo.

4

�Fue, entonces, arrepentimiento la causa de la muerte de Judas?

La versi�n oficial dice que arrepentido de su traici�n al darse cuenta del

origen divino de Cristo, no pudo soportar continuar con su propia vida y decidi� quit�rsela a s� mismo. Sab�a, probablemente, que estaba cometiendo otro pecado peor para su religi�n. Una traici�n hasta podr�a perdonarse si quien la hace no es consciente del todo del valor verdadero de a quien traiciona, casi podr�amos decir que, como el mundo se divide en tontos y vivos, es la traici�n una forma m�s de supervivencia.

Sin embargo, el suicido est� condenado como pecado mortal. Desde el inicio de los tiempos los suicidas son enterrados fuera de lugar sagrado, a�n es �sta una concesi�n cuando a muchos les gustar�a ver los cuerpos descomponerse bajo el sol y la acci�n de los elementos. A quien desprecia su cuerpo, no deber�a importarle el destino del mismo.

Judas pas� una soga por una rama alta, hizo un lazo alrededor de su cuello y se colg�, dejando caer su cuerpo bamboleante mientras las monedas de su traici�n se esparc�an como semillas sobre la tierra a escasos cent�metros de sus pies. Dicen que no creci� nada en tal terreno por mucho tiempo, que el �rbol se sec� y que la lluvia se neg� a lavar los restos de polvo. En los t�rridos veranos se formaban remolinos tan altos que parec�an llegar al cielo. En invierno se creaban ci�nagas llenas de lodo que se hund�an en la primavera, y dejaban un pozo cada vez m�s profundo cada a�o.

Qui�n sabe si todo esto fue verdad. Muy probablemente la vida haya seguido como hasta ese momento: un �rbol exultante de roc�o en las ma�anas de primavera, dejando caer las hojas en oto�o alrededor de su tronco, hojas que ocultaban los gusanos y lombrices que carcomen y realimentan las ra�ces del �rbol. Tal vez hubiese monedas enterradas y oxidadas, cuya exhumaci�n ser�a m�s tarde el anhelo de te�logos y cient�ficos ansiosos por comprobar o refutar la naturaleza divina del drama all� acaecido.

Nadie ha hablado de los huesos de Judas. �Qui�n lo enterr�?, apenas se cuenta como una an�cdota, como un elemento secundario, un ap�ndice para especialistas. Si los huesos yacen bajo tierra, a la sombra del �rbol, son menos valiosos que las monedas oxidadas.

Siempre lo han sido.

Por eso la equivocaci�n de Judas, el fruto de su breve y falaz enso�aci�n.

El amor confundido entre los metales, la tristeza y el dolor como esencial visi�n del mundo.

Sab�a �l, como jud�o practicante, que se estaba condenando m�s all� de esta vida. Que su alma yacer�a como una s�bana sucia bajo las sombras del olvido y la ignominia.

Arrepentimiento como expiaci�n. Pero no hay tal expiaci�n para quien no se perdona a s� mismo. Ni quien llora las penas ajenas puede evadir los frutos amargos del pasado.

Judas sab�a que el futuro no es m�s que una falacia inventada por el tiempo para consolarnos.

No hubo arrepentimiento.

Hubo culpa.

Errores que no pueden corregirse, porque nada se corrige, s�lo se trata de olvidar.

3.

la casa tiene diez timbres:
uno para la puerta principal
otro para la del patio que da al r�o
el tercero para el perro t�mido desde que murieron sus cachorros
el cuarto para el vendedor de hojillas de afeitar
el quinto para el viento del invierno-aunque rara vez lo usa-
el sexto para las hormigas, cuando la casa est� sola
el s�ptimo para el enterrador, el d�a que �l desee
el octavo para la entrada y salida de las prostitutas
el noveno, por encima de la puerta, para la visita de mi madre
el �ltimo no est� afuera, sino del lado de adentro,
para la ma�ana en que la casa me permita salir

4.

el alma de los tigres est� tan lejos del esp�ritu de un roble
como una armer�a se parece a un psiqui�trico
o un vendedor de pararrayos a un vendedor de plumas

el secreto est� en la semejanza

con que un hombre llorando a gachas
puede confundirse con un �rbol cortado

la distancia entre las cosas
es la esencia de cada objeto
as� como Dios est� tan lejos de su propia cara

IV. LA DISCUSI�N DE LAS RANAS

1

En el parque de mi casa, por la noche, sobre todo en las noches de verano, cuando el sol deja su estela negra de calor invisible sobre el pasto, sobre los techados que han absorbido durante todo el d�a el calcinante fuego de la estrella m�s cercana a nuestra alma, se escucha la conversaci�n de las ranas.

Digo que el sol es lo m�s cercano a nuestra alma no por trillados efectos literarios, aunque as� resulta al fin de cuentas, refiriendo el calor que alimenta al cuerpo humano, o las trivialidades que todo poeta que intente hacer buena literatura deber�a evitar, sino a que el sol- quiz� siendo Dios mismo, por ser el fuego en donde nuestros cuerpos se cocinan al crearse y se consumen al

morir, las manos que despiden llamas como las de un superh�roe o villano de historieta, la boca y el cerebro que crean el mundo a cada instante, el minuto cero que a cada instante recomienza, porque el universo todo ha muerto ayer, o nunca ha existido sino desde hoy-, el sol, digo, est� consumi�ndose a expensas de nuestra vida.

Pensamos que somos cad�veres vivientes mientras transcurren nuestras vidas por el mundo, pero en realidad somos estrellas muertas que consumen la energ�a del sol bajo la piel. Somos fuego constante, latigazos sobre llagas vivas, verdugos de nosotros mismos, como curas inquisidores intentando lograr la confesi�n de los pecados, de las brujer�as y los hechizos, de las artima�as del demonio en nuestras almas pecadoras desde el nacimiento, desde el mismo momento de la concepci�n. Porque nuestros padres nos engendraron bajo el signo del pecado, en las noches de luna, cuando los lobos a�llan llamando a sus cong�neres semi-humanos, cuando hasta los vampiros de las leyendas medievales surgen para hacerse presentes en los escritos que el cerebro de Dios ha generado en las manos creadoras de los hombres.

Civilizaci�n, literatura.

Bases fundamentales para la expiaci�n y la condena de los hombres.

De eso hablan las ranas. De eso las he escuchado hablar durante largas noches de insomnio, donde el calor nocturno, el sudor bajo las s�banas, el rubor de los techos que descansan del vasallaje del sol sin piedad por las casas sobre las que duerme las extensas siestas del est�o, no son la causa, sino meros acompa�antes, excusas que intentan enga�ar la d�bil sapiencia y razonamiento del pobre idiota que intenta recuperar el sue�o de muchas noches antes, desde que comenz� el verano, luego de las largas horas de oficina, de f�brica, de caminatas, de deambulaciones por los interminables recovecos de la econom�a dom�stica y mundial.

La causa del insomnio es el ruido, el zumbido intermitente y constante, la m�sica disonante, discordante, que retumba y se transforma en cuerpos que caen como lluvia desde el cielo de verano, limpio de nubes de tormenta, lleno de estrellas enga�osas, disfrazadas de risa, con m�scaras de luna en sus vestidos de mujeres pre�adas, constantemente montadas por sementales p�jaros nocturnos surgidos desde los agujeros negros de la noche, de los bestiales orificios donde se funden las artima�as de los dioses y surgen convertidos en deseos, en pulsiones inviolables, para violar bajo consentimientos t�citos las estrellas nocturnas bajo el claro de luna, estrella muerta, planeta est�ril, que mira e ilumina los actos sexuales con envidia de esposa fr�gida, y m�s vieja que todas las estrellas v�rgenes.

El croar de las ranas es un canto, un himno bajo los aullidos de los lobos y los ladridos de los perros, de los gritos de los gatos callejeros y los gemidos de las parejas que hacen el amor bajo los �rboles en la plaza vecina, dentro de los autos que se bambolean con el peso de los cuerpos que, de un momento a otro, sentir�n que Dios, no hombre ni imagen ni deidad, sino ellos mismos Dios, est� en el auto, un instante pleno como la eternidad, para luego esfumarse lentamente, a medida que el coraz�n regresa a su ritmo normal, y los cuerpos se congregan para que el calor del mundo se conserve un poco m�s todav�a en el interior de aquel auto: s�mbolo del mundo, cueva y refugio, c�lula que quisiera conservarse �nica eternamente, porque all� est�n los dos, los �nicos necesarios: el n�cleo y el plasma.

Entonces me levanto de la cama, miro a mi mujer un instante, consciente de que ella no me mira, dormida bajo los efectos de la luz de la pantalla del televisor, lentamente, para que no se despierte, para no tener que darle explicaciones, para concederme un espacio en el tiempo en que seamos el mundo y yo uno solo, para que ella, mi mujer, sea el estrato en el cual yo pueda regresar como quien vuelve de una jornada de guerra, de un desierto sin agua, de un juicio perdido en los tribunales, de una condena irremediable. Sea ella el canon al cual recurrir: la irrefutable prueba de que Dios existe porque ha creado seres como manchas indelebles en el coraz�n de los machos. Manchas de tinta que las mujeres han volcado como salpicaduras de viejas plumas fuente, sumergiendo nuestros corazones en lagos de tinta p�rpura, para levantarnos desde la superficie como entes nuevos reci�n creados.

Dej�ndola descansar, sin saber a ciencia cierta si sus p�rpados cerrados

son una excusa que esconde la vigilia de sus ojos atentos a la penumbra de la noche, a los sonidos del cuerpo de su hombre sobre la cama, sobre el piso, acerc�ndose a la ventana, pregunt�ndose qu� molesta al coraz�n de su esposo, preocupada, atenta, nerviosa, insatisfecha por la muerte que ronda el presente y el futuro, que da vueltas por los alrededores de la casa, acechando al hombre que ama, a los perros que protege y la protegen , a la casa que se derrumba bajo los signos de las lunas pret�ritas.

Vuelvo la vista y los pasos hacia las ventanas, as� desnudo casi, sabiendo que mi cuerpo es el esp�ritu sobre el cual rondan los pensamientos de ella, tal vez la mirada ahora definitivamente despierta de sus ojos son�mbulos vigilando, cuidando, trasnochada en el razonamiento, observ�ndome la espalda dibujada contra las ventanas que iluminan las estrellas, y en el fondo la luna como un esqueleto de luz blanca, pregunt�ndose, inquiriendo a las criaturas de la noche qu� es lo que molesta a su esposo.

Y yo, aquel quien yace en postura de estatua inquieta, parado frente a la ventana, corriendo un poco las cortinas para observar lo que apenas puede ser vislumbrado por ojos m�s tenaces que los humanos, pienso en el afuera y en el adentro. Pienso en los peligros que amenazan con destruir el precario equilibrio de mi mundo, en los sinsabores que nacen como g�rmenes internos en la pesadilla nocturna de cada sue�o de cada d�a. Me evado de tales pensamientos, como cuando escucho m�sica.

Atento, entonces, m�s no carente de pesadumbre e inquietud, escucho la conversaci�n de las ranas, que m�s bien es una discusi�n, un intercambio de ideas cotidianas, inteligentes unas, profundas muchas. Hasta convertirse en una diatriba monocorde y alternada, donde la conversaci�n deja paso al razonamiento deductivo y a la extrapolaci�n de ideas sobre planos sucesivos de conocimientos. Todo su canto versa sobre la condici�n de los hombres: la generosidad y la mezquindad, simples figurantes en el reparto de virtudes y maldades, actores secundarios podr�amos llegar a llamarlos. Pero s�mbolos, alegor�as que ellas, las ranas, utilizan para contarse su historia, como as� nosotros utilizamos a los animales para contar historias a manera de f�bulas.

Me pregunto si de ese modo, al utilizarnos como protagonistas de sus historias, hablar�n de ellas mismas en realidad. No creo que sea de ese modo. Van m�s all� de la alegor�a: pasan al mito.

Y las escucho como puedo, viajando por los laberintos de hormigueros escondidos, cerrados hace mucho por trabajadores municipales, donde los cuerpos de las hormigas son cuerpos humanos enterrados luego de ser asesinados por acci�n de armas manejadas por dioses exiguos. Enormes prados, campos, restos de escombros, cementerios de autos, bald�os de carne muerta, visitando a otros hu�spedes habituales que no pagan ning�n tipo de alquiler, s�lo la carro�a de sus propios esp�ritus.

Escucho la historia de la humanidad una noche de verano, y el aroma dulz�n de la carro�a amenaza con penetrar las rendijas de mi casa. Sabiendo de antemano que mi lucha es una guerra perdida, me preparo a defenderme, dispuesto a sudar y pelear hasta el agotamiento.

Pelear� por mantenerlo afuera, pero ya est� dentro, me digo, porque soy capaz de recordarlo.

El miedo se disfraza de muchos olores diferentes, pero en el fondo siempre huele igual.

2

�C�mo describir lo que escuch� de las ranas? Su canto se parec�a a la diatriba de hombres entumecidos de espanto por el fr�o del invierno, como si la helada nocturna fuese algo m�s atemorizante que lo que acostumbra a ocasionar el miedo. Tal vez sea as�, tal vez el fr�o sea lo �nico verdaderamente neutro en lo que se refiere a la muerte, es decir lo �nico capaz de la suficiente ecuanimidad a la

que el pensamiento humano no est� preparado para entender, y mucho menos para ejercer.

Ellas hablaban del invierno como si hubiese llegado la hecatombe del mundo, el Apocalipsis decidido desde el comienzo del tiempo por un Dios exacerbado de bilis furiosa y atacado por una �lcera interna que lo obligara a permanecer cauta y briosamente enojado siempre con los �ngeles, los hombres o los demonios de su propiedad. El invierno que todo lo ti�e de bruma y nieblas, que empa�a los vidrios de mi casa y me impiden ver el jard�n donde las ranas cantan, conversando, las imp�as declaraciones y sentencias sobre los hombres, en este caso, el hombre, yo.

Yo como un representante de la raza humana, mi mujer como otra individualidad que considerar�n m�s como una v�ctima de mi parte que como alguien a quien juzgar. Tal vez ya ella las haya escuchado antes, y por eso no se levanta para ayudarme a entender el soliloquio intercambiable de las ranas, los di�logos y discursos en que se empe�an como si fuesen Descartes diciendo que mi existencia, y por lo tanto todo mi mundo, existe porque ellas me piensan, o m�s bien me pronuncian, declaran mi nombre y por ello me crean. Mi casa, mi esposa, mi auto, mi jard�n, mis padres, mis futuros hijos, mis desgracias y mi fortuna, todo es porque ellas, las pensadoras m�s grandes porque carecen de toda iniciativa trivial o interesada, han decidido que yo sea el objeto de su pensamiento, de su croar.

Su sonido, m�s que la palabra humana, es el lenguaje m�s sutil, m�s directo y parecido a un pensamiento que cualquier otro sistema de comunicaci�n inventado por el hombre. Ellas hablan de los dioses, y los dioses existen; hablan del hombre, y la humanidad existe; hablan del futuro verano, y �ste existir�. Saben que el invierno del alma es eterno, pero el est�o de los cuerpos vuelve y se regenera en cada estaci�n por m�rito de un ciclo natural que est� m�s all� del pensamiento, como si pensamiento y alma fuesen un todo de formas mutantes, energ�a que se transforma y se traslada por los cuerpos distintos de la naturaleza. A veces, las ranas, otras los hombres. Por eso en ocasiones aparece un hombre llamado Kant buscando entre los pastos las pruebas de Dios, pas�ndose la vida con la espalda encorvada y los ojos de p�rpados entrecerrados, huyendo de la luz del sol para oscurecerse en la sombra sobre el suelo, acostumbr�ndose a la oscuridad para percibir mejor los destellos ocres de los cabellos que caen de la cabeza de Dios.

Sabe que el dios de nuestra invenci�n est� viejo y alica�do, que una calvicie hace largo tiempo prematura lo aqueja y lo hace sentirse iracundo, feo ante el espejo de las constelaciones, que no lo consuelan como a veces saben consolar a los hombres solitarios que pasean por las playas nocturnas, pensando en su finitud, regresando al sentimiento de humildad que disminuye la sensaci�n de horror y humillaci�n a la que toda experiencia nos lleva cada d�a, cada hora, cada minuto del d�a.

No hay consuelo para Dios, y Kant lo sabe, pero busca pruebas como un detective, conversa con las ranas de su tiempo, que quiz� son las mismas que yo escucho conversar en mi jard�n, aunque no soy capaz de comunicarme con ellas. Me doy vuelta y veo la pl�cida y seria expresi�n de mi mujer, que sigue durmiendo, o haci�ndose la dormida, porque sabe que yo pienso y la creo en esta habitaci�n de esta casa que es mi mente. Y all� afuera, las ranas, como autores de un drama, de un follet�n, de una novela televisiva que va cambiando d�a a d�a seg�n los n�meros de un rating medido por par�metros ya establecidos hace siglos por un dios que nunca supo lo que es la televisi�n, un dios que ha ido al teatro todos los d�as de su eterna vida hasta hacerse viejo entre los palcos y el polvo de los cortinados, escuchando cuchichear a los actores tras bambalinas, espiando el murmullo del p�blico invisible de un teatro vac�o pero siempre lleno de rumores.

Y eso es lo que escucho desde mi cuarto, tras los vidrios empa�ados. El sonido me permite entrever, tras las brumas de la noche que ya se est� retirando como un amante vencido, obsecuente, humillado y cobarde, las risas ocultas tras los abanicos, las sonrisas escondidas por palmas infantiles, los gestos de sorna, las manos alzadas en se�al de conmiseraci�n, los finales llamados a la cordura y la piedad. Veo los dedos se�al�ndome, altos y apuntando como si de aquellas falanges fuera a salir un disparo como en los viejos dibujos animados

de la Warner, un disparo a quemarropa, una bala no de utiler�a sino verdadera, y yo esperando levantarme otra vez a la escena siguiente, como todo personaje de ficci�n digno de llamarse tal, me veo sumido en la penumbra iluminada del suelo de mi casa, un amanecer.

Los personajes de Dios no resucitan como los de Tex Avery. Los personajes de Dios no soportan los golpes, las ca�das, los disparos, sin sufrir una p�rdida irreparable. La p�rdida no del cuerpo, sino de la endeble y pasajera existencia en el pensamiento ajeno.

Yo caigo, mi mundo muere.

3

�Entonces c�mo responder al llamamiento de las ranas, cuando ni siquiera s� si me est�n llamando? Lo m�s que siento es que hablan de m� como si yo fuese un papel a la deriva del viento de oto�o, ya en camino del extenso letargo descendente hacia el suelo invernal, yacente pronto para ser pisoteado por las gotas del roc�o nocturno, por la lluvia de la tarde, por la orina de los perros y los neum�ticos de los autos. Indiferentes todos a mi mundo, llamados a execrarme como si de un reo se tratase, como de un cad�ver vagabundo sobre las literas de la calle a la que da el desag�e de una f�brica deshechos.

Mi casa huele a sahumerios, a comida reci�n hecha, a perfumes de ba�os y duchas, a jabones, a mierda otras tantas veces, a sudor, a s�banas sucias y a s�banas limpias. Huele a pasto, huele a muerte presentida, huele a dolor y a l�grimas. Huele a desmedro y humillaci�n, huele a felicidad.

Por eso ir� a matarlas. Quiero exterminarlas para que no jueguen con mi vida, para que dejen de juzgarme, para que abandonen sus papeles de dioses, de fil�sofos o de lo que sea que ellas se jacten. Yo soy mi propio dios, creador de la filosof�a de mi vida. Quien crea mi felicidad y mi muerte. Mi cabeza se halla en la cima del mundo, en el centro del universo, en la generaci�n espont�nea de la energ�a que esclaviza y vitaliza todo a su alrededor. Soy el verdugo de mi esposa, del almacenero de la esquina, de mis hijos que me esperan a la vuelta de la esquina de mi vida, de los muertos que dej� abandonados en las calles de mi cerebro, de la madre que me ofreci� la vida como quien ofrece un pedazo de su cuerpo, de mi padre a quien ofend� con la indiferencia y el olvido, m�s ofensivos que el escarnio y hasta el odio.

Yo, cazador de ranas, saldr� al jard�n de mi casa en pleno amanecer, descalzo, en ropa interior, con una pala, y comenzar� a aplastarlas, venciendo el asco que pudieran provocarme con sus cuerpos resbaladizos, con ese verde tan peculiar que las esconde entre la hierba, simulando que son lo que no son para sobrevivir. Utilizar�n, lo s�, todos los recursos a su alcance: los saltos, la espuma por la boca, la orina que seg�n los mitos infantiles deja ciego a quien sirve de objetivo. Pero nada m�s utilizar�n, salvo, quiz�, el pensamiento. Lo usar�n para borrarme de la faz de la tierra, pero yo s� que el olvido llega con la indiferencia, y si ahora las ataco es para que el odio generado por el miedo y la ira se troque en permanente pensamiento. As�, yo existir� siempre, y mi mundo sobrevivir�.

La alternativa inicial, matarlas, no deja de ser una tentativa atractiva. Sin ellas, los dioses dejar�n de molestarme, y si muero con su pensamiento, esa muerte ser� s�lo dentro de los par�metros de una filosof�a que me niego a aceptar. Por eso, mi cerebro, m�s avanzado que el de ellas, crear� su propio mundo, esparcir� la semilla de la creaci�n a los cuatro vientos dentro de los contornos de mi casa-cerebro. Y sin embargo, les tengo miedo. Ellas hablan, ellas croan como crean mi devenir, la sinceridad de mis o�dos es tan inclaudicable como la verdad de mis ojos. Las escucho murmurar ahora, las oigo decir entre labios h�medos que yo saldr� con una pala para matarlas. Saben de mi plan, y me pregunto si yo lo habr� develado con mi pensamiento, o habr� hablado

en voz alta. Se sabe que sus o�dos son profundamente sensibles, que entienden el lenguaje humano, los gestos de los hombres, el olor, las vibraciones del placer o el miedo a trav�s del aire que rodea sus pieles sensibles de reptiles.

Dudo, pero debo salir para saber si ellas sobrevivir�n. Dejarlas afuera ya no es posible, porque pronto ya no me atrever� a salir, cuando el miedo a su juzgamiento sea tan grande que inhiba mi acci�n, aumente mi temor a l�mites tan enormes que me impidan levantarme de los cimientos de mis huesos y abrir los p�rpados al d�a luminoso de mi casa, donde el cuerpo de mi mujer yace como en el limbo del mundo, en los l�mites de lo posible.

Abro el ventanal que da al parque, siento en mi piel un escalofr�o insoportable. Tiemblo y resisto, aguanto el temible croar anunciador de la muerte, y es como si el fin del mundo se avecinara de un momento a otro, como si m�s all� de la cerca que nos separa de la vereda no hubiese m�s que el helado y �rido final del vac�o, el silencio que trae el viento como un silbido anunciador de profundidades.

Y las ranas creciendo, no en tama�o sino en crueldad, en esa piedad llena de sarcasmo con que Dios se alimenta para continuar siendo el poderoso dios que siempre ha sido: la tristeza tras el velo de la melancol�a, la l�stima tras la misericordia, lo fr�o tras el fuego de un rescoldo, la nada tras la fr�gil cobertura del tiempo.

Salgo atravesando el ventanal, y es como si las manos de Dios aventaran el aire de por s� ya demasiado fr�o para ser soportado por hombre alguno. Manos �vidas por jugar con el aire para hacerlo viento huracanado que embista la fr�gil estructura humana, sus huesos, no sus casas ni edificios. Las construcciones resisten muchos siglos, el hombre no m�s que unos pocos a�os. Y el viento es su principal enemigo, un viento sin cerebro ni razonamientos, sin inquietudes ni sentimientos. Un instrumento de fuerzas mayores: el aire enviciado con el aliento de los muertos que resurgen de la tierra en cada jard�n, cada plaza o metro cuadrado de una ciudad edificada sobre tumbas sin nombres.

Y ellas, las ranas, cantan sobre la tierra removida, cantan su contento y su victoria entre recovecos formados por paredes de sonidos l�gubres, misteriosos, oscuros y sin nada m�s que el vac�o como sustancia.

Las enfrento con la pala en mis manos. Levanto los brazos y corro hacia ellas con un grito airado de venganza, de arrogante actitud sin dobles sentidos ni falsos compromisos, s�lo el fin como meta, el fin de las ranas: sus espejismos reflejados en espejos: caras de caras sobre caras, como d�as sucesivos que dejan rasgos tenues y transparentes sobre las im�genes m�s n�tidas de los d�as recientes, hasta que �stos tambi�n se van yendo, atr�s en el tiempo, dejando un residuo de figuras fantasmales que se superponen en im�genes bidimensionales. �Qui�n puede entenderlas, qui�n llegar� a interpretarlas?, s�lo aquel que reconstruya el tiempo con la paciencia e inteligencia de un ajedrecista pero con piezas de un rompecabezas.

Piso con mis pies descalzos el pasto, no tan fr�o como cre�. De alg�n modo es un consuelo reemplazar el helado y anestesiante fr�o de las baldosas por

el m�s c�lido temblor del pasto fresco. He visto a los perros dormir sobre el pasto en noches de pleno invierno, la tierra es c�lida en lo m�s profundo, eso lo saben los muertos. Levanto la pala todo lo que puedo, con la vista fija en las ranas que me rodean, sintiendo a la vez sus cuerpos viscosos roz�ndome los pies. Dejo caer la pala sobre ellas, y s� que he matado a unas cuantas. Levanto la pala nuevamente y veo los cuerpos deshechos, rodeados de muchas otras ranas que saltan sobre sus hermanas muertas intentando escapar. Las persigo por todo el jard�n, corro tras ellas dando golpes que repercuten sobre la tierra, y no s� si los vecinos me estar�n mirando, y no s� lo que piensan. Pero ya nada me importa, porque he encontrado una raz�n que me domina, un movimiento que encuentro enervante y estimulante al mismo tiempo, algo que me hace vivir para poder vivir m�s adelante.

S� que son mis enemigas, lo veo en sus cuerpos feos y groseros, en la fealdad que contradice todo sentido de natural belleza. Vocifero insultos mientras corro y aplasto dos, tres, cuatro ranas simult�neamente. Con el canto de la pala me detengo a veces a cortarlas en dos, y disfruto ver c�mo ambas mitades persisten en un movimiento reflejo que lentamente va disminuyendo, y es en una de estas ocasiones cuando me doy cuenta que las restantes se han detenido para mirarme. Las veo con sus cuerpitos dirigidos a m�, quietas, se�al�ndome con algo que no son sus patas ni su boca, sino ese algo indefinido que he visto y o�do en ellas desde dentro de mi casa.

Entonces las veo dirigirse hacia all�, y atraviesan el ventanal.

Mi mujer, pienso yo, est� en peligro. Mi refugio est� amenazado. Y cuando llego tras ellas, ya han invadido el cuarto, rodeado la cama, e intentan treparse por las paredes, pero no logran hacerlo.

Yo grito y llamo a mi esposa dormida, yo canto un himno de horror y piedad. Un llanto que no es queja sino pesadumbre, �ntima conmoci�n de reverberos inconsolables. Un poema que me llega de sitios ancestrales de las cuevas de mi mente enterrada en las fauces de un lobo muerto cuarenta siglos antes.

Desde all� lejos viene el grito, el llanto sin sonido porque es la suma de todos los gritos, y la suma da cero: es incapaz de engendrar.

Corro pisando a las ranas, ya sin asco sino con odio. Me subo a la cama y abrazo a mi esposa, que sigue dormida o muerta. Siento c�mo la cama ahora se mueve como sobre olas: es el mar de ranas que la desplaza en un movimiento de naufragio que no tiene principio ni fin.

Somos los habitantes de una balsa sobre un inmenso mar de ranas croando, sonido de tormenta y truenos, sonido de olas encrespadas entrechocando.

Y nosotros, �ltimo vestigio de una humanidad fenecida.

5.

la luna cay� a veinte metros del ministerio de justicia
sobre dos hombres que estaban peleando
no se realiz� ning�n sumario
ni se elev� pedido de extradici�n
no hay fronteras para un asesino

que no tiene manos ni brazos
que no tiene ojos para mirar lo que mata

la polic�a levant� los cuerpos
y los deposit� en la morgue
los restos de la luna fueron recogidos con palas
envueltos en bolsas negras
y llevados al basurero de la ciudad

all� descansan los esqueletos del cielo

ya no hay luces en las noches ni fuego en los hogares
la gente mira al cielo como quien mira
un pozo lleno de ni�os muertos

6.

he caminado por la cornisa de un edificio en llamas
las lanzas de agua de los bomberos no me alcanzaron

llegu� al extremo del puente interrumpido
contempl� la ciudad habitada por caracoles gigantes
que dan vueltas en c�rculos sobre s� mismos
las alondras llegan en bandadas
y de a cientos levantan a cada caracol
para llevarlos a los nidos del cielo

el agua a mis pies es un mar
con cascos rojos y velas de cuero negro
donde nadan los escarabajos del cementerio

para una ciudad el fuego es una enfermedad
pero el mar es la muerte

V. YAGO TIENE MIEDO

1

Hoy una angustia se me ha hecho intolerable. S� que voy a morir, como todos, alguna vez.
Cu�ndo es la inc�gnita, pero s� que pronto, porque me siento cada vez m�s solo. Otros tienen amigos, esposas, novias. Tienen parejas con qui�n compartir el tiempo y el tedio que sobreviene con el paso de los a�os. No es la necesidad de compa��a por el mero hecho de no morir solo, ya que la muerte es un camino tan solitario como el nacimiento. Por lo menos tal es el argumento que nos imponemos para consolarnos ante el miedo abismal de la finitud, del no hay m�s, del oscuro desempe�o de la raz�n que todo lo aniquila con excepci�n de la desesperanza.

Quiz� haya esperanza en la desesperanza, quiz� haya fe en esta misma incongruencia, y como un ancla depositada en el absurdo, el absurdo sea el instrumento de nuestra salvaci�n. Un incontrovertible instrumento de salvataje desde un mar encrespado donde los recuerdos son sue�os y los sue�os simples argumentos refutados por la l�gica.

El mar es la realidad, el agua en los pulmones, las olas como l�tigos golpeando la cara sin dejarnos respirar, azotando el cuerpo como cien bestias de la Inquisici�n, oblig�ndonos a decir la verdad: nuestra impotencia, nuestra infelicidad, nuestra terrible y nunca descargada ira.

Envidio a quienes van por las calles de la ciudad acompa�ados por alguien que es m�s que un compa�ero. Adivino en sus miradas un lazo que los une, por m�s que sea el arrebato, el rencor o el remordimiento. Ellos son un lazo quiz� m�s permanente que el amor, y es preferible haber aborrecido que no haber sentido nada nunca.

Me refiero a nada m�s cercano a la felicidad, m�s arcano que el est�o entre rubicundos �ngeles jugueteando desnudos en el Parque Lezama, levantando las heces viejas y secas de los perros, ri�ndose como bobalicones descerebrados pero con una expresi�n celestial, tan ingenua que no puede ser expresada de ninguna manera m�s que siendo vista, apreciada, contemplada como un sentimiento irrefutable e irrepetible.

Las parejas que se besan en los bancos de la plaza son melosas y cursis, pero yo las envidio porque saben, han descubierto, que sus cuerpos son caminos nunca trillados, senderos salvajes donde cada h�lito, paso, sonido y cada mota de polvo y arenisca es un hallazgo. Y los besos traman redes de min�sculos puntos que s�lo se acabar�n cuando el material que los constituye se agote. Ellos saben que esto nunca suceder�: podr� extraviarse u olvidarse la fuente, podr� perder la importancia inicial, la fuerza, no por agotamiento sino por la simple indiferencia.

Pero all� estar�n ellos, los cuidadores, los jardineros, los cupidos con sus flechas para matar la indiferencia y el olvido as� como se matan las ara�as que amenazan con envenenar los cuerpos ocupados en sus placeres, en los recovecos del abrazo, en los sinsabores de las mordidas salvajes en la piel caliente y sudada, en los golpes que no se sienten como golpes sino como placeres de una rueda sin agotamiento, sin p�rdida de �mpetu, hasta el azar del coraz�n humano, hasta el interrumpido coraz�n que ha dicho basta porque Dios dijo basta.

Mi envidia es odio y es amor, que me consume como a los perros fam�licos, los perros rabiosos que deambulan por las calles por la noche, sabiendo que cada contacto con un ser humano es un peligro y un bienestar. Mi mordedura me libera de un gramo de odio y de ira, porque lo comparto con la v�ctima propiciatoria: un borracho perdido entre zagu�n y zagu�n, una prostituta que vuelve a su casa luego de una noche pobre en trabajo, un chico hambriento, quiz� drogado, que me enfrenta con el coraje de la sinraz�n, siendo su �nica oportunidad de expresar con los ojos la verdadera bronca, el enorme resentimiento que de ser dejado salir podr�a acabar con toda la ciudad como una bomba de neutrones.

Yo odio, pero no soy capaz de matar. Hacerlo ser�a como terminar con el objeto de mi vida. Porque m�s que mi cuerpo, la esencia de mi vida son ellos: los que tienen, hacen, toman y poseen lo que yo no puedo.

Los que pueden lo que yo no.

Pero qu� es poder, me lo he preguntado muchas veces. Si quisiera, podr�a hacerlo todo, he escuchado decir a muchos. Si tienes un cuerpo relativamente sano no hay nada que no puedas cumplir. Bobadas de evang�licos mensajeros de Dios. Yo les respondo con una obscenidad sin sonido, toc�ndome los genitales o haci�ndoles un corte de manga. Respuestas arbitrarias que de nada sirven, es verdad, pero demuestran que a veces el silencio es el mejor argumento contra otros argumentos faltos de inteligencia.

Yo me se�alo la cabeza y el coraz�n, por continuar con los lugares comunes de cualquier discurso de clase media, haciendo notar que ambos sitios est�n constituidos por dos m�quinas cuyos engranajes se agotan y sus repuestos son inobtenibles porque cada pieza ha sido fabricada a mano por un artesano que ya ha muerto. Vamos por las calles de la ciudad, de local en local, por avenidas y barrios diversos. Ac� no tenemos, pero a lo mejor en la casa de la avenida San Mart�n, o en aquella otra de la calle Riobamba, o en el barrio de Pompeya, qui�n sabe en qu� esquina de un suburbio ya abandonado por la afortunada mano que acomoda los rigores de la oferta y la demanda.

Una vez roto el engranaje, el resto de la m�quina ya no podr� hacer nada, salvo ocupar un lugar, y con suerte, servir de apoyo a una maceta, una pila de libros o las herramientas que ser�n utilizadas para otra m�quina ya tambi�n en v�as de extinci�n.

Yo tengo la mirada que imagino tienen esas m�quinas inservibles hacia las herramientas a�n en uso apoyadas sobre ellas, indiferentes al sitio sobre el que unas manos humanas las han puesto. Como una pareja que hace el amor sobre un colch�n, sin preguntarse qu� piensa o siente tal colch�n, ni siquiera tomando en cuenta la calidad, la comodidad que el colch�n les ha ofrecido para que ellos cumplan con su deseo satisfactoriamente.

Es que los que son felices no piensan m�s que en s� mismos, y cada uno a su vez piensa en s� solo, ente individual imposible de comunicarse con alg�n otro, por m�s que un segundo antes hayan estado tan compenetrados como nacidos en un solo cuerpo. Por eso odio tal suficiencia, la sonrisa satisfecha de los que han sentido eso: lo indefinible como toda entidad sublime, todo alcance de una deidad a trav�s de una mano que toca con sus dedos los cuerpos de un par de humanos hundidos en la jaula vaporosa de lo brevemente eterno.

Mi problema no es la soledad, �nicamente, porque �sta es medida seg�n la apreciaci�n de uno mismo. Mi conflicto es la dificultad, la impotencia por acceder a aquello que los dem�s poseen. Me he consolado dici�ndome parrafadas de fracasos y rechazos, de malos nacimientos o mala suerte y malas compa��as, lugares tan comunes como los sitios por los que uno deambula cotidianamente, sitios pr�cticos que no dejan m�s recuerdo que la r�mora, la resaca, el olvido final.

Me acaricio a m� mismo frente al espejo, y me amo tanto como odio a los que por la calle pasan como si vivieran en un espejismo de cuento de hadas. Todos son felices, me parece, as� que yo crear� mi propia felicidad, mi autosatisfacci�n, mi flagelaci�n: mi �nico tesoro, para que sea la envida de los dem�s. Esos que creen haber sido tocados por Dios por el simple hecho de que una mano los tome a cualquier hora de la noche en su cama, y los acaricie, y los apriete como si esa cama fuese el �ltimo refugio despu�s del holocausto de la humanidad.

2

S� que voy a morir, y tengo miedo, no tanto por la incalculable incertidumbre de lo que encontrar� m�s all�, sino de lo que dejar� en este mundo. Dejar�, incluso lo que no tengo y necesito, as� como necesito del aire que respiro.

Todo lo que los dem�s poseen, yo lo deseo. Cosas en particular, cosas en general. No porque me gusten especialmente. He llegado a la conclusi�n de que lo que yo necesito es el ansia de sentir lo que los dem�s sienten al poseer tales cosas.

Entonces s� que morir� sin tener el autom�vil que mi vecino de departamento se ha comprado, luci�ndolo en la puerta del edificio cada fin de semana, sac�ndole brillo durante todo el d�a, con breves interludios para subir a su departamento para almorzar luego de sufrir, incluso los otros vecinos y yo, los llamados agudos y paulatinamente roncos de su mujer desde el balc�n. He soportado los chillidos de sus hijos mientras bajaban y sub�an las escaleras, entusiasmados a m�s no poder por el auto nuevo de su padre. �l los ha llevado de paseo, durante quince minutos como m�ximo, unas vueltas a la manzana seguramente, pero los chicos se conformaron, y la indiferencia de su mujer lo conforma a �l, lo reconforta en el ensimismamiento con su propio placer: el auto: mirarlo, sentarse dentro, como si estuviera masturb�ndose durante horas y horas, sacando brillo a ese esqueleto metalizado de mujer inalcanzable, impenetrable.

Eso es lo que envidio, la satisfacci�n, como si la felicidad dependiera de un sueldo rid�culo que a�n as� ser�a suficiente para pagar las cuotas eternas de un auto reci�n salido de la f�brica, cromado, patentado, asumido en las manos como en la autoconciencia de real satisfacci�n. Como si mi vecino hubiese salido reci�n de la iglesia, de hablar con el dios vendedor con su sonrisa de circunstancia y sus propias manos crispadas de deseo: de firmas, cheques, documentos que comprometer�n la vida de mi vecino por muchos a�os. Garant�as, hipotecas, pr�stamos, recibos de sueldo, documentos de identidad: todos signos

para atenuar las sospechas que nunca morir�n, porque esa es la esencia de la sociedad.

Sospechas que reconozco en mi mirada cuando lo observo restregar con incansable af�n el metal del auto, que refulge bajo el sol del domingo, despidiendo destellos que rebotan en las ventanas de cada departamento de este edificio y del que lo enfrenta, destellos que no por d�biles - ya que el sol penetra con mucho esfuerzo en el t�nel de la calle- son menos conspicuos, menos heterodoxos en su religi�n de fabricar s�bditos para siempre fieles.

Yo me reconozco a�n un ateo a esta religiosidad del consumismo, mi af�n est� en el placer sensual que dan las cosas. Quisiera tomar la mano de aquella mujer que he visto en el ascensor esta ma�ana, distra�da en el distanciamiento que el tel�fono celular le ofrec�a en el centro de esta jaula llamada ascensor. He recordado lo que he le�do muchas veces de muchos poetas encerrados en campos de concentraci�n, presos pol�ticos o simplemente delincuentes arrepentidos o no, gente que en medio de su condena al encierro, vive la libertad gracias a la imaginaci�n que un libro puede ofrecerle: un disparador a los efectos y consecuencias de la propia y genial imaginaci�n. Pero esta mujer con su celular en la mano, la cabeza levemente inclinada, ajena al ascenso y descenso del artefacto mec�nico el�ctrico en el que est�bamos ambos sumidos, viajaba en sus propias redes con otros muchos, interconect�ndose en breves, virtuales miradas fijas para siempre y para siempre perdidas en la historia y el pasado del espacio no-tiempo.

Quiz� los primeros que subieron a un ascensor han sentido la misma aprensi�n de su alma y su cuerpo, durante un escaso instante antes de poner un pie en la jaula. El cuerpo se resiste a ser llevado contra las leyes de la gravedad, y el alma es siempre temerosa, como toda buena e inteligente mujer, del futuro de su alma en vistas a la protecci�n de sus seres queridos. Pero toda maternal reprimenda o amenaza latente es superada por la l�gica dominante de la raz�n, y all� est� la ciencia para comprobarlo, para refutarlo si es necesario con nuevas experiencias que mejoren el producto de la tecnolog�a.

Esta mujer, digo, viajaba doblemente: en el espacio tiempo contra las leyes establecidas de la gravedad gracias a los senderos que la inteligencia humana ha creado, como surcos asfaltados, en la estructura f�sica del mundo; pero viajaba tambi�n por otros senderos ya sin dimensiones posibles de medida, el mundo virtual que est� y no est�, la cuarta dimensi�n, tal vez, tan buscada por los fan�ticos de fen�menos paranormales. La red comunicativa que puede ser interrumpida por la ruptura de un sat�lite, pero no as� la imaginaci�n que el mundo ha creado en esa mujer.

Observ�ndola, mientras el ascensor paraba en cada piso, abriendo sus puertas autom�ticamente, pude apreciar la mirada cautiva, la sonrisa ingenua, de sorna, tristeza o asombro, de placer inclasificable, de esperanza ca�da en desuso, de muerte inminente, de fe en nacimientos futuros, de batallas perdidas, de amor sin esperanza y por eso m�s alto y m�s bellamente adornado por el brillo de las l�grimas de la felicidad.

Eso es lo que yo envidi�: la felicidad de un viaje sin tiempo dentro de los par�metros vulgares del tiempo-prisi�n representado claramente por esta jaula que nos transportaba, rompiendo transitoriamente, y confirmando por su misma excepci�n, las reglas conocidas del espacio-tiempo.

Cuando el ascensor se detuvo en la planta baja, las puertas se abrieron y me qued� apretando el bot�n que las reten�a durante varios segundos en los que las nociones que definen el significado de las horas o de los siglos se confundieron, y ya no supe m�s que del sol penetrando desde un espacio en las afueras que tanto podr�a ser la ciudad inclaudicable como el mismo principio de las eras, el para�so y el infierno que describi� Blake, o el abismal purgatorio que Dante y Virgilio recorrieron alguna vez, o el principio del apocalipsis que la boca de Dios insin�a con murmullos col�ricos e ininteligibles.

La vi, entonces, mirarme, vuelta de qui�n sabe d�nde, regresada, por lo menos en cuerpo, de las lejanas regiones inmersas y divergentes de su tel�fono celular como si �ste fuera uno m�s de los agujeros negros del universo, abierto en el otro extremo en un agujero blanco que expande el contenido hacia lo imponderable, o quiz� lo muerto.

�Qu� es la realidad, qu� la imaginaci�n, si no estados de enso�aciones

paralelas?
Si ella escuch� mi pregunta, si por alguna eventual casualidad de la preeminente causalidad lleg� a entender a lo que yo me refer�a, decidi�, con cautela, como toda mujer inteligente, ignorarme. No sin antes arrojarme a la cara una mirada m�s dura que todo el conjunto completo de concreto que conforma la estructura de este edifico: una mirada tan dura como su propia vida, o la m�a. Para que el olvido cumpla su funci�n correctamente, y el mundo vuelva a comenzar sin remordimientos.

3

Morir� sin todo eso: lo mencionado y todo aquello que a partir de ahora mencionar� como una falacia pronunciada al viento del sur, contra el viento del enorme sur. Aquel que me har� tragar mi propia voz para que mis ruegos me consuman como un �cido las entra�as, para que mis protestas sean g�rmenes invisibles que lentamente tomen la forma de gusanos en las paredes de mi conciencia.

Todo lo que no tendr� nunca por tanto desearlo siempre, por lo menos eso es lo que me digo para consolarme con la �nica idea, atroz y recalcitrante como toda idea de consuelo, de que alguna vez pude haber tenido, o pude haber sido, lo que anhelaba.

Un hombre que sale de su casa en los suburbios residenciales de una ciudad, sube a su auto y enciende el motor, y espera que �ste se caliente en una ma�ana de invierno. Pone m�sica, ordena los papeles del trabajo, revisa las �rdenes del d�a, se detiene a pensar. De pronto, su mujer sale por la puerta y se acerca al auto, se inclina para besarlo y despedirse, se seca las manos en el delantal y toma la cabeza de su marido y la apoya sobre su pecho. Ambas caras est�n ocultas, pero yo s� que sonr�en, los dos reconciliados luego de una discusi�n nocturna, codo a codo en la cama, resentidos por momentos, arrepentidos casi siempre, unidos por la piel com�n del deseo, ansiosos de abrazarse pero empecinados en el orgullo que todo lo arruina y nos lleva por caminos altos y siempre, siempre solitarios.

En esta ma�ana de invierno, lo importante ha prevalecido: no la casa con sus ventanas al jard�n delantero, ni el tejado que desciende con armon�a hacia los costados, los p�jaros que buscan alimento en el pasto de la vereda, el perro del vecino que ladra por aquella interrupci�n matutina, o los colectivos escolares que pasan recogiendo chicos de puerta en puerta; sino ellos, ambos �nicos, unidos no por el fuego ni los cuerpos consumidos en �l, sino por el alma incorruptible, que por m�s que insistan en ensuciarla, permanece indemne junto a ellos, el alma �nica, el tercero que no es discordia sino lazo, fuente,

alimento, sost�n, refugio, consuelo, esperanza, necesidad, no de los altares sino de un dios de cama adentro, dispuesto siempre a limpiar de polvo las superficies de porcelana de la antigua y delicada vajilla de los abuelos.

Los abuelos que llamaron amor a lo mismo que ellos llaman ahora.

El hombre saldr� para su trabajo, un oficio, quiz�, que ha elegido porque de algo tiene que vivir. Yo lo sigo por las calles hasta su oficina. Lo veo estacionar en su sitio habitual, animal de costumbres como lo demuestra al tomar el mismo ascensor de la izquierda, pasar por la derecha de la escalera donde un obrero arregla las paredes del cuarto piso desde hace seis meses, saludar a las secretarias sin detenerse, evitar el olor a espliego que despide su colega de sesenta a�os, a quien no soporta, entrar en su oficina, prender la computadora ante todo, dejar el malet�n sobre la silla, nunca sobre la mesa, abrirlo y sacar uno por uno las carpetas y folios en los que trabajar� ese d�a. Pero no ve lo que espera todas las ma�anas sobre el escritorio: la taza de caf� con leche y una medialuna de grasa. Mira hacia la puerta que pocas veces cierra, solo para aislarse cuando alg�n caso le requiere mayor concentraci�n, mira a las secretarias ir y venir, pero nadie se asoma por la puerta para saludarlo, para preguntar con una sonrisa de sorna c�mplice y tambi�n ingenua, si echa de menos algo en la oficina. En ese caso �l aceptar�a la broma, como un tonto chasco en el d�a de los inocentes, que m�s tarde contar�a a su mujer, asombrado de su propia estupidez y la de los dem�s en aquella oficina de morondanga.

Pero nada de eso sucede. El silencio lo rodea cuando m�s all� de sus sentidos el ruido hace estragos, zumbidos de computadoras, m�quinas impresoras, sellos golpeando en los escritorios, gritos airados, protestas de hombres y mujeres, puertas que se cierran con la corriente de aire del invierno que se cuela con cada nuevo miembro del personal que llega tarde, hasta las firmas de los jefes se escuchan como un chirrido de plumas-biromes sobre los documentos. Nadie piensa en su taza de caf� con leche y una medialuna de grasa, una sola, por Dios, una simple medialuna que podr�a llegar a aceptar que fuese incluso del d�a anterior. Busca en los cajones del escritorio, y ya no puedo evitar una sonrisa al confirmar las palabras imaginadas de ese hombre que se cree tan inteligente. Pero a veces hacemos cosas tan ingenuas porque nos resistimos a reconocer una verdad que vemos venir y no deseamos, que tememos porque cambiar�a todos los esquemas que nos rescatan cada d�a del abismo: lo imprevisto. Lo que viene del azar o del destino tan desconocido, o tan ciegos a �l, que es lo mismo que llamarlo azar.

Yo, entonces, me regocijo. Veo su cara p�lida, su asombro de principiante o de viejo abandonado en medio de una ciudad multitudinaria. Rodeado del eco de su propio silencio, mientras las moscas entran por su boca y vuelven a salir como si de un muerto indeseable se tratara, un muerto que todav�a no ha muerto, y ellas, rode�ndolo, esperando, forman �rbitas ang�licas alrededor de su cabeza.

Aguarda el momento en que alguien entrar� con la taza de caf� y una medialuna sobre una bandeja de pl�stico, rompiendo por fin la interrupci�n moment�nea, la interrupci�n de una interrupci�n, el cambio de un cambio que volver� las cosas y los hechos a su cauce habitual. Pero la habitualidad es s�lo una forma m�s del azar, y �l ahora est� comenzando a darse cuenta, aunque siempre lo supiera, conocimiento no reconocido por la conciencia acomodaticia de su ejemplar vida.

Aguardo el instante, ahora, en que un hombre llegar� para traerle un sobre y un mensaje muy corto, que ni siquiera leer�. Muy pocos minutos despu�s, veo entrar varios, que con rapidez y eficacia, se van llevando muebles, computadora, papeles, dejando a su lado el malet�n casi vac�o, con excepci�n de clips, una calculadora y la foto de su mujer. No tiene d�nde sentarse y descansar del tornado de esa ma�ana, su coraz�n se reacomoda e insiste en suicidarse a cada minuto, un sube y baja en una plaza arrasada por criminales an�nimos.

La desolaci�n es mi amiga.

La desesperaci�n mi confidente.

Cuando alguien comienza a sentir en su boca lo agrio de mi coraz�n, y cuando su pie despide la ranciedad que yo siento sobre mi piel, es el momento en que ya no estoy tan solo.

Hoy me acercar� a �l, asom�ndome por la puerta de la oficina en la que no permanecer� m�s que otros diez minutos, y sin que me vea, murmurar� unas

palabras de in�til consuelo, como alcohol sobre una herida.

Lo llamar� mi hermano.

4

Me mirar� como si no comprendiera al principio, perdido a�n en sus propias cavilaciones, intentando entender lo que le ha sucedido, y de qu� manera han llegado a manifestarse tales hechos en su vida hasta ese momento tranquila a base de esfuerzos. Se lamenta, lo veo en sus ojos, con una mirada hip�crita que nunca se atrever� a reconocer, mucho menos a s� mismo.

�Qu� esfuerzos hizo en su vida por lograr lo que hasta ahora ten�a, qu� sacrificios, cu�ntas horas de trabajo, cu�nto dinero invertido, cu�nto esfuerzo mental y trabajo f�sico lo han llevado a esta p�rdida?, porque toda p�rdida es tambi�n una cosa que se tiene, un logro m�s, una ausencia que brilla por su misma esencia: la sustancia de la nada, el vac�o de lo que fue, el contorno alrededor del aire de la cosa ausente, desaparecida, el fantasma, el aura, o como quiera que se lo llame seg�n las religiones o filosof�as que el hombre ha desarrollado para consolarse con meros esbozos de ideas sobre arena. Construcciones que ahora, mi hermano en el infortunio, trata de salvar como puede de las olas de la fatalidad, esa puta que se vende �nicamente a muy alto precio, como dir�a Balzac, tan alto que ni siquiera el alma de Fausto y todas las almas del purgatorio de Dante ser�an suficientes para convencerla de entregar su cuerpo por una noche y ser nada m�s que una prostituta, un cuerpo dispuesto a todo, entregada a todo, incluso a la laceraci�n y la muerte.

Pero como todos sabemos, el mundo no podr� sobrevivir sin fatalidad. Y hay algunos que somos sus disc�pulos, no por dinero sino por comuni�n de ideas, o m�s bien por fines iguales aunque no causas semejantes. Yo soy uno de ellos, y por m�s que el ansia por confesarle todo a este hombre que ahora me mira retuerza mi segunda cara, la interna, con una risa que muchos llamar�an despreciable y yo llamo de reconciliaci�n, no le revelar� mi acci�n: fui yo el que provoc� su despido.

Y me alejo de esa oficina, dispuesto a continuar con mi agenda del d�a. No s� lo que har� �l de aqu� en m�s, yo voy hacia su casa en busca de su hermosa mujer, tocar� el timbre, me atender� ella quiz� con un delantal en la mano o un biber�n todav�a tibio. Tal vez abra la puerta con una sonrisa atareada y un beb�

en brazos, meci�ndolo con un movimiento de su cuerpo que deja descubrir sus pantorrillas, el arco de su cadera bajo la falda, el pelo atado sobre la nuca, sin maquillaje, s�lo un par de delicadas gotas de sudor cayendo por su frente. Me digo que quisiera secarlas con mi lengua, sentir la sal que me alimenta, pero s� que mi fealdad es una de las tantas causas de mi fracaso, as� que dejo de lado la seducci�n, y parto hacia el sinuoso camino de la destrucci�n.

S� que una mujer puede llegar a perdonarlo todo: la p�rdida de un trabajo, el desorden, la falta de ambici�n, hasta la indiferencia, incluso el rencor, ya que todo eso es parte del sacrificio diario que llamamos amor. Pero nunca perdonar� la infidelidad, y si dice que lo hace, conservar� sin embargo un resquemor tan firme como una piedra en un saco lleno de cachorros gimientes que se arrojan al r�o. Tarde o temprano, la tela se pudre y los huesos saldr�n a la superficie.

Digo lo que tengo que decir, ni una palabra de m�s o de menos. Ella comprende, lo noto en su cara de pronto �vida de llanto, luego plena de furia, y m�s tarde, cuando yo me haya ido y la puerta est� cerrada, en el rostro sucesivamente rico en expresiones de rencor, resentimiento, frustraci�n, odio. Dejar� al beb� en su cuna para limpiarse la cara en la pileta de la cocina, pero el llanto de su hijo ser� una extensi�n del suyo, y ambos se transmitir�n la miseria.

Yo me ir� caminando por el sendero de lajas hasta la vereda, y seguir� mi camino escuchando de lejos esa m�sica f�nebre en pleno d�a y bajo el sol m�s refulgente y bello de la temporada.

Mi coraz�n estalla de j�bilo, y la gente que se cruza en mi camino me ve sonre�r como si fuera un loco o un �ngel. Me siento a la mesa de un bar en la esquina. No alcanzo a ver de la casa m�s que la entrada y el techo, unos autos y la casa de al lado me ocultan las ventanas y el resto. Pero para m� es suficiente, mi imaginaci�n tiene la virtud de la verdad. No s� por qu� me ha tocado esta �nica fortuna, pero he de aprovecharla.

Cinco horas despu�s, veo regresar al hombre en su auto. Desciende con la cabeza baja, sin su portafolio, olvidando cerrar el auto y se dirige hacia la puerta de su casa. Lo veo, m�s bien lo adivino dudar, retardar la llegada. Se detiene un momento, parece descubrir algo diferente a su preocupaci�n. Ve que la puerta de su casa est� entreabierta: debe estar pensando en una nueva desgracia, un robo esta vez. Como si eso lo envalentonara, como si de esa manera canalizara toda su furia en los supuestos ladrones, entra abruptamente haciendo golpear la puerta contra la pared y dispuesto a enfrentarlo todo, menos aquello que realmente lo espera.

Oigo, desde donde estoy, propalado por la calle como un eco amargo y desesperado, un grito profundo, ya vuelto de todos los caminos del infierno, ya muerto y resucitado mil veces, ya sabio de toda inerte sabidur�a. Exactamente como un eco sin esperanza porque no hay vida en el coraz�n de ese grito.

No s� si de mujer o de hombre. Ni siquiera si es la casa que grita en su conjunto, como un personaje m�s: una simbiosis de quienes la habitaron, lament�ndose inconsolablemente. Pronto a convertirse en el llanto mon�tono de las pla�ideras, en el canto sefard� de los lamentos. En algo, en fin, continuamente lamentado alimentando la fuente de las l�grimas.

Algo ha sucedido en esa casa, y yo tampoco s� con detalle de qu� se trata.

Pero puedo por fin levantar la mirada sin miedo hacia quienes me rodean, hacia quienes me miran intuyendo algo que nunca podr�n definir, y devolverles el gesto mirando hacia esa casa.

Mi hogar y mi destino.

7.

los errores de un �rbol se tapan con esti�rcol
los errores de un santo con p�ginas de tinta

los cr�menes humanos no son deudas
son pagos al dios de la hierba
que crece en las comisuras de los labios
y entre los pliegues de las manos

la suciedad de hongos como lagos extensos
donde nacen los dioses acu�ticos
con aletas plegadas en sacras palmas
y bocas con burbujas de sangre

el error es un n�mero cero despu�s de la �ltima cifra
donde cada punto tiene dos caras:
la de un feto y la de un cad�ver

8.

cuando veas en el bosque
una docena de b�hos cazando ratas
es porque la luna no ha salido a�n
le temen y no cazan si ella los est� mirando

cuando en el bosque encuentres
una docena de lobos muertos
la luna ya se ha levantado
ellos no toleran la luz de su sombra

en el bosque hay doce �rboles ca�dos
ordenados con simetr�a en un prisma
y la luna yace entre ellos
porque no soportaron el tama�o del pasado

en todos los bosques del mundo
ver�s docenas de prismas iguales
con cad�veres de lobos en el centro
y b�hos volando sobre ellos
la luna sale y se pone rodeada de polvo

desde la ciudad escuchar�s cada noche
los gritos de las ratas

VI. SANTIDAD DE LA RAZ�N

1

El Racionalismo fue una escuela de luces para el mundo. La raz�n fue creciendo lenta, progresivamente, cayendo de escal�n en escal�n en un ascenso sin contradicci�n, porque era el natural camino evolutivo de las ideas predominantes. Conceptos que adquir�an fuerza desde sitios, situaciones, circunstancias, fuentes impredecibles, escondidas, que nadie, ni los propios fundadores y preconizadores de este movimiento social, cultural e intelectual habr�an podido definir con precisi�n.

Todo esto me hace recordar, sin embargo, al lento ascenso de una gota por la escalera en el cuento de Dino Buzzatti. Una gota que, venciendo las leyes de la gravedad, asciende por la noche sin ninguna causa que justifique tal procedimiento, esa maravilla y cambio en los recursos habituales de las leyes f�sicas, sino tampoco una raz�n para que est� haciendo aquello: el subir una escalera.

Se justifica el goteo de una canilla mal cerrada por descuido, olvido o indiferencia de quien se levanta en plena madrugada para beber un vaso de agua, o el goteo de la llovizna en el desag�e del techo de nuestra casa, pero no somos capaces de comprender c�mo una gota de agua asciende como si fuese un animal rastrero, esquivando el clima de la casa, las caracter�sticas de las baldosas o la alfombra, la sequedad a que deber�a someterla el polvo acumulado, incluso siendo capaz de esquivar la lengua m�s curiosa que sedienta del perro, despierto sin duda por aquel goteo especulador de sospechas y agudas templanzas.

Pero no puedo llamar templanza a mi somnolencia, sino meditaci�n contemplativa. La Raz�n surge entonces f�cil a pesar de la contradicci�n que lleva en s� misma: capaz de comprenderlo todo, niega y afirma con �nfasis: una gota de agua no puede ascender, pero acepta la situaci�n porque su principal instrumento as� lo atestigua. Ojos y o�dos confirman el fen�meno.

Por todo ello, la Raz�n fue descubierta como el m�ximo hallazgo, el supremo poder en manos del hombre, como si pudiera sacar de su cabeza su propio cerebro y contemplarlo igual que un disector, buscando con pinzas delicadas en las circunvoluciones las motivaciones, los senderos discursivos, las racionales tergiversaciones que no son m�s que excepciones que confirman las leyes naturales.

A�os y a�os de b�squeda incansable, de esfuerzos inauditos para mentes humanas que no tienen m�s remedio que agotarse alguna vez, viejas las neuronas, cumpliendo el ciclo que el conocimiento aplicado esta vez a la anatom�a y fisiolog�a ha descubierto como patrones, reglas y variaciones.

Variaciones sobre un mismo tema, un g�nero musical que ha prevalecido precisamente tiempo despu�s del c�nit del Racionalismo. Haydn, Mozart, Beethoven y tantos otros han especulado con temas de compositores de mucho menos talento para realizar obras de diversa duraci�n con el fin de cumplir con un encargo oficial o privado, el cual ayudar�a en sus econom�as para poder regalar mayor tiempo a sus mejores obras.

Y eso es lo que yo hago ahora, hablar del Racionalismo, de ideas ya estudiadas mil veces por hombres de mayor talento. Variaciones sobre un mismo tema que deber�an aportar algo a la historia. Entonces me pregunto, qu� es el cerebro humano m�s que una serie repetida de costumbres ancestrales. �No es �sta, por caso, aquella melod�a de Monteverdi, aquella aria de Gluck, la fat�dica llamada al comienzo de la quinta sinfon�a de Beethoven en la mente del primate?

Me gusta imaginar que un simio podr�a estar ahora haciendo percutir una piedra sobre otra piedra, intentando lograr una chispa, sirvi�ndole tal acto aparentemente reflejo como meditaci�n inconsciente por la lucha que acaba de entablar y perder contra otro macho por la posesi�n de una hembra. Lo veo sentado sobre la tierra, las piernas abiertas, la espalda apenas inclinada, los

brazos activos y solemnes, y las manos en plena y suprema funci�n: sujetando la piedra una, otra piedra la otra, golpe�ndolas entre s�, haciendo salir chispas inocentes, d�biles, pero provocando otra cosa tal vez m�s extensa que los siglos: un ritmo sincopado que va lentamente transform�ndose, metamorfose�ndose, variando en duraci�n, en sentidos, imitando el sonido del agua o de la lluvia, de los animales de la selva llam�ndose unos a otros, de las aves, de los gru�idos, de los gritos y gemidos.

Y por fin, algo conmueve al simio, lo traslada a un lugar que no es la selva, algo proyecta en su mente otro espacio y otro tiempo: la abstracci�n.

No sabe que as� se llama tal poder que ahora ha descubierto. El ritmo le ha provocado tal cosa, m�s concientemente quiz� que cualquier otra vez, al sentir alg�n olor o escuchar los sonidos de la selva. Sus ojos buscan en el espacio a su alrededor, en los �rboles y el cielo entre ellos, el lugar que ha entrevisto por un momento, y que la interrupci�n del ritmo hizo desaparecer de pronto.

El simio se ofusca, se confunde, se restriega los ojos, se rasca la cabeza, da saltos de contento y obstinaci�n, arde por comprender lo que le ha pasado, llama a gritos a sus compa�eros, pero ninguno acude. Trepa a un �rbol, lo m�s alto que puede, y contempla la extensi�n arbitraria de la selva, m�s o menos amplia seg�n los ojos que la observan. De ello depende la capacidad visual de la especie, la sagacidad de la mirada, el aprendizaje que este simio ha comenzado a adquirir.

Vuelve a restregarse los ojos, buscando en ellos lo que antes ha visto y no puede pensar nuevamente porque no lo ha comprendido. As� como entiende las formas en que la selva se presenta a su mirada, los olores y sonidos, el tacto a su alcance, de la misma forma y con la misma intensidad no comprende lo otro que ha entrevisto.

Intuye que tal relaci�n inversamente proporcional le llevar� mucho tiempo de contemplaci�n. Dispuesto a quedarse all� en busca de una nueva experiencia, sabe que todo ello est� tras sus ojos, y sin embargo no lo sabe del todo, todav�a.

Es f�cil confundir la raz�n con la l�gica o la ciencia. La l�gica tiene apariencia de verdad, y la verdad parece estar formada por la estructura de la raz�n. La ciencia, entonces, tiene la funci�n de corroborar y afirmar a ambas.

Pero qu� lejos de la verdad est� la l�gica, y �sta qu� lejos de la raz�n, y �sta a�n m�s lejos de la ciencia.

Si el simio que tomamos como objeto de experimentaci�n ve el follaje de la selva en la que vive, sabe �nicamente que all� est� la selva y m�s all� no hay nada, por lo menos hasta que �l se dirija hacia los l�mites y atraviese la zona que abrir� su raz�n hacia otros par�metros. Luego, la l�gica le dir�, en el futuro, que m�s all� de lo que ve podr�a encontrar otras cosas. Si este simio tuviese m�s inteligencia, desarrollar�a una ciencia para investigar, estudiar si estas experiencias se repiten tan seguido como supone.

Sin embargo, ni el simio es lo suficientemente inteligente ni su experiencia posee la intensidad que se requiere para que provoque un razonamiento deductivo semejante al fluir de un r�o serpenteante entre la maleza. Aqu� es donde �l deber� descender del �rbol y tocar el agua, beberla, satisfacer su sed y conformar primero a su cuerpo, y cuando intuya las preguntas: de d�nde vienen y hacia d�nde van las aguas, volver� a subir a otro �rbol a contemplar una visi�n m�s extensa del r�o. Mirar� hacia los puntos cardinales, que no son tales a�n para su mente sino direcciones pobladas de olores y sonidos diferentes. Relacionar� una direcci�n, r�o arriba, con cierto helado esp�ritu del aire, vientos m�s intensos, un silencio inquietante y el eco de gru�idos no del todo precisos pero s� m�s temidos. Cambiar� la direcci�n de su mirada hacia el otro lado, all� donde la ancha serpiente de aguas desaparece, con sonidos de lejan�a, con algo de sed y pesadumbre, con el grito de guacamayos, con bestias de dientes feroces, con la soledad de su tribu que se aleja.

Cada estaci�n del a�o, que, repito, no son m�s que cambios de calor, fr�o, lluvia o heladas, �rboles pelados, �rboles llenos de flores y frutas, suelos llenos de hojas y cubiertos de barro y musara�as bajo las piedras, de un r�o seco, tal vez, o tan delgado como la hebra de un hoja muy verde y muy joven todav�a, cada estaci�n le dar� sensaciones diferentes, y por lo tanto cada direcci�n, donde el r�o y los �rboles son mojones, ejes puntuales por los cuales el simio aprende lentamente a conducirse. Los olores y sonidos son puntos sensibles que persisten para lo circunstancial, para la vida cotidiana del apareo y la alimentaci�n, para la supervivencia de los m�s fuertes, m�s j�venes y m�s h�biles. Pero cuando en alg�n momento del anochecer, el hambre de alimento y de sexo est�n satisfechos y un leve adormecimiento lo tumbe a lo largo de una rama, con las piernas enlazadas en ella o la espalda apoyada en el tronco, tomar� entre sus dedos una hoja y la ir� desenhebrando, asombrado de aquello y de su propio asombro ante lo que jam�s hab�a visto antes: el paralelismo, la semejanza entre las hebras de la hoja y las direcciones del r�o y sus afluentes que ahora puede contemplar ya no s�lo por la altura o la posici�n del �rbol en que se halla, sino por la suma de las experiencias y visiones anteriores. Cada una de ellas sumadas y superpuestas, hasta formar una distribuci�n que se llamar� mapa, aunque �l as� no lo defina nunca.

La intuici�n, por lo tanto, es una amalgama de conocimientos, una necesidad, una pulsi�n o inquietud que carcome y crece hasta no dejar lugar m�s que para su propio cuerpo desbordado: una obsesi�n que no desaparecer� sino en el instante en que decidamos abrir un libro, abrir una puerta o explorar el exquisito esqueleto de nuestro propio cuerpo con un bistur� de palabras afilado con ideas o la violenta ira de una verdad desesperada.

Eso es lo que el simio intuye: la desesperaci�n inicial y la desesperaci�n final.

Intuye las nadas primordiales en los extremos del r�o.

Las nadas, que de tan objetivas, son fr�as como templos vac�os de piedad.

Ahora el simio ha aprendido a conocer su desesperaci�n, a objetivarla, quiz� a llamarla de alg�n modo que nunca sabremos (tanto �l como nosotros conocemos y desconocemos cosas que podr�amos haber intercambiado para mutuo

beneficio, pero sin duda esa ya ser�a otra historia). La transforma en ira porque no conoce otra forma de encausarla sin que antes lo remuerda interiormente, socave su conciencia apenas presentida como tal.

La rama sobre la que se asienta se sacude peligrosamente bajo su peso nervioso, su malestar creciente de �mpetu avasallante, devorador y certero en su pr�ximo movimiento.

Se siente tan solo con tal descubrimiento, con ese sentimiento proveniente de una parte entonces desconocida de su mente, como si estuviese viendo la encarnaci�n de una visi�n enajenada, de un alma monstruosa surgida de la nada, de lo que nunca estuvo antes porque nunca vio antes.

Una bestia de su propio tama�o, llam�ndolo e inquiri�ndole con �rdenes contradictorias, que lo impele a actuar y estarse quieto, que lo golpea y lo alaga en sucesivos instantes que lo llenan de perplejidad y desconcierto.

Salta. Baja la vista al suelo, acostumbrado a los primordiales instintos que lo ataban a la tierra, y que ahora siente tan lejana, tan separada de �l, con una verg�enza encima como si hubiese sido echado, arrojado por una causa o motivo que desconoce.

Levanta la vista, endereza el cuerpo y lleva sus manos sobre la frente para proteger su vista ya ahora m�s poderosa del sol que trata de sofocarlo como tantas veces lo hizo antes, tal vez despidi�ndose en un �ltimo ruego o acto de padre abandonado por su hijo que crece y deja el hogar, casi el �ltimo y cari�oso golpe sobre la cabeza de un ni�o travieso que desde ahora enfrentar� lo desconocido.

Record�ndole su origen, lo que est� por dejar atr�s.

Lo ya para siempre irrecuperable.

Baja del �rbol y camina hacia una direcci�n, la �nica v�lida desde ahora. La presiente, la confirma a cada paso que da mientras el r�o, junto a �l, va en esa misma direcci�n, m�s o menos r�pido seg�n el desnivel del terreno, las rocas que encuentra, las orillas que desbordan de malezas y ramas. El agua fluye m�s r�pido en el centro, igual que lo que a �l le sucede, siente en su pecho, o m�s abajo, all� donde el alimento se atasca y lo hace sentir mal muchas veces, un cosquilleo molesto, una compresi�n como si su propio cuerpo se estuviese retorciendo, o creciese dentro de �l algo desconocido, impreciso, m�s imaginario que real, pero de cuya existencia no puede deshacerse tan f�cilmente dejando de pensarlo.

El pensamiento, ahora se da cuenta mientras recorre la orilla de un r�o que lo gu�a, es tan asombroso como molesto, y sabe que reci�n est� comenzando a vislumbrar sus infinitas posibilidades. Se pregunta por qu� se da cuenta de tantas cosas en estos �ltimos d�as, cuando toda su vida pas� entre instintivas conductas que a nada llevaban m�s que a la supervivencia y la continuaci�n de su especie, incluso esto no lo pensaba as�, con estas ideas, ya no palabras, y ni siquiera era pensamiento, sino simple acontecer y actuar. Todo esto le resulta ahora tan lejano e in�til, tan inocente, que una nostalgia de paz y tranquilidad lo angustia m�s en cada paso que da para ausentarse de la selva, hacia el punto l�mite que su mente renovada le dice que m�s all�, en alg�n lugar, est� el fin de lo visto y el comienzo de lo previsto.

De a poco, el paisaje se va tornando m�s llano, no por la ausencia de rocas o desniveles, sino porque los �rboles van dejando lugar a una llanura sembrada de pasto y suaves lomas recorridas por lechos de arroyos a veces secos, a veces tan finos como palabras que sucesivamente se van formando y ordenando en su mente renovada, tantas y tan confusas que lo pierden en un nuevo �xtasis de sol, a�n cuando el cielo, ya tan distinto, abierto, claro, abismalmente inmenso en su pesada infinitud, est� adosado a una capa interminable de nubes que van y vienen, acumul�ndose como las nuevas palabras y las nuevas ideas.

El caminar las ordena, las va ubicando en espacios ubicuos de su mente, y no le cuesta mucho trabajo, se van dirigiendo solas a espacios tan reducidos como celdas de reos, destinadas a aquel sitio para siempre, condenadas a una repetici�n tan persistente como la vida de a quien pertenecen. Pero �l sabe que son ideas que continuar�n, porque nada le niega que a los dem�s de su especie no les est� sucediendo lo mismo. Quiz�, detr�s de �l, otros hayan comenzado a caminar, sigui�ndolo por curiosidad, tal vez, pero esa curiosidad es tambi�n un signo, una forma m�s del nuevo pensamiento. Si para �l el conocimiento lleg� con la desesperante forma de una inquietud deformante y dolorosa, en otros puede haber llegado de maneras m�s amables, como la simple curiosidad, o la todav�a m�s elemental de la imitaci�n.

Un d�a podr�n ser muchos los simios que peregrinar�n hacia fuera de la selva, hacia las llanuras, para poblarlas y descubrir las monta�as que se vislumbran como barreras infranqueables, macizos poblados por sombras y nieblas, que presiente generadoras de cosas sin formas, de sonidos tan temibles como el gru�ido de un le�n escondido entre las plantas. Pero antes de llegar all�, deber� dominar la llanura, desprenderse del v�rtigo que cada paso sobre el vac�o le sugiere. Sentir que sus pies pisan tierra firme y no un lago verde. Sistem�ticamente, las cosas a su alrededor le aportan sensaciones que incorpora a su cuerpo, y conf�a ahora mucho m�s en su mente que en su cuerpo, su conciencia: la sensaci�n de ser �l, una cosa y un ser al mismo tiempo, algo separado e integrado a lo que lo rodea. Susceptible, como siempre lo ha sabido, a los peligros, pero �stos no son m�s que hechos fortuitos, partes de un valor determinado por su propia confianza e inteligencia; no existe nada m�s que �l en este momento, y �l es parte del todo. Capaz de comunicarse con un simple gesto o un grito, algo que resulta tan simple y eficaz como nunca antes lo hab�a sabido.

El temor se ha trasladado hacia niveles m�s profundos. La vida cotidiana pierde relevancia, y las lejan�as y las distancias, la aparente ausencia de alimentos, son circunstanciales, y el hambre una sensaci�n que puede ser tolerada m�s que antes. El miedo est� dirigido a cosas m�s oscuras, a sensaciones que no logra transmitir al exterior porque no encuentra se�ales de

identificaci�n o referencia. Antes era un le�n, una serpiente, una hiena cercando a una mujer enferma y moribunda. Ahora nada de eso es tan vital como la impredecible visi�n de su propia eternidad.

No lo define de esa manera, por supuesto. Antes cre�a ser eterno porque cada d�a borraba la memoria conciente de la anterior jornada, y el presente, de esa manera, era tan largo como la eternidad. Sin embargo, ahora que se siente una entidad individual, que nuevos razonamientos deductivos han nacido para asentarse en �l haciendo nidos donde crecer�n otros muchos, su propia mortalidad se le hace tan cierta que ya no puede m�s que sentirse expulsado de su otra vida, de su otro espacio, del privilegio de la vida eterna.

A�orar su existencia inconmovible es desde este momento el signo, el factor primordial de su nueva e irrenunciable vida. Sobrevivir ser� tan simple o complicado como �l alcance a decidirlo, pero el ascenso de la nostalgia y la pesadumbre ha comenzado.

La angustia existencial es un producto de la Raz�n: un hijo predilecto por �nico, en cuya existencia se ha invertido no una vida, sino la suma de los acontecimientos del mundo.

Mientras, mirar� las monta�as que suben al cielo, en busca de otra mayor curiosidad. Mientras, trabajar� los campos nuevos de su mente y los campos nuevos de su tierra obtenida a base de caminata y supervivencia, a base de matanzas y alg�n que otro remordimiento, a base de culpas olvidadas y sobre todo, del placer obtenido en cada observaci�n y herramienta lograda con esmero, en cada risa y alegr�a bajo la lluvia. Cada artefacto de su inteligencia es una haza�a digna de contarse, de dejarse asentada en alg�n sitio del mundo.

Sabe ya, que la memoria nunca es suficiente, que toda cosa tiende al olvido como cada ser vivo comienza a morirse el mismo d�a que nace. Lo ha visto en sus propios hijos, en la futilidad de la enfermedad y la vida, en la vejez que evoluciona como un pez pudri�ndose fuera del agua, en los muertos atravesados por lanzas, en gritos airados luego de llantos no menos fuertes, capaces, eso s�, de atravesar distancias m�s extensas que su imaginaci�n.

Todo trabajo humano es m�s permanente que el mismo hombre, todo fluido, grito, descendencia, llanto, gemido, risa, construcci�n, cada muerte dada es m�s persistente que la propia vida que la ha generado.

Todo persiste un tiempo m�s, a pesar del olvido, sin existencia propia porque nadie ya lo piensa, y sin conciencia la entidad deja de ser.

Solo son hechos, acontecimientos, parecidos a su vida anterior en la selva.

El simio, que ya no es s�lo un simio, conoce la imponderable dicotom�a, la contradicci�n de su misma definici�n de ser, y todo lo que toca y siente, empezando por su alma, tiene dos elementos indefinibles separados por un muro.

Quiz�, esas monta�as.

Lo que tan alto y enorme parece, debe ser, necesariamente, algo importante. Si algo como esas monta�as parece llegar al cielo, toc�ndolo, rodeadas por las nubes que se forman y mueren a su alrededor, tiene que ser �nicamente aquello por lo cual el alma del simio est� desesperando de conocimiento y de alivio.

Porque todav�a, y a�n en esta etapa tan avanzada de su evoluci�n, intuyendo que su conciencia es una manifestaci�n de su alma, la punta de un iceberg nunca visto, la conciencia de su individualidad, de su unicidad; todav�a, entonces, cree que el conocer le dar� satisfacci�n, le quitar� el peso de la duda que crece con cada paso que da hacia las monta�as, en igual proporci�n al crecimiento de los macizos al acercarse.

Con cada paso, ve mayor nitidez en las laderas: los �rboles en la base, los arbustos ralos y azotados por el viento que los hace crecer torcidos pero resistentes, las rocas desnudas, ocres, blancas, grises, rojizas, las tinieblas blancas de las nubes cerca de la cima, a la cual ocultan.

Es all� donde el simio piensa que debe estar el conocimiento, ya no descubrimiento sino revelaci�n que abrir� el resto de las puertas de hueso de su cuerpo. No puede quitar la mirada de aquellas lejanas cimas, a�n a riesgo de tropezarse con los obst�culos que la llanura le presenta, los peligros que lo acechan, el hambre que no logra interrumpirlo m�s que una jornada de sol y luna.

El simio ha trabajado en la llanura, ha cazado, ha pescado en los arroyos, se ha apareado con sus hembras, ha descansado y dormido mientras el viento pasaba como una mano �spera sobre su cuerpo desnudo. Un cuerpo que un d�a, al amanecer, se descubri� m�s vulnerable, m�s desprotegido, sin tanta de aquella cobertura de pelo que caracterizaba a su especie: el pelo lacio y negro, encrespado en las ancas, ralo en los codos y rodillas, cay�ndole como dos vertientes de agua a cada lado de la cabeza. El pelo que las hembras acariciaban durante un rato luego de aparearse, asombradas, quiz�, enternecidas, tambi�n.

Pero �l lo ha dejado todo de lado, lo ha dejado atr�s. Ha decidido abandonar la llanura as� como lo hizo antes con el bosque. Sabe que el espacio es una forma m�s del tiempo, y los lugares se suceden y tienen nombre porque el tiempo los ha llamado para unirlos en un mismo sistema hueco, un lugar llamado tiempo, que esta vez es pasado.

La raz�n lo domina, lo obliga a pensar cada paso, idea, gesto, sonido que su cuerpo da. Y lo que no puede ser evitado, debe ser sumido en el obligado sistema del an�lisis. El por qu� de las cosas y los hechos, el por qu� de los d�as y las noches, del sol y de la luna, de la lluvia y la sequ�a, del miedo y la alegr�a, del furor y la ternura, de la energ�a y el cansancio. Hay preguntas que no se hace y sin embargo presiente all�, en su interior-exterior, creadas y manifestadas por simbolismos que no puede detener: el viento que lo azota y pretende detenerlo, las hembras que aparecen en su camino para entretenerlo y retrasarlo, las bestias que gru�en a su alrededor y que �l ignora as� como ignora, el condenado a muerte, un dolor de muelas minutos antes de su ejecuci�n.

Subir� a las monta�as, cueste lo que cueste. Vislumbra ya la figura de aquellas que dominan sobre el mundo, que todo lo ven desde su altura, manejando las nubes y las lluvias a su antojo, deteniendo el viento y capaces de provocar la ruptura del mundo si decidieran derrumbarse de un momento a otro. El simio nunca ha visto tal cosa, pero su raz�n se lo dice, lo deduce sin dificultad ni cuestionamiento. Sonr�e porque se da cuenta que ahora sabe y sabr� muchas cosas que jam�s vio ni ver� alguna vez.

Est�n ah�, como los dioses. Presentes para algo.

Pero no sabe para qu�.

La felicidad del conocimiento no es susceptible de sarcasmo ni iron�a. No puede ser destruida, s�lo burlada o desechada, nunca ignorada.

Tan fugaz e in�til como eterna e imprescindible es la duda.

La incertidumbre metamorfoseada en monstruos llamados desesperaci�n, procreando hijas con nombre de amargura.

Los dioses que no se dejan ver provocan la ira y la contemplaci�n, la

oraci�n y el suicidio.

Los que s� se dejan ver, traen la muerte inmediata de toda duda, pero tambi�n de toda esperanza.

El camino del simio es el camino accidentado de las p�rdidas, de lo costosamente comprado y lo mal vendido. De la procreaci�n y de los hijos muertos. De lo recuperado y lo perdido. El camino del simio es un sendero que se estrecha, pero se agranda en hondura, en peligrosos deslizamientos, en abismos formados por alt�simas paredes laterales. Una ruta que conlleva solitarios kil�metros sin estaciones de servicio, sin moteles ni casas de pensi�n. Donde no hay carteles de ne�n a los costados, ni puestos de comida, ni carteles de se�alizaci�n. �nicamente al final presentido del asfalto, una imagen acuosa sobre el pavimento a pleno sol, cada d�a, desapareciendo cada tarde en sombras que avanzan desde los costados, oscureciendo todo como si el simio-hombre se estuviese quedando ciego.

Sin luces, sin reflejos, s�lo un atontamiento que el insomnio provoca en los desprevenidos.

All� delante, en lo alto, est�n las cimas de las monta�as, m�s amenazantes en la noche, m�s grandes y fr�as. De contornos imprecisos, figuras fulgurantes con silbidos que viajan con el viento.

Las nubes presentidas y las estrellas ausentes: la inmensidad sobre el hombre.

Y por m�s que �l se refugie en la raz�n como �ltimo recurso, sabe que la santidad de la raz�n conduce al camino del martirio.

La flagelaci�n de los cuerpos es s�lo la extenuaci�n de las almas.

Y el divertimento de Dios, la manifestaci�n del silencio.

9

en un tren
hay cien pasajeros sentados
todos hombres que miran un punto fijo
quiz� la nuca del que est� adelante
quiz� los ojos del hombre de enfrente

no se mueven
apenas pesta�ean cada exactos veinte segundos
s�lo sus cabellos se agitan con la brisa del oto�o

que entra por las ventanillas abiertas
sus hombros se rozan en los asientos contiguos

el tren no se detiene en las estaciones
el guarda pasa a pedir boletos
s�lo entonces cada pasajero levanta su mano derecha
y extrae el boleto del bolsillo izquierdo de su saco
el guarda no hace preguntas y se va en silencio

pero el tren descarrila, se inclina hacia un lado
m�s y m�s hasta que se tumba en la tierra a cada lado de las v�as
los hombres no se sujetan a nada, se dejan caer unos sobre otros
las telas prolijas se desgarran, hay sangre en las caras
los brazos se tuercen, los hierros del vag�n los rodean
como serpientes con huesos fundidos en fraguas

ellos no se han resistido al deseo del tren
la voluntad de la inercia, el gr�vido coraz�n de la f�sica
sus ojos ahora cerrados no parpadean
�nicamente los cabellos se siguen moviendo
tocados por las manos blancas del viento del oto�o

VII. ANGELES EN PIE DE GUERRA

1

He le�do una extra�a noticia en el diario. No estaba en primera plana ni en las p�ginas siguientes. S�lo era un quinto de columna en esa zona que el diario dedica a las noticias que no pueden clasificarse dentro de ning�n tipo, s�lo informaci�n general. Yo estaba tomando mi caf� de la ma�ana en un bar de Buenos Aires, haciendo tiempo antes de entrar a mi trabajo. Habitualmente empiezo por la p�gina de los chistes, es decir, la �ltima. No me interesan los

sensacionalismos de las noticias de la primera p�gina, o si me interesan trato de dejarlas para despu�s, cuando ya tenga el est�mago lleno y el cerebro con su dosis de glucosa necesaria para cumplir con todas sus funciones, por lo menos la m�s relevante de hacerme llevadero el mundo e inhibir las neuronas que todos los d�as tienden al suicidio.

Como dec�a, al final de la p�gina treinta y cuatro, le�: Aves impiden vuelos. Arriba del t�tulo, dec�a Neuqu�n. No recuerdo ya la arquitectura gramatical ret�rica del periodista de turno, pero har� un resumen muy breve de una noticia ya de por s� muy escasa de eventos o acciones. Se trataba de algo extra�o, �un fen�meno ambiental, un fallo de la naturaleza, una conducta patol�gica, una premonici�n? Nada de esto se mencionaba en el art�culo.

Me pregunt� desde cu�ndo se hab�an venido repitiendo estos eventos. Unas aves, unas avutardas con m�s precisi�n, se asentaron en las pistas de aterrizaje una ma�ana. Dicen que las vieron por primera vez ese d�a, pero muy probablemente habr�an estado llegando por la noche, volando contra su costumbre sin luz diurna, o quiz� desde d�as antes, escondi�ndose en los bosques cercanos. Sin embargo nadie inform�, seg�n pudimos saber, ninguna instituci�n zool�gica u ornitol�gica, ni autoridad alguna, fuese guardabosques o funcionarios municipales o provinciales, sobre nada parecido a bandadas.

Porque, de pronto, las pistas fueron invadidas por avutardas que no se mov�an m�s que unos pasos, imposibilitadas de desplazarse porque casi no quedaba lugar entre ellas. Hab�a movimientos, por supuesto, algunas levantaban vuelo pero otras ocupaban enseguida su lugar. Las que se iban se posaban en los hangares, en los cables y postes telef�nicos, o desaparec�an en el cielo nublado. Se o�an desde kil�metros de distancia los graznidos, y el aleteo de las alas sonaba como planchas de cart�n golpeadas con incre�ble fuerza contra el asfalto, provocando una brisa que esparc�a un f�tido olor a plumas y excrementos.

Dijeron que las aves fueron aumentando en n�mero con el correr de los d�as. Ya no s�lo ocupaban la pista principal, sino las accesorias, se agrupaban en las puertas de los hangares, los techos de las oficinas de control, y se posaron tambi�n en los radares. Ya no era posible recibir vuelos de afuera ni que los locales despegaran. La gente protest� en los primeros d�as, luego de la curiosidad esperable y las risas del primer momento, mientras los pasajeros observaban a trav�s de los ventanales del aeropuerto, con sus hijos alzados, indic�ndoles las aves curiosas que buscaban alimento sobre el asfalto. Las sonrisas se tornaron en miradas de bronca, luego de ira, finalmente de resignaci�n. Todos se fueron yendo con sus valijas y sus �nimos cabizbajos hacia sus casas, a esperar el siguiente posible vuelo, otros ir�an a otras ciudades, con la todav�a muy leve sensaci�n, para que pudiesen darse cuenta, de que tal vez lo mismo podr�a estar ocurriendo en ellas.

Por supuesto, se hicieron m�ltiples intentos por espantar a las avutardas de las pistas. Rociaron agua con enormes mangueras, luego agua helada tambi�n, lo cual deber�a haber avergonzado a las autoridades competentes si hubiesen estado al tanto del clima en que estas aves habitualmente se cr�an. El agua no hizo m�s que provocar que los p�jaros se elevaran como ondas por donde el chorro pasaba, y volv�an a asentarse, ahora m�s limpias en realidad, sacudi�ndose las plumas y sumando un olor m�s a los habituales.

Llegaron los gendarmes y los profesores de biolog�a, primero para observar, despu�s para planear estrategias de ataque. Arrojaron bombas de gases: las aves segu�an all� cuando el humo desapareci�, algunas muertas, muy pocas. Un rato despu�s llegaban nuevas aves para ocupar sus lugares, sobre los cuerpos que m�s tarde comenzaron a pudrirse, y el aeropuerto despidi� entonces un aroma muy parecido al de un campo de concentraci�n.

Buscaron m�todos cada vez menos cruentos, m�s sutiles y esperaban que m�s eficaces. Usaron ondas de sonido producidas por un aparato conectado a los altoparlantes. Los humanos no pod�an escucharlos, pero se supon�a que las aves no lo tolerar�an. La primera prueba fue una ma�ana de octubre, fr�a y lluviosa. Los graznidos eran cada vez m�s fuertes e intensos, tanto, que hubo protestas del hospital cercano porque los pacientes permanec�an inquietos, no quer�an comer ni dormir. Los cient�ficos, due�os por ahora de la situaci�n, hablaban alto para hacerse escuchar por sus colegas. Finalmente dieron la se�al de

alarma, y un silencio desacostumbrado se sembr� en los o�dos de todos los presentes, cosechando a diferencia de una esperanza florida, un �rido resquemor, un f�tido vac�o de arena y carne muerta. Las avutardas dejaron de graznar, se quedaron quietas por varios minutos. Las m�quinas cesaron su funcionamiento y los cient�ficos se alegraron del aparente �xito del experimento. Dijeron que al d�a siguiente realizar�an la prueba definitiva, con todo el espectro completo de sonidos y la mayor expansi�n posible a trav�s del n�mero completo de altoparlantes.

A las ocho de la ma�ana, sin sol y sin nubes, extra�o cielo que presagiaba desastres, los altoparlantes fueron revisados, las m�quinas de sonido preparadas, y el bot�n de alarma fue apretado. Como la primera vez, los graznidos cesaron, los movimientos de alas se detuvieron. La situaci�n dur� algunos minutos, pero de pronto las aves comenzaron a sacudir las cabezas, peg�ndose una a la otra no con violencia sino como si estuviesen rasc�ndose o sac�ndose alg�n insecto. Volvieron a graznar, devolviendo, contestando al sonido de las m�quinas, y sus respuestas eran como burlas, porque casi parec�an r�tmicas, con un sentido de charla m�s que de protesta. Entonces los cient�ficos se miraron entre s�, apagaron las m�quinas y comenzaron a desarmarlas.

Hubo una pausa de casi dos semanas, suficiente para saber que la experiencia con las m�quinas de sonido hab�a dejado consecuencias quiz� irreversibles: los ni�os de hasta cuatro a�os se quejaban de una sordera profunda y sin respuestas al tratamiento inmediato.

Entonces se dio permiso a las fuerzas armadas para atacar a las aves con extrema violencia. Llegaron camiones con armas y soldados, una ma�ana de noviembre, tal vez el primero de mes, y dispararon en masa hacia las aves. El repiqueteo de las ametralladoras reemplaz� el graznido al que los habitantes de Neuqu�n ya se hab�an habituado, como una parte del ruido de la tierra, como una parte de los sonidos de su propio cuerpo, como un recuerdo impregnado de culpa y resentimiento, pero tan habitual que ya no pod�an vivir sin �l.

Los soldados se ubicaron en una extensa fila a ambos lados de la pista, suficientes para no dejar resquicio donde alg�n ave pudiese escapar. Pero con el primer disparo, todas las aves juntas levantaron vuelo, y fue como ver al suelo de asfalto elevarse de pronto hacia el cielo. Algunas avutardas fueron alcanzadas por las balas, pero muy pocas en relaci�n a su inmensa cantidad. Las pistas quedaron entonces vac�as aunque sucias de excrementos, plumas y algunos cuerpos muertos.

Todos los hombres y mujeres que siguieron la experiencia, los periodistas, las autoridades provinciales, los curiosos, incluso los turistas nacionales y chilenos que cruzaron la frontera cuando se supo lo que estaba sucediendo, dieron un enorme grito de j�bilo y victoria. Se abrazaron, y no est� de m�s decir que celebraron todo aquel d�a y el resto de la noche, sin ver ni darse cuenta de que las aves volv�an a asentarse en las pistas, sin dar tiempo a las m�quinas de limpieza a despejar la suciedad y los restos. Cuando todos se levantaron esa ma�ana de sus camas y fueron a su trabajo en el aeropuerto, las avutardas estaban otra vez en las pistas de aterrizaje.

Todo esto ha durado hasta ahora poco m�s de tres meses.

Los primeros d�as de diciembre han sido muy calurosos. Las aves viven, se aparean, hacen nidos en las pistas y cr�an a sus hijos. Los machos cazan peque�os roedores, traen alimentos desde los bosques y pastizales.

Los trabajadores del aeropuerto fueron despedidos hasta nuevo aviso, o trasladados a otras zonas. Las oficinas fueron desmanteladas, los hangares abandonados con los aviones dentro. S�lo los curiosos, buscadores de novedades, los presumidos que intentan desentra�ar misterios, se quedaron acampando en los alrededores. En la entrada al aeropuerto hay una guardia permanente, que poco a poco ha ido abandon�ndose al desgano y la desidia. Los j�venes entran y salen por el port�n para encaminarse hacia las pistas, a observar a las aves que se desplazan como lo hace el mar, en oleadas que van y vienen casi imperceptiblemente, sin apartarse demasiado del l�mite de las pistas, elev�ndose cada vez menos. Un mar tranquilo, un mar de verano caluroso que no se mueve.

Las aves est�n cambiando sus costumbres, seg�n parece. Casi no vuelan, se quedan en el suelo para cada actividad de su vida. Sacuden las alas, se alimentan con las lluvias, hasta se ha visto que a veces comen la carne de sus

compa�eras muertas, porque casi ya no hacen vuelos en busca de comida hacia los bosques o pastizales. Los curiosos han tenido que trasladar su campamento unos metros hacia atr�s, y saben que en los pr�ximos d�as volver�n a hacerlo.

De vez en cuando se ven aviones sobrevolando la zona, y algunos helic�pteros observando con su aspecto de mosquitos amenazantes. No se ha dado indicaci�n de evacuaci�n a los habitantes de la zona. Los helic�pteros pasan, el viento de sus h�lices sacude las plumas de las avutardas, levanta las plumas ca�das que vuelven a depositarse como una lluvia de restos, de recuerdo, de tiempos idos y detenidos en la grieta del mundo.

Las aves permanecen, y los helic�pteros se van, presintiendo el desastre, el derrumbe del cielo.

2

El segundo caso que llam� la atenci�n fue el de los perros de Dolores. Esta vez la noticia fue cubierta directamente por los reporteros de la televisi�n, al principio como una m�s de las notas de curiosidades que se utilizan como relleno ante la falta de noticias sensacionalistas con que ocupar la atenci�n del espectador durante la hora que dura el programa. Es de por s� curiosa y un caso de estudio de sociolog�a el hecho de que los noticieros televisivos nunca dejen de tener su alto rating de audiencia. Se le adjudicar� siempre a la morbosidad de los espectadores, a la b�squeda insaciable de noticias horripilantes con que cada uno intenta rellenar su propia vida mon�tona, o una manera de impersonal venganza viendo c�mo a los dem�s les suceden cosas m�s terribles o m�s insulsas que a nosotros. Todos buscamos la l�grima f�cil que nos recuerde por un instante que estamos vivos y a�n somos capaces de sentir, pero nadie parece preguntarse si esas l�grimas realmente llegan desde lo m�s profundo de nuestra alma o s�lo son las gotas de roc�o que la humedad ambiente deja sobre la superficie de todo cuerpo que se sabe vivo. Una hoja de arbusto en una ma�ana de invierno tambi�n llora si as� lo vemos, y se conmueve al moverse con el viento como si un escalofr�o la recorriese. Tal vez ella sabe, sin ojos humanos para ver una pantalla de televisi�n, lo que sucede en el mundo, la muerte y la vida conjur�ndose para someter a todas las criaturas a un juego ininterrumpido de iniquidades y traiciones.

Un noticiero de televisi�n es tambi�n un teatro, una variaci�n m�s de la ficci�n con que la humanidad intenta resumir la realidad compleja en tres o cuatro patrones permanentes. Si algo no nos conmueve por ignorancia, el arte se encargar� de hac�rnoslo saber a trav�s de una representaci�n bien montada, excelentemente actuada por actores tan aficionados que no saben que est�n actuando, y sobre todo escrita por guionistas que no saben de la vida m�s que la

superficie, y por eso, desde su altura, son capaces de no perder la iron�a, el sarcasmo necesarios para su punto de vista. Hamlet, por ejemplo, podr�a haber sido extra�do de un programa radial de noticias de la d�cada del cincuenta, mientras la familia en pleno se reun�a despu�s de la cena a escuchar los eventos importantes del d�a. Fue eso lo que ocurri� con Orson Welles y su Guerra de los Mundos: p�nico y extrav�o, pero sobre todo la exfoliaci�n del miedo en las superficies corporales de cientos de personas. El miedo que nos impide actuar y nos lleva a quedarnos encerrados en nuestras casas como en un refugio antiat�mico, vieja y ancestral reminiscencia infantil de protegerse en la propia cama y cubrirse con la frazada hasta por encima de la cabeza. O la versi�n psicol�gica del �tero y la tumba, como cada cual lo prefiera.

Es el mismo miedo que ha comenzado a invadir los corazones de los habitantes de Dolores hace ya alg�n tiempo.

Las primeras notas informaban que los perros de la ciudad hab�an comenzado a proliferar. Hab�a m�s que de costumbre en las calles. Todos supusieron, porque nadie pens� mucho en ello, que eran perros vagabundos que se hab�an procreado m�s de lo esperado, as� que las autoridades municipales decidieron desempolvar los viejos reglamentos, a la vez que desempolvaban tambi�n los cerebros abotargados de sus empleados con respecto a estos mismos reglamentos, y con camiones de por medio y un decreto firmado r�pidamente por el intendente entre desayuno y almuerzo, se dirigieron a las calles para atrapar a los perros.

As� sucedi�, parece, dando oportunidad a muchas tardes y ma�anas de ocurrencias y desastres suburbanos entre vecinos que reclamaban ser due�os de algunos, y el desbande de los animales por las calles empedradas, la b�squeda implacable en los bald�os, el encierro en los umbrales, los llantos de los chicos, y alguna que otra amenaza de mordidas, algunas concretadas. Pero m�s bien el drama provino de los hombres, mujeres y ni�os que se adher�an o rechazaban la medida municipal. Los comerciantes estaban de acuerdo, igual que las maestras de escuela, o las ancianas que recorr�an las veredas diez veces por d�a para comprar en el almac�n de la esquina una manteca, un paquete de az�car o yerba, lo que la memoria les permitiese filtrar de a ratos durante sus d�as t�midos y siempre iguales.

Quienes discutieron y se enfrentaron a los empleados fueron algunos hombres, entusiasmados por encontrar en esos d�as una oportunidad de revivir los viejos tiempos de los caudillos que luchaban tenazmente con los malones en la �poca en que la provincia era todav�a m�s campo y llanura que edificios y asfalto. Tampoco faltaban aquellos que extra�an, sin haberlos conocido, los violentos tiempos del oeste norteamericano, y se paraban en medio de las calles, como si de pistoleros se tratara, para impedir la matanza de los perros.

Algunas mujeres, madres de familia, rescataban animales y los llevaban a sus patios como si fuesen ni�os que agregar a sus familias, siendo sus brazos siempre suficientes para abrazar y proteger a todo miembro desvalido de la sociedad humana. Mujeres que creen que sus brazos son alas con membranas extensibles que nunca se rompen, que sus l�grimas son tan inagotables como su paciencia y su capacidad de conmoverse.

Y los chicos, esta vez todos juntos en una sola masa irremediablemente unida por un elemento com�n: la sal del temor y la f�rrea voluntad de la rebeli�n. El enemigo adulto esta vez ya no eran sus padres, sino un grupo m�s determinado y menos personal, y por ello menos susceptible al sentimiento de culpa o remordimiento. El enemigo era tambi�n ahora enemigo de los propios padres, y podr�an hacer un frente com�n. Pero mientras las estrategias se suced�an y fracasaban, como muchas veces ocurre entre aliados unidos m�s por la necesidad que por un com�n ideal, los chicos se agruparon en un solo bando que se trasladaba de una calle a otra, sacando perros de las calles y llev�ndolos a sus casas para esconderlos donde fuese: patios cerrados, armarios, lavarropas en desuso o cajas, siempre vigilados por los hermanitos menores, que por ser tan chicos para participar en los campos de batalla, serv�an de vig�as, y as� tambi�n se sent�an �tiles en la nueva guerra.

Pero la guerra cedi� por un tiempo. Los perros casi desaparecieron de las calles por algunos meses. Las noticias cesaron, s�lo en el �mbito local se continuaba hablando de los perros protegidos, y del destino que hab�an sufrido los que fueron atrapados. Muchos se dirigieron a ver los cad�veres en las

afueras de la ciudad, donde unos d�as despu�s las autoridades municipales realizaron una cremaci�n que la gente del pueblo, los desocupados a esa hora temprana de la ma�ana, presenciaron hasta que el olor provoc� que se dispersaran nuevamente hacia sus casas y trabajos.

Como dec�a, no hubo novedades en la televisi�n para quienes llev�bamos cuenta de lo ocurrido s�lo por este medio informativo. Tiempo despu�s, un periodista mostr� con un orgullo s�lo comparable a los repiques y trompetas con que el canal anunci� la nota, la rebeli�n de los perros.

As� fue llamada m�s como un titular sensacionalista que por responder a la realidad de los hechos. La verdad es que los perros fueron empezando a escaparse de sus casas, uni�ndose a los pocos vagabundos que hab�an quedado libres, y luego del mutuo reconocimiento de olores corporales y movidas de cola, se juntaban para caminar por las calles de la ciudad sin otro aparente motivo que el paseo o una simple e inocente vagancia.

La gente sali� a buscarlos, pero luego de una mansedumbre curiosa, donde los animales regresaban a sus cuchas, patios o camas de siempre, tras una reprimenda no siempre cari�osa de sus due�os, volv�an a escaparse en la primera oportunidad que se les presentaba. Surgieron las mismas protestas de antes, pero esta vez los defensores no se atrev�an a acudir a las autoridades para ayudarlos a rescatar a sus perros, ni tampoco el municipio estaba dispuesto a realizar el procedimiento, tanto por rencor por la anterior repulsa popular como por no crear opiniones en contra ante los muy prontos comicios electorales.

Los perros, entonces, se quedaron en las calles, y cada vez fueron m�s. No s� sabe c�mo aparec�an tantos y en tan poco tiempo. Era de suponer que haciendo un promedio de un perro por casa, y teniendo en cuenta por supuesto aquellas en que habr�a dos o m�s y aquellas en que no habr�a ninguno. Se hizo r�pida encuesta, y se supo que salvo los perros m�s viejos, de poca movilidad, y algunos cachorros o perros falderos, todos hab�an acabado por escapar de sus hogares. M�s tarde, incluso los perros viejos lograron escabullirse, acompa�ados en su fugitiva hu�da por los chillidos lastimeros de los cachorros y los ladridos estridentes de los falderos, que tarde o temprano, exacerbaron tanto la paciencia de sus due�os, que terminaron por ser soltados de las correas o los brazos protectores, y por qu� no decirlo, los lazos esclavizantes de quienes tanto los amaban.

Los perros viejos se unieron a las gran jaur�a con pasos lentos, como elefantes apartados de la manada pero no por ello demasiado lejos en su camino. Sin embargo, los perros no se desplazaban mucho. Recorr�an las pocas cuadras donde hab�an vivido siempre, as� que sus antiguos due�os pod�an verlos todos los d�as, incluso hablarles con una caricia en el lomo o la cabeza como si nada malo hubiese ocurrido en su relaci�n, y ellos devolv�an el perd�n con un leng�etazo algo t�mido pero sin duda cari�oso a la mano que los tocaba o a la cara tan conocida desde que hab�an sido cachorros. Alguno se alzaba para apoyar las patas delanteras en el pecho o la panza de su antiguo due�o, desviando la mirada con leve verg�enza, mientras mov�a la cola en se�al de abandono de cualquier tipo de resentimiento.

Y as� quedaron las cosas por un tiempo. Extra�as para el resto del mundo que las ve�a desde el exterior de los l�mites de una ciudad antigua y de provincia, como un cuerpo que ha asimilado los cambios que le provoc� una enfermedad, y que ha sobrevivido con secuelas ciertas y palpables, como cicatrices en la piel de las costumbres, pero adapt�ndose a los posibles desequilibrios y adoptando nuevas formas, dici�ndose a s� mismo que el olvido es un dolor necesario que trae consigo la inminente y piadosa anestesia.

Quienes se encargaron de estudiar el caso de los perros de Dolores, informaron a lo largo de varios meses que los animales viv�an de los alimentos que les daban los vecinos, ya que ahora nadie era due�o de ninguno de ellos. Se formaron rutinas espont�neas de alimentaci�n, como si todos y nadie se hubiesen puesto de acuerdo al mismo tiempo, pero los animales no esperaban, contra su costumbre, en las puertas de las casas o de los negocios o carnicer�as. Deambulaban, olfateando, correteando, jugando entre ellos, ya ni siquiera con los chicos, y cuando ve�an a alguien acercarse con una bolsa de comida, mov�an las colas y gem�an de contento, pero nada m�s. La gente comenz� a sentir un vac�o cuando se apartaban, d�ndose vuelta de tanto en tanto para mirar al grupo

de perros que com�an casi con ajeno apetito la comida que les tra�an. Por eso, no pas� mucho tiempo para que la alimentaci�n raleara en frecuencia, y los perros no se alarmaron por ello, por lo menos al principio. No parec�an tener hambre, y tampoco se mostraban agradecidos por el alimento que les ofrec�an, as� que nadie, empezando por los antiguos due�os que no olvidaban el aspecto ni los nombres de aquellos que los hab�an abandonado, sinti� el menor remordimiento cuando dejaron de alimentarlos y pasaron por su lado ya sin caricias, ni una mirada de m�nima condescendencia.

Hubo alarma por dos motivos. Primero, se encontraron diez perros viejos, muertos y despedazados. Se dijo que los animales se estaban matando entre s� por falta de comida, pero no era posible comprobar si hab�an sido masacrados luego de su muerte natural o matados a prop�sito por sus compa�eros. Los vecinos exigieron intervenci�n de las autoridades, que ahora s� vieron una oportunidad de hacer m�ritos para las pr�ximas elecciones. Pero este fue el motivo aparente, el m�s ponderable por su morbosidad ante la opini�n p�blica, no tanto de los habitantes de la propia ciudad, que conoc�an �ntimamente los hechos y sus motivos, sino de la opini�n p�blica nacional.

El hecho que preocupaba m�s a los vecinos era el n�mero de perros. Hab�amos dicho antes que crecieron r�pidamente en cantidad, pero su n�mero se quintuplic�, por lo menos en los escasos meses desde que el fen�meno hab�a comenzado. Ocupaban las calles y veredas, y no dejaban pasar a los autos en las horas pico, cuando la gente regresaba de sus trabajos y los chicos sal�an de la escuela. Se acostaban sobre el empedrado, daban vueltas sobre s� mismos como es su costumbre antes de dormir, y se apoltronaban casi, como si de almohadones se tratase, junto a los cordones de la vereda y los adoquines sueltos. No hab�a manera de sacarlos de all�, ni con bocinazos, ni gritos ni llamadas cari�osas de antiguos due�os que reconoc�an en el perro frente al auto e interrumpiendo el tr�nsito, al querido animal que hab�a sido criado en la cocina de su casa, dormido en su cama en las noches de invierno, que los hab�a saludado saltando y ladrando cuando regresaban luego del trabajo, o se sum�an en un aletargado sue�o en las siestas del domingo despu�s del asado, uno satisfecho con los huesos ro�dos bajo la mesa, y su amo repantigado en un sof� o la reposera del patio, con el sabor de la copa de vino o la cerveza del mediod�a.

Recuerdos nada m�s escapados en medio de la ofuscaci�n y el frustrante intento de sacar del camino a los perros. Muchos decidieron apalearlos, pero los animales no respond�an m�s que con miradas severas y gru�idos escasos. Se levantaban y se sub�an a las veredas, ocupadas ya por otras decenas de perros en pocos metros cuadrados, y mientras los autos reanudaban su marcha, eran ahora los peatones los que protestaban porque no pod�an caminar, encerrados entre los perros y las paredes de las casas, u obligados a caminar por las calles, lo cual provocaba nuevas peleas incesantes con los conductores.

Un d�a, finalmente, por lo menos a lo que a esta ciudad se refiere, llegaron los gendarmes luego de que el municipio pidiese ayuda al gobierno nacional. Se presentaron una ma�ana en dos camiones, los soldados armados. Bajaron y se dispersaron por las calles, abri�ndose paso entre los perros que ocupaban literalmente cada metro cuadrado de la calzada, sin brusquedad ni violencia, incluso sorte�ndolos a grandes pasos para no molestarlos. Los animales levantaban las cabezas y los miraban, volviendo a sentarse, o se levantaban y se corr�an unos metros, pasando por encima de alg�n otro. No parec�an hambrientos, no parec�an violentos. Por eso, los soldados no se atrevieron a actuar, ni los oficiales a dar �rdenes. S�lo cuando los habitantes de la ciudad los miraron de una forma inclasificable que amalgamaba la furia y la pena, s�lo cuando las autoridades, y especialmente el gobernador dieron su visto bueno con el pulgar hacia abajo, como los emperadores romanos en el coliseo frente a los gladiadores o un general de la Segunda Guerra a un pelot�n de fusilamiento, ellos levantaron las armas y apuntaron.

Entonces los perros se dieron cuenta. Casi simult�neamente levantaron las cabezas y miraron con recelo. A trav�s de las mirillas de las armas, los soldados contemplaron las m�ltiples y diversas razas, las incontables formas y colores, las patas temblorosas, los hocicos humeantes de aliento matutino, los lomos erizados, las colas siniestramente cabizbajas o erectas, y escucharon los aullidos. No ladridos sino aullidos de inmensa pena, y luego el griter�o de la

jaur�a huyendo por las calles, de repente, como un solo mar de perros de pronto alzados en un �mpetu irrefrenable. No atacando ni huyendo, sino corriendo en una misma direcci�n.

Para los que hab�an salido a los balcones para observar el procedimiento, las calles se convirtieron en r�os impetuosos de una marejada que amenazaba con desbordarse si las m�rgenes no hubiesen sido edificios y casas de concreto. Los soldados resistieron la embestida, qued�ndose parados donde estaban, dejando fluir la jaur�a entre sus piernas, porque sab�an que nada les har�an, los perros deseaban huir, pensaban ellos. Pero yo me pregunto si fue realmente una huida o un llamado, o simplemente un darse cuenta como lo fue el salir de sus casas para quedarse en las calles. Esta idea cruz� por la cabeza de muchos cuando al final del d�a la ciudad qued� vac�a de perros, y todo el que se dirigirse con su auto hacia las afueras de la ciudad, cerca de la ruta y mucho m�s all�, hacia los campos de labranza y pastoreo, pudo ver que la riada de perros se hab�a asentado en los campos.

Al final del d�a, cuando los gendarmes se hubieron ido, la gente que trabajaba temprano al d�a siguiente se fue a dormir a sus casas y las autoridades municipales y provinciales dieron por terminado el asunto para su tranquilidad electoral, los pocos interesados pudieron vislumbrar en la penumbra creciente los cientos de perros ubicados en los campos que rodeaban la ciudad. Cientos, y hasta me atrevo a decir que eran mil o m�s por la enorme extensi�n que ocupaban, seg�n los que comentaron el suceso d�as despu�s. Yo imagino ese paisaje, y no puedo evitar estremecerme ahora que me estoy acercando a la ciudad de Dolores. He venido a ver lo que tanto han comentado los medios.

Los campos de perros, como un mar de animales dormidos que pronto despertar�n.

Se los escucha ladrar cuando cae el sol. Se escuchan sus ladridos cuando cazan y devoran a las vacas. A�llan a la luna y la confunden con la luz intensa de un helic�ptero que ronda la zona de vez en cuando. Le a�llan como si se tratase de un dios al cual temer y venerar, pero presiento, as� como ellos lo saben, que ya los dioses han cambiado de apariencia, y que la luz no significa necesariamente poder.

Por eso se agazapan por las noches, con la complicidad de la oscuridad, y sus fronteras se acercan cada vez m�s hacia las fronteras de los hombres.

El choque inevitable es m�s una afirmaci�n que un presagio.

3

Porque hubo nuevos episodios, yo sigo contando esta intermitente y sin embargo continua historia de cosas extra�as y eventos inexplicables. Es de suponer que siempre los ha habido en la historia del mundo, as� como tambi�n espectadores an�nimos que han observado o sido simples testigos circunstanciales. Algunos se habr�n detenido a pensar en ellos, y dedicado tiempo a buscarlos, atentos al vertiginoso andar de las cosas y de la naturaleza.

Muchos fueron los fil�sofos que surgieron de esta manera. Observar, no necesariamente con los ojos, por supuesto, es intuir y relacionar. De all� a sacar conclusiones hay un paso mucho m�s grande: un precipicio de experimentos e ideas que se contraponen, que fracasan y lidian con su propia inercia y su propia fatiga.

El resultado pocas veces es satisfactorio, y casi siempre consiste en una simbiosis de cautela, conformidad, resignaci�n y miedo.

Por eso, cuando esta vez me enter� de que en un hospital de Buenos Aires los pacientes internados estaban muriendo, supe que all�, y de esa manera, hab�a comenzado la carrera irreversible hacia la destrucci�n. Pero no me adelantar� a

los hechos ni a sacar conclusiones, ya que esto no es un estudio filos�fico sino una rese�a de acontecimientos, que ni siquiera pretende la liviana amalgama de periodismo y curiosidad.

En un hospital de un barrio cualquiera de la ciudad de Buenos Aires, los pacientes entraban, desde ya hac�a dos semanas, y no sal�an m�s que por la puerta de la morgue.

Qu� suced�a, preguntar�n. Era de esperar, en caso de accidentados con m�ltiples traumas graves, y a�n as�, en la actualidad y con la tecnolog�a contempor�nea era previsible que fueran rescatados y salvados en su mayor�a. Pero en la oportunidad a la que nos referimos, fuese cual fuese la gravedad, los pacientes mor�an.

La atenci�n p�blica se centr� en el drama de los accidentes, por lo menos durante un tiempo. Sirvi� para que el personal m�dico del hospital cavilara, luego de su asombro, sobre las causas de los decesos. A pesar de los escasos recursos econ�micos y la sobresaturaci�n de trabajo, tiempo y espacio, los pacientes no presentaban patolog�as m�s graves que las de siempre en tales casos, y ellos no hab�an hecho menos que lo que siempre hac�an. La diferencia consist�a en que antes los pacientes se salvaban, y ahora, contra toda explicaci�n, mor�an. Paros card�acos, hemorragias, septicemias, obstrucciones respiratorias, shocks anafil�cticos, se llevaban los cuerpos hacia su bando: el lado de la muerte, que como se�ora redentora y virginal, de cuerpo obeso y fl�ccido, piel p�lida cubierta de escr�fulas, espera en las afueras de todo hospital, casa, u oficina, cine, restaurante, prost�bulo o convento. Espera en la puerta de toda ciudad y alrededor de los bosques, en los barcos en alta mar, en las costas a que las naves regresen, en los aeropuertos y tras las ventanillas de los aviones, sobre sus alas.

No tiene peso, por eso nadie se da cuenta, no tiene olor m�s que el tufo habitual de la podredumbre y las secreciones, de los remedios y la lavandina, que invaden la vida cotidiana de los seres humanos desde siempre. Nos rodeamos de cosas para interponer algo que nos haga olvidar la intuici�n de su presencia. Guardapolvos y bistur�s nos protegen de la incipiente llegada, del llamado, del fantasma que revolotea como una rid�cula s�bana vieja y llena de sangre dejada en un rinc�n de cualquier consultorio, acumulando resabios y fermentando recuerdo tras recuerdo, hasta hallar el modo vital de hacerse presente en los pasillos por los cuales los vivos transitan como en t�neles, como en caparazones m�viles, corazas, tanques sin armas de defensa m�s que las simples manos movidas por neuronas tan fr�giles como el cerebro de Dios.

Despu�s, empezaron a morir los pacientes internados en las salas. Algunos llevaban d�as o semanas all�, recuper�ndose positivamente, pero justo el d�a anterior en que ir�a a darse el alta, ca�an en una desmejor�a que se acrecentaba hora tras hora durante la noche, o se daba el caso de un paro cardiorespiratorio.

Luego, y siendo ya pocos los casos que entraban al quir�fano debido a estos antecedentes, ya ning�n paciente sali� vivo de ellos. La anestesia funcionaba pero los pacientes no se despertaban. Los cirujanos dec�an que se trataba de hemorragias, v�sceras desgarradas o que simplemente hab�a comenzado un proceso de necrosis sin explicaci�n alguna m�s que el deterioro precoz, como una vejez adelantada, un estado de descomposici�n en que cada cuerpo de aquel hospital hab�a comenzado a desarrollar antes de tiempo.

Se cerr� el hospital y se hicieron autopsias. Se habl� de una epidemia y se alarm� a todos los centros de salud de la ciudad y alrededores. Los peritos no encontraron causas de muerte m�s que los registrados por los m�dicos que originalmente hab�an asistido a los enfermos. En muchos casos, especialmente los quir�rgicos, las necrosis viscerales era la evidente causa de muerte, como si el aire, tras la incisi�n, la hubiese provocado.

Se llevaron infect�logos y expertos en epidemias para examinar el microambiente del hospital. Nada encontraron luego de varias semanas de estudio. El personal fue analizado m�dica, administrativa y judicialmente. Pocos de ellos salieron airosos luego de los dos �ltimos ex�menes. Estaban sanos, y pod�an contentarse con eso. Los jueces que intervinieron en los casos no encontraron motivos de negligencia ni de exoneraci�n, y tanto el estado como los particulares deb�an compartir la responsabilidad moral y econ�mica de los

decesos.
Luego del cierre del hospital, no hubo muertes parecidas durante un largo tiempo. En el medio ocurrieron las cosas habituales del mundo: terremotos, crisis econ�micas, asesinatos, robos, desapariciones y golpes de estado. Hubo nacimientos que compensaron las muertes recientes, hubo suicidios y un amplio aumento de consultas psicol�gicas y psiqui�tricas en la ciudad.

Pero un mes de diciembre, en v�spera de fin de a�o, en varios hospitales comenz� a suceder lo mismo, simult�neamente. Dos apu�alados en un ri�a nocturna murieron en el quir�fano, mientras los cirujanos intentaban salvar sus �rganos vitales. En otro lugar una mujer embarazada perdi� a su hijo durante el trabajo de parto, en otro un ni�o de doce a�os muri� en un ataque de asma bronquial. El primer d�a del nuevo a�o no trajo ninguna sospecha, ya que eran causas comunes de muerte, pero todos se extra�aron cuando en estos hospitales los pacientes internados empezaron a morir uno tras otro.

La alarma sanitaria se dispar� inmediatamente en toda la ciudad, y a nivel nacional se desarrollaron debates, los diputados y senadores se reunieron con sus asesores en salud en busca de causas y posibles soluciones. El Presidente de la Naci�n estaba sumamente preocupado, hasta el punto que un d�a, m�s exactamente el d�a de su cumplea�os, el 15 de enero, mientras estaba reunido con su equipo de ministros en una reuni�n informal en su residencia de Olivos, sufri� un repentino dolor de pecho, y fue trasladado a una cl�nica.

Dos d�as despu�s, se realizaron las exequias del presidente, mientras en el Congreso de la Naci�n se designaba al vicepresidente en funci�n, pero todos vieron c�mo el sucesor sudaba y su cara perd�a color, y no precisamente a causa de la nueva responsabilidad asumida.

El gobierno nacional decret� la emergencia nacional y el toque de queda. La Organizaci�n Internacional de la Salud declar� emergencia sanitaria a todo el pa�s y a los pa�ses lim�trofes. Nadie saldr�a ni entrar�a por ning�n medio terrestre, mar�timo o a�reo de las fronteras. Se decret� que todos los habitantes de la ciudad de Buenos Aires fuesen examinados, y se formaron largas colas en salas sanitarias y puestos de emergencia en las calles. Todo el personal m�dico id�neo y de laboratorio fue llamado a ofrecer horas gratuitamente bajo amenaza de c�rcel.

Se dispusieron soldados en cada esquina. La autopista que rodea la ciudad y las entradas y salidas a la misma fueron clausuradas. Los aeropuertos cerrados, el comercio internacional transitoriamente suspendido hasta nuevo aviso. Todos sab�amos c�mo llegar�an, de a poco, el desabastecimiento, los saqueos, los robos, los cr�menes, la hambruna: otra se�ora que aguardaba en las afueras de las fronteras, reseca y escu�lida, vieja y sin embargo vital a pesar de su fragilidad. Sus huesos son de alambre oxidado y su cara un pergamino egipcio.

Estamos en junio. Se cumple el primer a�o de que todo esto ha comenzado, pero pocos recuerdan tal aniversario. Veo las calles abarrotadas de mugre, los servicios de recolecci�n han quebrado porque ya no hay voluntarios que se atrevan a acercarse a los deshechos. Hay cad�veres en las calles porque los hospitales han sido derribados. Sus escombros yacen como ruinas de un tiempo muy antiguo luego de una guerra de largos a�os.

Palas mec�nicas recorren las calles levantando los cuerpos y arroj�ndolos en las afueras, en el cintur�n que alguna vez fue la avenida General Paz, y ahora sirve de barrera para separar la muerte que en ese lado se desarrolla sin impedimentos ni obst�culos.

Yo viajo por los alrededores con mi auto, como un perro dando vueltas cerca de una casa en busca de comida. Busco el paisaje que me servir� de contemplaci�n en mis reflexiones sobre los tiempos que han llegado. Veo el humo que se levanta por detr�s de la avenida, los cuerpos y la basura quemada. Escuchos los gritos y los llantos, escucho las sirenas de las ambulancias abarrotadas que luchan por abrirse paso entre la gente que camina y deambula por las calles en busca de ayuda, de comida. Veo a los gendarmes protegidos con uniformes aislantes y armas en cada esquina, veo a los soldados en las fronteras de la ciudad sobre torres construidas en los per�metros como un campo de refugiados o una prisi�n a punto de estallar.

Quiero observar esta explosi�n de gente que, alg�n d�a, saldr� por las fronteras ahora cerradas e invadir� la provincia para sembrar las formas de la

muerte en sus terrenos.

Quiero ser testigo de la marea de langostas que arrasar� las provincias, dejando desolaci�n, aridez y el aire lleno del polvo repleto de g�rmenes, asent�ndose lentamente en tierra muerta pero no por eso menos vital. Porque de la podredumbre surge la vida que se alimenta de ella. La ciencia lo sabe, la religi�n lo sabe. La humanidad est� consciente de todo esto gracias a la inteligencia de su cerebro mortal.

Podr�a huir, o alejarme y esconderme tras las paredes de mi departamento. Cerrar puertas y ventanas, clausurar las rendijas con telas y cinta aislante. Bajar las persianas y poner cerrojos en ellas. Clausurar las entradas de gas, soldar las canillas para que ni una gota de agua contaminada llegue a entrar. Pero qu� diferencia habr�a en esto con lo que ahora estoy viviendo.

El futuro ser� el mismo, y por lo menos el presente me permite contemplar por alg�n tiempo m�s los campos abiertos alrededor de la ciudad sitiada. Por lo menos los gritos me dicen que m�s all� hay gente todav�a, advirti�ndome, y queriendo ser consolada. Yo sufro y me regodeo con el llanto ajeno. Yo canto con ellos en gritos semejantes a los de los buitres en pleno campo de batalla.

Yo anhelo la visi�n de un ser humano surgiendo entre el humo y las barreras, para saber, para confirmarme, para por fin dejarme estar o levantar vuelo como un alma piadosa, que la mujer o el hombre que surja de aquella grieta me llame, pronunciando mi nombre.

4

No s� cu�ndo aparecieron aquellos seres, ni s� qu� son en realidad. Muchos los llamaron �ngeles a falta de mejor nombre, o quiz� porque algo, que yo no alcanc� a percibir, les dictaba tal nombre en los o�dos, pero de �ngeles no tienen m�s que las alas.

Es que los ni�os as� los llamaron, por lo menos hasta el instante en que los vieron descender con las alas desplegadas, en un aleteo suavemente diversificado, como acariciando al viento en lugar de ser el viento el que acariciaba sus alas, regode�ndose como un cachorro mimoso sin cuerpo entre las plumas, ansioso del calor maternal. Dicen que el viento busca desde siempre su forma perdida, y la halla habitualmente entre las alas de los p�jaros, y es tan breve el tiempo en que logra recuperar su forma, que sus sucesivas vidas lo tornan irritable y antojadizo. A veces se enfurece y por eso sopla tan briosa y cruelmente, otras se desplaza como una brisa de mayor o menor intensidad, seg�n la categor�a de su �nimo.

Pero el viento, esta vez, se hab�a dormido en las alas de estos seres imprecisos que planeaban sometiendo el aire a su arbitrio, domin�ndolo como si los hubiese estado esperando mucho tiempo, y el desgaste y la edad convirtiese la fuerza del viento en un engendro pegajoso m�s parecido a la telara�a que a la fluidez del agua. Como si el esqueleto del viento se hubiese manifestado cuando ellos llegaron, y el aire fuese enteramente una estructura cicl�pea sobre el mundo.

Pero no quiero adelantarme a los hechos. La primera vez que los vi fue un d�a oscuro de primavera, una tarde nublada y fr�a, cuando los rayos se asomaban entre las nubes a�n silenciosos, y la electricidad consum�a el aire dejando un general ahogo hastiado de humedad, y un olor dulce a carne descompuesta.

Los encontr� aposentados en los cables de electricidad que cuelgan de poste en poste en la vereda de mi casa. Sal� a la puerta en busca de una leve brisa perdida, con un mate en una mano y el termo bajo el brazo. Eran diez, o quince, luego me parecieron m�s, luego menos, pero cada vez que intentaba contarlos uno levantaba vuelo u otro descend�a. Ten�an peso, por supuesto, porque los cables

se combaban y los postes no parec�an estar preparados para resistir. Sin embargo, aguantaron, por lo menos durante alg�n tiempo.

C�mo describirlos, me pregunto. Ten�an alas, grandes a�n cuando estaban plegadas. Sus patas eran gruesas y de fuertes garras. A pesar de la distancia, que no era tanta, pude ver que el tama�o de cada una de las garras era por lo menos de dos pu�os de hombre, y las u�as, cerradas alrededor de los cables eran largas y gruesas como tenazas. Lo peculiar era que las patas estaban cubiertas de un material que imagin� eran plumas, pero que a veces, seg�n la luminosidad del d�a, parec�an pelos de color dorado. El cuerpo era ancho en todo su volumen, tanto en las caderas como en el pecho, cubierto del mismo material impreciso, pero que en la cabeza se convert�a en plumas verdaderas. Esta �ltima era imponente por su prestancia, su altivez, erguida con un orgullo que s�lo dejaba espacio para una mirada s�rdida cuando se dignaba a bajar los ojos hacia los transe�ntes. Ten�an un pico corto, extra�o para su contextura f�sica, corto y ancho, que me sugiri� casi una especie de metamorfosis en proceso: un cambio que deb�a estar ocurriendo a lo largo de generaciones desde una cara humana a una animal, o viceversa.

Nosotros, por los menos quienes viv�amos en la misma calle, no les tem�amos. Hab�an aparecido cuando ya sab�amos por las noticias que ellas estaban asent�ndose en los cables de toda la ciudad, y su llegada a nuestro barrio fue como un alivio luego de una larga espera, la sensaci�n de no haber sido desplazados o ignorados. Una de las veces que yo las contemplaba, sorbiendo el mate de vez en cuando, como si nada pasara, porque ya nos hab�amos acostumbrado a su presencia, sali� el sol muy brevemente entre las nubes, y sent� en la cara un destello de su fulgor sobre la piel de aquellos seres. No sobre las plumas, que mansamente se mov�an con la brisa, sino en el extra�o tejido parecido al pelo que cubr�a la parte inferior del animal. Entonces record� algo que hab�a le�do en mis noches insomnes, yendo del dormitorio hacia mi biblioteca en busca de leyendas que atenuaran las pesadillas nocturnas. De repente, me vino a la memoria lo que hab�a le�do de los grifos, seres mitol�gicos que seg�n algunas versiones, estaban formados por un cuerpo de �guila por delante y un cuerpo de le�n por detr�s.

Debo reconocer que no encontr� una correspondencia exacta entre lo que yo estaba observando en ese momento con las descripciones de los autores de mis libros, pero como dije antes, ni siquiera ellos concordaban, en sus bibliograf�as, sobre la verdadera naturaleza de los grifos. Lo que est� expuesto a la imaginaci�n del hombre, sufre mutaciones, y la imaginaci�n humana crea monstruos que var�an de aspecto y significado seg�n las �pocas. Y cuando estos seres son vistos por quienes creen en ellos, entre los �rboles de un bosque, en la bruma del campo, en la superficie de un lago o entre los vapores nocturnos de una bocacalle urbana, toman diferentes formas, pero todas las versiones coinciden en un mismo punto: aquel que los hermana y los funde cuando se escucha un mismo grito de pavor.

Esa era la palabra, supongo, la que a m� se me ocurri� cuando los vi aposentados en los cables, dejando caer las extra�as plumas que comenzaron a cubrir las calles como pelos de perros. O�mos su graznido un atardecer, cuando la penumbra del verano inminente era un recuerdo extra�o del invierno pasado, un eco sobreviviente que ellos se hab�an encargado de llevar consigo escondido en sus alas, para dejarlo caer como un desgarro de rocas sobre los o�dos de los habitantes de mi calle.

Era un rugido que s�lo una fiera podr�a haber emitido en medio de la selva, y luego el graznido que le sucedi� fue inmediato, m�s una continuaci�n que cambio perceptible, que hizo olvidar lo que hab�amos escuchado unos segundos antes: el grito del le�n que se perdi� en la calle, asustando a los perros y a las viejas, conforme con eso por ahora, y dejando en el aire el graznido que podr�a haber sido m�s amable de no ser tan contundentemente ancestral.

(Por qu� a los perros y a las viejas, no lo s�. De los perros se comprende, est�n emparentados con los antiguos lobos que tem�an la presencia de los grandes felinos. Y tal vez las viejas del barrio tambi�n entend�an, por otros motivos, el llamado del gato que yace indemne entre los huesos de cada predador. Dicen que las mujeres, mientras m�s viejas m�s sabias y m�s rapaces, m�s conscientes de la fuerza y el poder perdido y no aprovechado. Las brujas nacen a una edad

avanzada, y las que as� se descubren ya no son capaces de morir.)
Y ese sonido qued� en nuestros o�dos durante toda la noche, y las noches siguientes, sin saber si eran repeticiones de la memoria o sonidos reales emitidos por aquellos seres a aquellas horas tempranas de la madrugada. Porque siempre los hab�amos visto levantar vuelo al anochecer, luego de haberse asentado reci�n despu�s del mediod�a, planeando desde alg�n punto del cielo, surgiendo como una mancha m�s de las nubes, o como si viniesen desde el sol, ya que sus plumas, o su pelo, refulg�an con destellos enceguecedores en su batir de alas, hasta el momento en que se aquietaban sobre los cables. Nunca los vimos de noche, pero era verdad tambi�n que pocos de nosotros se atrev�an a asomarse a las calles en esas horas: la visi�n de las criaturas como sombras quietas resultaba demasiado amenazante. Aquellos que dicen haberse asomado dijeron que ellas no llegaban por la noche, pero muchos no les cre�an porque o�an con claridad el graznido y el aletear de alas justo por encima de sus ventanas, aunque reconoc�an no haberse atrevido jam�s a levantar las persianas ni a correr las cortinas.
Por ello, todo lo que a su presencia se refer�a, quedaba a medio camino entre la verdad y lo inventado, siendo esto �ltimo un reclutamiento de deducciones que intentaban utilizar la l�gica como un instrumento, pero cuyas instrucciones de funcionamiento hab�an olvidado y perdido. Las autoridades municipales, provinciales o nacionales parec�an haber ca�do en los mismos errores, acentuados por la habitual y arraigada burocracia que todo lo obstruye y envuelve como ciza�a y enredaderas dentro y fuera de toda estructura gubernamental. A ella est�bamos acostumbrados, as� que nos preparamos, como espectadores que se sientan en sus butacas, a presenciar el espect�culo de los fallidos intentos de los empleados del estado, que con sus carpetas y portafolios, sus planos de la ciudad, sus guardapolvos y maquetas, instrumentos de precisi�n, armas qu�micas, discursos y discusiones, entreten�an a los vecinos desde muy temprano en la ma�ana. (Es curiosa, acotemos desde ya y brevemente, la man�a que tienen las instituciones oficiales de abrir sus puertas desde horas tan tempranas, como si tuvieran que hacer muchas otras cosas por las tardes o temieran que el d�a desapareciera antes de tiempo, involucrando en su obsesi�n a los ciudadanos comunes, interrumpiendo as� sus sue�os, la modorra de la madrugada y la fatiga matutina que se desenvuelve y fluye despu�s con el exagerado y mal humor caracter�sticos.)
Se pens� en expulsar a las criaturas con diversos m�todos, primero utilizando aparatos de ultrasonido, luego con gases t�xicos, pero como la gente se neg� a abandonar sus casas y el barrio estaba lleno de ni�os, esta �ltima medida fue cancelada. Las aves ensuciaban las veredas con sus excrementos, pero la peculiaridad era que carec�an de olor, s�lo se trataba de una masa informe que r�pidamente se endurec�a y pod�a ser levantada como piedras del pavimento, aunque m�s fr�giles. Entonces quedaba en nuestras escobas y palas una ceniza blanca parecida a la piedra caliza triturada.
De d�nde ven�an, nos pregunt�bamos, m�s por propia iniciativa que por imitaci�n de los debates que invadieron las horas de televisi�n durante aquellos d�as. Algunos aseguraban que llegaban de la cordillera, escapando de cambios clim�ticos producidos por el efecto invernadero o la ruptura en la capa de ozono de la Ant�rtida. Otros las declaraban como mensajeros apocal�pticos. Muchos m�s, que se trataba de una invasi�n m�s en la ciudad, como ya hab�amos sufrido la de mosquitos, murci�lagos y otras alima�as semejantes, sin contar, por supuesto, a las humanas en sus diversas manifestaciones etnogr�ficas y culturales. De esta manera, los debates se convert�an en propagandas y plataformas para ideas ecol�gicas, religiosas, pol�ticas y hasta para esclarecer puntos de vista raciales y/o discriminatorios.
Sin embargo, estas criaturas, que nunca llegaron a recibir un nombre cient�fico, no tanto por falta de acuerdo entre los especialistas como por una reminiscencia no reconocida del miedo que todos sentimos, a�n los m�s racionalistas, ante el paisaje que ellas conforman a lo largo de las calles de toda la ciudad, asentadas sobre los cables de electricidad, inc�lumes al peligro de electrificarse, y sin que sus garras, a pesar de su crudeza y fuerza que sugieren todo menos un uso delicado de su filo, destrozaran los cables.
Ese miedo fue el que sent� una noche, cuando supuestamente ellas no estaban

afuera, mientras yo miraba un video grabado desde un helic�ptero que hab�a sobrevolado tres cuartas partes de la ciudad. Vi, como todos lo hicimos, cada uno en su casa frente al televisor, seguros en nuestro aislamiento, protegidos de lo de afuera y a su vez invisibles para cualquier inquietud o miedo de nuestros semejantes, la telara�a que nosotros mismos hab�amos construido. Cables que llevaban suministro el�ctrico, comunicaciones telef�nicas, redes televisivas. Era algo de lo que ya no podr�amos desprendernos, es m�s, algo a lo que est�bamos ya sometidos aunque nos crey�ramos libres dentro de nuestras casas. Pero era la simple sensaci�n de un caracol que se cree a salvo mientras otro animal lo sostiene en su boca esperando el momento propicio para apretar los dientes y quebrar su caparaz�n.

Es que los cables no eran la amenaza de por s�, sino el instrumento del que podr�an servirse las criaturas para su prop�sito. Ahora me pregunto la raz�n de adjudicarles un objetivo, como si de seres racionales se tratara, pero es inevitable que todo lo desconocido despierte susceptibilidades adormecidas por la rutina cotidiana. Las voces de alarma se alzaron desde todos los sectores y �mbitos de la sociedad. Las criaturas eran un peligro para la poblaci�n, una invasi�n que da�aba la productividad econ�mica y envilec�a las costumbres ya establecidas del habitante medio. Eran un peligro al que era necesario poner fin.

Entonces sucedi� lo que yo tanto tem�a desde la noche que hab�a visto en la pantalla del televisor la imagen acuadrillada de las criaturas sobre la red de cables. Una noche de septiembre o�mos los graznidos simult�neos por primera vez.

Fue un llamado a las armas, un grito de guerra, y un alarido de inmensurable furia contenida, de aquella ira que es resultado de la justicia siempre insatisfecha y de una intensa compasi�n que no halla objeto.

Pocos segundos m�s tarde, nos quedamos a oscuras. La ciudad se ensombreci� en su totalidad, sumi�ndose en una penumbra que nunca hab�amos conocido porque jam�s hab�a llegado a ser tan completa. La ausencia de luz el�ctrica nos expuls� de los espacios habituales, la falta de radios y televisores nos sumergi� en un silencio que hac�a a nuestros pensamientos m�s fuertes y casi extra�os. S�lo f�sforos nos quedaban, pilas que alguna vez se acabar�an, y el mechero del gas, si es que a�n funcionaba. Incluso el agua de las ca�er�as dejar�a muy pronto de correr, y ese sonido de pertenencia a los r�os de nuestros ancestros se alejar�a como si fu�semos en realidad nosotros quienes nos alej�ramos. Arrastrados de la civilizaci�n y de la vida por estas criaturas que un d�a llegaron a visitarnos sin permiso, imponiendo su presencia como si reclamaran una tierra que les fuera arrebatada. Mensajeras de los due�os originales, o due�as ellas mismas, llegaron para quedarse.

S� que est�n all� afuera en este momento, mientras espero sentado en mi sill�n frente al televisor muerto enterrado en la oscuridad, como yo estoy enterrado tambi�n. Esperando que regrese la energ�a el�ctrica, que los especialistas arreglen el desperfecto, que los cortocircuitos sean reparados y la central el�ctrica otorgue la luz igual que tantas veces lo hizo, como un dios inventado por el hombre, peque�o y familiar, y por eso mismo seguros de que actuar� en nuestra defensa. Tenemos leyes, tenemos armas, tenemos toda la tecnolog�a asentada en siglos de filosof�a moral. Todo esto no puede ser interrumpido por el capricho de unas criaturas extra�as.

A menos que act�en, como antes dije, no por capricho sino por un objetivo. Trato una y otra vez de imaginarlo, de deducirlo, de inventarlo con todo el prodigio de mi imaginaci�n, mientras aguardo en la oscuridad y el silencio �nicamente interrumpido por aislados gritos de desesperaci�n intercalados entre los graznidos. Por m�s que intento no puedo imaginar la causa de lo que nos est� pasando, ni la identidad de las criaturas. Sea cual fuese el nombre que yo les d�, parece siempre insuficiente para la medida que su proceder les ha concedido.

Adivino que todo esto est� sucediendo en muchas ciudades del mundo, y me consuelo con la idea de que no soy el �nico con las mismas dudas y el mismo miedo. Pero el consuelo es ef�mero, y falso en realidad, como lo comprueba el ruido que ahora escucho desde la calle, el estruendo de maderas y vidrio destrozados. Y s� que pronto estar�n atravesando los postigos de mis ventanas

como una horda.

10

una lanza te atraviesa la cabeza
est�s de espalda sobre la tierra h�meda
pero el cielo es un cielo de ciudad
hueles el esti�rcol
el aroma de la madura fruta ca�da
y de arriba llega el calor de neum�ticos gastados

en tus o�dos hay un umbral
por debajo del cual oyes pisadas de animales
el viento entre las ramas y el llamado del b�ho
pero encima te aturden las bocinas de los autos
los gritos de un hombre enojado
y el llanto de ni�os en un hospital

llega una ambulancia y se estaciona en el barro
pero su blancura est� manchada de smog
bajar� un hombre a evaluar tu condici�n
ver� un orificio en la frente, otro en la nuca
tal vez toque el barro al levantarte la cabeza
pero tambi�n ver� la sangre en el asfalto

lo que no podr� explicarse
es por qu� el trayecto de la bala sigue intacto
como si algo m�s lo ocupase,
si el hombre de blanco te palpara la
frente

con m�s cuidado por una vez siquiera
podr�a sentir con sus dedos la lanza
que atraviesa tu cabeza

VIII. ADAN RESUCITADO

1

Hay una teor�a del tiempo, de Henry James, que nos dice que Ad�n fue concebido a los treinta y tres a�os, exactamente la edad en que muri� Jes�s. Seg�n esta teor�a, Jes�s debi� morir para que Ad�n naciera.

Y Ad�n naci�, seg�n cuentan algunos, con una visi�n telesc�pica y microsc�pica, que luego fue perdiendo en raz�n de su pecado original. De gigante se hizo pigmeo.

Todas estas parecen concepciones de la racionalista imaginaci�n de un Borges dedicado a escudri�ar y desentra�ar los �ntimos conocimientos de cada libro, de cada l�nea, de cada frase le�da alguna vez, luego escuchada en la voz de una mujer al t�rmino de alguna clase de literatura inglesa, una tarde de viernes de invierno, en una Buenos Aires espectral arribada al neblinoso Londres o a la apacible Ginebra.

No es dif�cil imaginarlo en sus �ltimos d�as especulando sobre los recovecos, las vueltas del tiempo surgidas en la imaginaci�n de los poetas. En el fin de la vida, Dios es un totem inevitable, un mito que se concreta con los elementos del miedo, y a veces tambi�n del amor.

Para el viejo, en sus �ltimos d�as, debi� ser l�gica la figura de Ad�n como una continuaci�n de Cristo, razonable tambi�n desde el punto de vista compasivo. Para quien se despide del mundo, una mirada lastimosamente paternal sobre la humanidad es tan inevitable como enfrentarse con la idea de Dios, a�n para quien ha sido expl�citamente ateo o jugado m�s con el escepticismo que con la fe.

Es, el escepticismo, una forma m�s de la fe: fe en la propia duda. Confianza en la incertidumbre como un salvavidas que nos protege de las marejadas de los fanatismos y la ignorancia de las olas en los mares tenebrosos

y siempre turbulentos del mundo occidental.

As� que Ad�n fue un prodigio, como es esperable por ser el primer hombre. Debi� ver las estrellas con su sola vista, haber explorado las constelaciones, visualizado las galaxias, visitado los mundos extra�os en los cielos nocturnos de su por entonces solitaria vida. Y bajando la vista de nuevo a la tierra, debi� tambi�n introducirse en lo profundo, primero escarbando en los terrones, viendo con su visi�n microsc�pica los elementos m�s peque�os que los conforman. Luego, penetrando en la tierra, viendo el crecimiento de las plantas, la vida de los insectos, la muerte de los animales.

El primer hombre, el m�s sabio por ser el favorito, el primog�nito de Dios. El primer hijo de Dios. Pero vayamos entonces a correlacionar esta �ltima idea con la teor�a que nos re�ne. Nos preguntamos: �y si Jes�s muri� para que Ad�n naciera? El tiempo, entonces, se ha invertido, ha realizado un giro de ciento ochenta grados.

El tiempo es un c�rculo, o m�s bien una espiral, ya que despu�s de Jes�s ha continuado el tiempo, en otro plano tal vez, en otra elipsis, en otros c�rculos medidos con referencias que ahora desconocemos, pero que seguramente ser�n f�ciles de encontrar si nos ponemos a pensar en lo que solemos llamar, a falta de mejor nombre, coincidencias.

El tiempo es una espiral.

El tiempo es un plan yacente en la mente de Dios.

No creado por �l, quiz�, ya que si es infinito, el plan siempre estuvo all�. Todo lo que est� sobre la tierra, lo que gira y se funde y se recrea en el universo siempre ha estado presente.

Ad�n fue un superhombre, m�s poderoso incluso que Jes�s. Cristo sanaba a los enfermos, caminaba sobre el agua, resucitaba a los muertos. Ad�n, en cambio, recibi� no la fuerza de la vida, sino la pasi�n del conocimiento.

Luego, por m�ritos exclusivos de la religi�n, de los imberbes viejos que intentan ense�ar a los hombres como si fuesen ni�os, se dijo que Eva fue quien, tentada por Satan�s, comi� el fruto del �rbol prohibido. Por vanidad, dicen los que caen en los lugares comunes: los s�mbolos que la religi�n se obstina en crear para facilitar las cosas en la mente de quienes creen ni�os nacidos deformes o retrasados.

Fue Ad�n, quien sabiendo todo lo que pod�a saber, quiso saber m�s.

No se conformaba con intuir el n�mero de las estrellas y todos los mundos, con ver a los habitantes del espacio caminar por sus calles construidas de innumerables formas, con lunas m�ltiples o solitarias, con anillos de gases luminosos rodeando los ecuadores, con cometas chocando, destruyendo, y luego la vida renaciendo de los destrozos, de la hecatombe, de la naturaleza de los muertos que alimentan la tierra que �l, Ad�n, hab�a estudiado con su visi�n privilegiada.

Sabiendo todo esto, pens�, sospech�, que Dios le ocultaba algo m�s, que su padre lo proteg�a de algo que en realidad lo distingu�a, porque un padre debe mantener su autoridad, y para ello necesita saber algo que su hijo no sabe. Como la mueca de sorna o la sonrisa escondida cuando un hombre le habla a otro de sexo, en presencia de su hijo peque�o, de cosas s�rdidas, de encuentros en la oscuridad, de un olor peculiar que el ni�o intuye, pero no conoce a�n.

�Qu� era lo que Dios sab�a y ocultaba? Ad�n nunca lleg� a saberlo, porque olvid� todo aquello que hab�a visto y sentido, todo lo que sab�a se perdi� en alg�n lugar de su mente, se escondi� tan eficazmente como si hubiese muerto.

Desde entonces, la vida de Ad�n fue una b�squeda tan lenta que lleva milenios de duraci�n, una recuperaci�n que necesita de mucha paciencia, de un enorme esfuerzo, de repetidos fracasos, de suicidios, de guerras, de muertes y nacimientos para exterminar los conocimientos mal nacidos y regenerarlos en nuevas y m�s sutiles, m�s puras formas de conciencia.

Pero el saber se traduce en apolog�as religiosas que hunden los cimientos de las iglesias, llenan de barro rojo los campos de exterminio, hacen proliferar las plagas y las enfermedades, derriban edificios y explotan bombas sobre hospitales y escuelas.

Nos preguntamos, por ello, si el conocimiento en s� mismo es un mal, o depende de qui�n lo utilice. Dios tiene el conocimiento total, y �l nos ha creado, por lo tanto debemos deducir que en sus manos el conocimiento tiene un

efecto ben�fico. Pero al pensar en el hombre como generador de destrucci�n, y siendo �ste criatura a semejanza e imagen de Dios, deducimos que Dios tambi�n ha utilizado en forma incorrecta, sino negligentemente, o deliberadamente cruel, sus conocimientos.

Ac� debemos introducir lo que la c�tedra de los dogmas nos ense�aron: la existencia del mal como una entidad, algo que tiene vida propia, su propia definici�n, capaz de encarnarse en seres de carne y hueso o simb�licos, como Satan�s, el Diablo, Lucifer.

Los �ngeles ca�dos, los �ngeles ambiciosos que, igual que Ad�n, quisieron equipararse con Dios, no ya en conocimientos tal vez, aunque un jefe, como un padre, tambi�n debe reservarse ciertos secretos para distinguirse de sus subalternos.

El cielo como una empresa, o m�s bien como una oficina gubernamental.

�Qu� funci�n cumpli�, entonces el mal en la ca�da del hombre? El mal como entidad, nos referimos, como agente externo al cual el hombre nunca hab�a sido expuesto. Y ac� la teor�a se trifurca.

Primero, si nos inclinamos a pensar que se trata de algo tan simple como una guerra entre estados, es demasiado f�cil, poco sutil para alguien tan inteligente como se supone que es Dios, lo mismo que uno de sus mejores alumnos, el �ngel ca�do. Si as� fuese, la guerra no tendr�a fin, se realimentar�a constantemente, y la monoton�a de esta historia ser�a tan inconcebible como su propia existencia. La vida se agota, la vida es capaz de aburrirse de s� misma, se debilita y muere, como los apareamientos entre miembros de una misma casta familiar. Nacen monstruos p�lidos, an�micos, est�riles, que pronto mueren ante el fr�o del primer invierno.

Segundo, que todo est� ya presente en el plan infinito de Dios: la creaci�n del hombre y su ejecuci�n del mal. El mal, entonces, ya est� presente en Dios como una posibilidad cierta. Un instrumento del que se valdr� seg�n su conciencia, su esquema de trabajo, su agenda del d�a. �Pero es Dios su propio creador, y por lo tanto el creador de todas las posibilidades, de su plan eterno? Si siempre ha existido, si no tiene un comienzo como Ser, tampoco ha creado el plan, porque �ste ser�a posterior al presunto comienzo de su existencia como Dios. As� como nosotros nacemos con cuerpo y alma, �Dios habr� nacido, fue desde siempre, ser y mente? Pero el hombre desarrolla tanto su conciencia primitiva, que es dable decir que la crea. Por lo tanto, la mente y sus planes, el pensamiento como consecuencia del lenguaje, es una creaci�n del hombre.

Esto nos lleva al tercer camino: el mal nace con el hombre. Est� presente en �l, no como un par�sito esperando la debilidad de las defensas, ni como un c�ncer latente, sino como parte del entramado de la conciencia moral.

El bien y el mal son f�tiles diferenciaciones de una misma sustancia.

El bien y el mal, quiz�, no existen como tales, y el hombre sea una regi�n inexplorada, incomprensible a�n para quien lo ha creado.

Dios cre� al hombre como cre� los planetas y el polvo estelar, sin m�s meritos ni m�s af�n.

El hombre se cre� a s� mismo, su lugar, su espacio, su tiempo son obras de su pensamiento.

Dios es un plan sin conciencia, una m�quina programada que ni siquiera tiene auto-conciencia.

El hombre ha creado la entidad, el universo, el ojo que lo vigila, y el refugio que lo protege y lo oculta de ese ojo.

Pero eso ojo est� en el fondo de su sustancia. El ojo avizor que todo lo explora, que todo necesita saberlo, que utilizar� la inteligencia, lo �nico m�s parecido, quiz�, al verdadero Dios, para matarse en el af�n por descubrirse inmortal.

2

Todo esto nos lleva a hablar del tiempo. �Una continuidad, una l�nea conformada por la sucesi�n de puntos, un c�rculo, una espiral, o l�neas paralelas? Seg�n algunos, el porvenir es inevitable, pero, siguiendo en la l�nea del pensamiento borgeano, tambi�n puede no acontecer, ya que Dios acecha en los intervalos.

Dios es regulador, entonces, un inspector de impuestos que no solamente recorre las calles y se presenta de sorpresa en la puerta de nuestro negocio, sino que est� en cada esquina, en cada estaci�n de peaje, en cada aeropuerto o terminal de �mnibus. El tiempo, as� visto, no es una l�nea recta, sino una sucesi�n de puntos y rayas, intercalado de espacios vac�os, donde espera Dios, encargado de hacernos desaparecer por un instante, borrando nuestras huellas, y dejando las suyas, invisibles a nuestra vista, pero con la marca de sus dedos: el vac�o y el silencio.

Seg�n John Donne, hay infinitas dimensiones del tiempo, todas ocurriendo simult�neamente, paralelas en su mayor�a, oblicuas, y muchas veces tambi�n perpendiculares. Es en esos puntos de intersecci�n, donde el choque de dos o m�s tiempos diferentes produce una ruptura en alguno o m�s de ellos. Ya nada es lo mismo para quienes fueron los protagonistas de ese choque, fuesen conscientes o no de tal suceso. Alguien que muere, no es simplemente la cesaci�n de la vida por vejez o enfermedad: es la confluencia de factores que se concentran en un determinado momentos de los tiempos que conforman la inmensa red. Tampoco debemos imaginarlo como una malla de microcircuitos o cables en un panel, sino que cada l�nea con que intentamos simplificar la imagen es un espacio con su volumen y dimensiones correspondientes. Algunos mayores, otros menores, y por ello el entrecruzamiento no necesariamente ocurre en todo su espesor o tama�o, sino que puede pasar en una parte o un sector, y el resto de aquel mismo tiempo continuar indemne, hasta que las ondas expansivas: las consecuencias, las aftermaths, vayan cambi�ndolo tambi�n.

�Cu�l es la duraci�n de cada tiempo? �El tiempo puede morir, puede acabarse? Es, tal vez, una energ�a que se agota como una bater�a. O simplemente como un cuerpo biol�gico que envejece y se retarda progresivamente hasta detenerse, y quedar en medio de la red como una cicatriz, una rugosidad, una peque�a loma, que los dem�s peatones y veh�culos del tiempo ir�n aplanando hasta emparejar la superficie y no dejar brecha ni marca de su anterior existencia.

Dice San Agust�n que todo lo que existe presupone un pasado, no s�lo el que corresponde desde su creaci�n, sino anterior a la creaci�n: el primer tiempo del mundo. Esto nos lleva a pensar que las m�ltiples conexiones de la red de que estamos hablando no necesariamente producen efectos inmediatos, productos o concepciones que pueden marcarse como puede hacerse con radiois�topos en la sangre humana. El m�nimo roce de un tiempo con otro genera una chispa, una leve onda expansiva que genera un subproducto apenas esbozado, latente mucho tiempo, hasta generar su eventual nacimiento: todo lo anterior a su aparici�n concreta es el pre-tiempo, la prehistoria de las cosas.

Estas l�neas rectas que en cada choque se tuercen y cambian de direcci�n, constituyen en muchos casos, m�ltiples paralelogramos, y qu� son estos sino c�rculos interrumpidos, imperfectos a�n, cuyos puntos de ruptura son resabios y

desgastes que la econom�a del tiempo limar� lentamente hasta conformar el c�rculo. Los antiguos matem�ticos, como Galileo, ya hablaban del horror al vac�o: como si los rincones de una casa fuesen zonas de muerte, de terror inconmensurable, que deben ser abolidos. El universo teme al vac�o, toda su esencia es una lucha por llenarlo, una obsesi�n que se detiene s�lo con la abolici�n del espacio in�til.

Por ello, el tiempo es un espacio, y el espacio est� conformado con los puntos infinitos del tiempo. Cada punto de una l�nea cualquiera, sea la cantidad en la que decidamos dividirla, desde la �nica hasta la infinita subdivisi�n, contiene todas las posibilidades. Es tal el infinito, el punto que contiene a todos los puntos posibles.

En esos intersticios se halla Dios: la nada que el universo rechaza es la presencia de Dios

El vig�a, el inspector, el polic�a, el abogado, el juez y el verdugo.

De todas estas consideraciones, no nos sorprende entonces llegar a la conclusi�n de que Jes�s vivi� antes que Ad�n, que hubo un choque, por as� decirlo, en que Cristo muri�, y naci� Ad�n. No son la misma persona, ni tuvieron ni debieron tener el mismo objetivo. Cada tiempo sigue sus reglas, si es que las tiene. Me dir�n que ambos fueron seres concretos que vivieron en nuestra misma tierra, sujetos ambos a las mismas condiciones del espacio y del tiempo sucesivo. Pero ya hemos considerado la posibilidad de que el tiempo no sea uno solo, sino muchos que tampoco deben desconocerse siempre o conectarse en puntos determinados. Los tiempos paralelos no son l�neas como las que nos cuentan las matem�ticas, que nunca se juntan. Los tiempos son conglomerados, vastos espacios vac�os anhelantes de ser llenados, anhelo desesperante si los hay, como el de un ahogado, el de un asm�tico, o de quien muere asesinado en la horca, bajo el peso de una almohada comprimida contra su cara o bajo el filo de una fina correa de cualquier material m�s fuerte que la carne.

Los tiempos est�n inmersos, casi siempre, uno en el otro. Se penetran como amantes desesperados: uno anhela ser llenado por el otro, el otro ans�a llenar el vac�o que no tolera ver.

Me dir�n que es una interpretaci�n freudiana, lo s�. �Pero qu� m�s es el mundo sino una serie de acoplamientos con el solo objetivo de llenar un espacio vac�o?

Un hijo nonato es un vac�o que la existencia aborrece.

Un accidente en la l�nea, una desviaci�n m�s en el paralelogramo, un rinc�n m�s a ser cubierto antes que la enfermedad y los monstruos se procreen con la imagen de Dios.

Un c�rculo es un tiempo pleno, sin comienzo ni fin, rodando una y otra vez sin conciencia. Quiz� eso sea la felicidad, o la dicha absoluta.

En cambio, un paralelogramo es un ente imperfecto, constituido de rincones vac�os, una conformaci�n apta para el desgaste y la muerte. La cicatriz de la que antes hablamos, porque todo vac�o tarde o temprano se llenar�.

Si no es con el producto del choque de los tiempos, ser� con las an�malas c�lulas de un c�ncer: producto de la acumulaci�n de la espera, fermentaci�n de la angustia, fluido que se espesa y transforma desde el original polvo de la nada.

La ausencia es Dios, y Dios es el punto de las infinitas posibilidades: lo absoluto, contrario a la vida.

3

Cuando Ad�n perdi� su condici�n de absoluto, perdi� todo su conocimiento, y con �ste, la capacidad de la distinci�n l�gica entre el bien y el mal. Perdi� tambi�n, la voluntad, porque la volici�n es una fuerza necesariamente apegada a la claridad del pensamiento. Quien mal distingue los colores de las cosas y fen�menos, duda. Quien duda demasiado, dif�cilmente elige.

Ya sin el conocimiento, Ad�n vio mezcladas en su interior las ideas del bien y el mal en una sola sustancia que decidi� llamar alma. Ya no pudo distinguir en ella los matices imprescindibles para separar las aguas, como quien dice, de lo bueno y lo malo, lo correcto o lo incorrecto, la justicia de la injusticia, la bondad de la crueldad. En sus primeros d�as luego de ser expulsado del Para�so, cada vez que intentaba hacer algo bueno, sus manos eran dirigidas por algo m�s profundo que el pensamiento, y el producto de su labor fracasaba, y �l se sent�a amedrentado, triste, rabioso contra s� mismo.

Era menos que una hormiga, o m�s ignorante que las moscas, por lo menos ellas act�an de forma tan acertada que nunca fracasan, aunque no sepan la raz�n de sus actos. S�lo dependen de los factores externos, algo que ahora tambi�n se interpon�a en el camino de Ad�n. Fuera del Para�so, el clima era cambiante e incierto como las vicisitudes de su alma. Su cuerpo era d�bil comparado con el anterior, comenzaba a enfermar por m�s que se viese a s� mismo sano en el espejo de las aguas de un lago.

Lo absoluto es el conocimiento total, por eso Dios es lo absoluto, lo que no puede ser modificado, lo que no se ensucia ni tampoco requiere comprensi�n ni el toque de una mano, lo que no ans�a piedad. Algunos llaman felicidad a este estado de las cosas, para otros es lo m�s semejante a un gobierno de facto.

La vida, entonces, es lo contrario. Ella incluye la muerte y la enfermedad, la recuperaci�n y la parsimoniosa enjundia de los moribundos, la violencia y la caricia, el llanto tanto como la risa hist�rica y los gritos airados de dolor y triunfo.

En medio de la desolaci�n de su nuevo mundo, Ad�n sembr� y cultiv� sus tierras, perdi� m�s cosechas de las que pudo recoger, permaneci� en su lecho muchos d�as, ardiendo en fiebre luego de arar tras los bueyes bajo la lluvia. Su mujer debi� levantarlo del campo por la tarde, mientras sus hijos Ca�n y Abel deten�an a los animales que lo arrastraban desde la ma�ana. Se recuper� y cay� tantas veces como a�os puede vivir un hombre.

Cri� ganado, arri� vacas y cabras, esquil� ovejas, orde�� y llev� la leche en grandes tinajas para sus hijos.

Construy� casas, levant� cercas. Se arm� primero con piedras, luego con lanzas.

Sali� a pleno campo cabalgando en caballos que atrap�, dom� y cri� durante muchos a�os.

Mat� animales en bosques y selvas que explor� concienzudamente, como si de su propio cuerpo se tratara, domin�ndolo, haci�ndolo sudar hasta sentir que su carne se fortalec�a y sus huesos repercut�an sobre el suelo. Sab�a que su familia, ahora muy grande, escuchaba sus pasos apoyando los o�dos en la tierra.

Conoci� otros hombres y guerre� con ellos.

Yaci� con muchas mujeres, pero siempre regresaba al cuerpo de Eva, el

cuerpo de esa mujer que lo cautiv� no por ser la primera, sino por su noble figura coronada de la m�s grande intuici�n. Como si la sabidur�a perdida se hubiese transformado en ella en una carga de pesadumbre y adivinaci�n. Ella sab�a tantas cosas que no lograba ni quer�a, en realidad, transmitirle. Por las noches la escuchaba mantenerse insomne, pensando, y a veces �l se quedaba despierto tratando de percibir palabras en los cortos sue�os de Eva.

Y as� continu� trabajando. Elev� edificios y construy� ciudades. Invent� tantas cosas que ya hab�a perdido la cuenta de ellas. Los hombres ven�an de lejanos pueblos y se las llevaban. �l sab�a que muy lejos, sus inventos proliferar�an, pero nadie recordar�a el nombre de qui�n los hab�a creado.

Ad�n rod� en auto por los continentes, cruz� los mares y vol� en aviones sobre las llanuras en las cuales sus descedientes sembraban y cosechaban. �l volaba por encima de las nubes, contemplando el cielo celeste y l�mpido, y pens� en Dios, del cual tampoco sab�a el verdadero nombre. Hab�a recuperado mucha de su sabidur�a, pero no recordaba a�n lo esencial.

Cuando regres� de uno de sus viajes, portando un malet�n y una computadora, dejando sus pertenencias sobre la mesa del comedor y subiendo a la planta alta de su casa, vio tras las ventanas, el ascenso de los cohetes disparados hacia las estaciones espaciales de la luna. O tal vez, se dijo, fueran los nuevos cohetes exploradores del luminoso Marte.

En la habitaci�n de sus hijos, el televisor desped�a ruidos y palabras entrecortadas: guerras en Asia, revoluciones en Sudam�rica, guerrilla en Centroam�rica, atentados terroristas en Am�rica del Norte, motines en toda Europa, tsunamis en el Pac�fico, deshielo en los polos.

Cambi� de canal, viendo c�mo Ca�n permanec�a acostado en su cama, simulando dormir, pero su padre alcanzaba a distinguir el leve parpadeo que las vertiginosas im�genes provocaban en sus pupilas. �D�nde est� tu hermano?, pregunt�.

Como respuesta recibi� la mirada hostil de su hijo, los codos apoyados en la cama, el pelo largo cubri�ndole la frente, tapando las orejas, vestido con una remera a rayas y un jean impecable que el chico hab�a deste�ido en las rodillas. Ad�n le dijo mil veces que no lo hiciera, Ca�n se limit� a callarse la boca y salir del cuarto. Ad�n lo sigui� hasta el ba�o, lo vio abrir el botiqu�n. Ad�n repiti�: por �ltima vez, no lo hagas, hijo.

Ca�n se desnud� delante de su padre, sabiendo que detr�s de la puerta estaban su madre y Abel, observ�ndolo. Agarr� un trapo embebido en agua oxigenada y manch� el pantal�n nuevo. As�, en calzoncillos y sentado sobre la tapa del inodoro, actu� como si viviera solo, y Ad�n supo, con una claridad tan infrecuente desde que hab�a sido expulsado del para�so, que Ca�n siempre vivir�a solo, que su esencia como hombre era la inquebrantable soledad, y el aislamiento la �nica ganancia de su joven vida o el �nico tesoro recibido por la herencia.

Y supo, Ad�n, que la soledad es el �nico atributo del hombre.

Dios es �nico y solo, por qu� extra�arse que su hijo a�ore, a pesar de los superficiales contactos con seres parecidos a �l, esa soledad que lo devuelve a s� mismo, que lo identifica con su propia esencia: su pensamiento.

El conocimiento de s� mismo.

Por eso, Ca�n disfrutaba de la soledad. Y de alg�n modo conseguir�a estar solo para siempre.

La tarde en que su padre lleg� de viaje y le pregunt� por su hermano, el chico levant� la vista, dej� el control remoto del televisor sobre la cama y contest�: en el jard�n, pap�.

Era la primera vez que escuchaba esa palabra en boca de Ca�n. Tuvo, una vez m�s, como si en los �ltimos tiempos la memoria de antiguas edades estuviese volviendo, como si Dios le concediese recompensas, o tuviese piedad de su vejez, la constancia de que el lenguaje por �l inventado, la suma de todo el lenguaje que permit�a la distinci�n entre �l y sus bestias, pero que sobre todo le permit�a la capacidad del pensamiento, era tambi�n el m�s rico instrumento con el cual pod�a elevarse por encima de todos los otros hombres, formar la barrera que lo distingu�a en su auto-conciencia: ser solo y �nico.

La palabra hijo �l la hab�a inventado con mucho asombro, y una peque�a parte de amor, sin duda. La palabra padre era el primer aporte de Ca�n, una palabra que nac�a del barro, la negrura y el resentimiento de su alma

indivisible.
Baj� la escalera y sali� al jard�n trasero. Obvi� el llamado de su mujer desde la cocina. Busc�, ignorando a los perros que le saltaban moviendo las colas. Entonces not� que ellos, en lugar de festejar su llegada largo rato, se alejaban en seguida hacia el �rbol que lindaba con el vecino. Camin� hacia la sombra del follaje. Era la tarde que declinaba, y la sombra era alargada, rodeada de una incipiente penumbra llena de frescor. Oy� la voz de Eva, llam�ndolo, y un dejo de angustia quebraba su voz.

Rodeado de los perros, se par� a cinco pasos del tronco.

Protegido por la sombra, estaba su otro hijo. Abel ten�a la cabeza apoyada sobre una gran ra�z que se ergu�a como el hueso del brazo de un gigante enterrado mucho tiempo antes. El cuerpo reclinado, una mano bajo la mejilla derecha, la otra recostada sobre el c�sped. Ten�a los auriculares puestos, as� que Ad�n sinti� un breve alivio, y sonri�. Se acerc� a Abel, se puso de cuclillas junto a �l, le toc� el brazo, le acarici� la mano. Sin despertar, el chico parec�a mecerse con la �ltima brisa de la tarde, que luego traer�a fr�o y pesadumbre. Lo dejar� dormir, se dijo Ad�n, pero mejor ser� llevarlo a la casa para cenar. Se acerc� a�n m�s para levantarlo en brazos. Cuando lo hizo, se irgui� y puso sus labios sobre la cabeza de Abel.

Sinti� el olor de la sangre. Volvi� a apoyarlo en el suelo y apart� los cabellos, buscando una herida.

La herida era la grieta de un clavo introducido en la nuca de Abel.

Desde el �rbol escuch� un siseo, de atr�s le lleg� la risa amarga de una mujer, y de m�s lejos el graznido de una ventana que se abr�a.

Ad�n supo, por un instante tan extenso como el infinito, que �l finalmente hab�a regresado al viejo jard�n perdido.

Hab�a recuperado lo absoluto, pero como una sentencia.

4

Esa noche tuvo un sue�o. �l no era protagonista, ni siquiera un personaje secundario, ni hac�a una breve aparici�n sin di�logo, ni un cameo en que las grandes estrellas del cine ocultan su inminente decadencia. Porque fue como ver una pel�cula en realidad, sentado en la oscuridad de su ya inservible para�so recuperado.

Ya tendr�a tiempo de analizarse a s� mismo con interpretaciones freudianas, la infinitud del tiempo le pertenec�a. �l se consideraba a s� mismo tambi�n un sue�o so�ando otro sue�o, y todo lo vivido e inventado en sus largos a�os de exilio se desprend�an y volv�an a compaginarse como p�jaros de una bandada migrando de regi�n en regi�n. Fragmentos de pel�culas, m�s bien pedazos de celuloide cortados por tijeras para volverse a ensamblar de m�ltiples formas.

Esos son los sue�os, y era curioso que entre tanto material posible el punto de partida de su sue�o fuese un verso de Maiakovsky, un poeta tan realista, tan pol�tico. �Pero acaso la pol�tica es una realidad tangible, objetiva, acaso la lucha de tal poeta no era tambi�n un sue�o?

Lo cierto es que en este cine donde se halla solitario, ocupando una butaca de cuero cortajeado, rodeado del vac�o oscuro donde soplan algunos ventiladores desde las paredes del abismo, est� mirando una pel�cula de la cual siente olores, brisas, y sin tocarlos, puede sentir la piel de los actores. No son actores profesionales, quiz� sea s�lo un reality, una c�mara oculta. Eso es, todo sue�o es una c�mara oculta, sin posibilidades de demandas judiciales, de reclamos, de protestas posteriores, �nicamente el cumplimiento impostergable de la sentencia final.

Con la impunidad de un voyeur, observa con l�grimas lo que sigue. No es una novela ni un culebr�n mexicano, ni una pel�cula norteamericana para la televisi�n, ni un programa de concursos donde las preguntas son incontestables y el premio la nada de las cifras. No se emocionar� f�cilmente. Las l�grimas vienen s�lo de su propio ego perdido, de la insalubre situaci�n de su alma. Y mientras comienzan los t�tulos, se mira las manos a la luz mortecina de la pantalla: est�n quemadas como bajo el sol del desierto. El desierto de Jordania donde transcurre el film.

Dos hombres est�n sentados en el suelo, a ambos lados de un tablero de ajedrez. Se los ve concentrados, silenciosos, con la mirada clavada en las piezas. Uno tiene contextura grande, alta, de cabello oscuro y largo, algo enrulado en las puntas, cubriendo en parte el lado izquierdo de la cara y cayendo sobre la t�nica blanca. Tiene la mano izquierda sobre una rodilla, la otra sobre el ment�n, mientras sus dedos juegan con la barba, acompa�ando el juego de sus pensamientos. Tiene ojos oscuros, que se revelan apenas cuando levanta la vista hacia su contrincante.

El otro es m�s bajo de estatura, pero de cuerpo fornido. Viste una chaqueta negra sobre la t�nica de la misma clase que su contrincante. Su cabello es m�s corto, pero sumamente enrulado. Su barba es casta�a, un poco m�s clara que el pelo. Los ojos marrones claros, cambiantes a la luz de esa tarde. El sol lo ilumina mejor que al otro, sus manos movi�ndose m�s nerviosamente, sus p�rpados agit�ndose con cada sonido de los p�jaros que vuelan muy alto sin detenerse.

Ambos est�n a la sombra de un �rbol de ancha copa, de tronco amplio, que hunde sus ra�ces con profusi�n y demasiado anhelo, porque muchas todav�a est�n a ras de tierra y algunas sobresalen formando un entramado alrededor de los jugadores.

El �rbol est� perdiendo sus hojas, y se ve muy viejo, pero no puede decirse que est� muerto a�n. Por lo menos tiene la suficiente fuerza todav�a para sostener de una de sus ramas el cuerpo de un hombre que se mece de la horca.

El jugador que est� m�s cerca del �rbol se llama Ca�n, y su evidente nerviosismo tal vez provenga de ese hamacarse constante del cuerpo con la brisa, porque se escucha claramente el roce de la soga en la rama, como si de un momento fuera a romperse, y el paso del viento c�lido entre las ropas del cad�ver, que ya ha secado el �ltimo sudor.

El otro jugador tambi�n mira de tanto en tanto hacia el �rbol, pero se lo ve m�s tranquilo. Sin embargo, sus ojos transmiten tristeza, tal vez melancol�a, como si extra�ara el tiempo pasado en que el hombre muerto alguna vez vivi�. Fue su amigo, sin duda, porque su nombre era Judas.

Ahora se�ala con el dedo �ndice de la mano derecha a su contrincante, y dice: te toca. El otro asiente con la cabeza y le dirige una mirada de hast�o, pero su silencio lo caracteriza m�s que a Jes�s. Porque este es el nombre del hombre de cabello largo que espera, pacientemente, la jugada.

Si observamos el tablero, vemos que ambos han perdido la misma cantidad de piezas. La mitad que corresponde a Jes�s est� ordenada sistem�ticamente, peones

que protegen a la reina, reservada en su casilla, el rey custodiado por los caballos. La mitad de Ca�n no tiene un sistema, y ha sacado a su reina en un juego que amenaza con exterminar lentamente las piezas de Jes�s. Ambos perdieron tres peones, Ca�n un alfil en manos de un pe�n en una distracci�n que no se perdona (le hecha la culpa al cuerpo oscilante cerca suyo). Jes�s mantiene sus piezas importantes, pero se da cuenta que se est� enclaustrando. C�mo sacar a la reina del arco de fuego de sus caballos, c�mo utilizar los alfiles tras la barrera de peones. Deber� arriesgar, y no conoce la estrategia de Ca�n, que se caracteriza precisamente por su falta de estrategia.

En el desierto de Jordania los p�jaros no tienen muchos �rboles donde posarse. Olivares, algunos, junto al r�o, muchos �rboles espinosos, como el que est� junto a ellos. La sombra de las aves cuando cruzan frente al sol trae un cuadriculado fugaz que parece duplicar el tablero en el cielo. Ambos alzan la mirada, pero pronto vuelven a concentrarse, como si pensaran que tal momento de distracci�n fuese la oportunidad para una trampa por parte del otro. Pero en el ajedrez las trampas no existen, ellos lo saben.

Jes�s mueve uno de sus peones, y el �nico alfil de Ca�n lo come. Un caballo de Jes�s termina con el alfil.

Sin duda, son jugadores sin experiencia. A pesar de que hace siglos que est�n jugando, sus mentes no se concentran, se pierden en recuerdos, en filosof�as, en personas muertas, en proyectos fracasados, en hechos irreversibles. Tal vez jugasen bien si supieran que su estad�a en el desierto es transitoria, pero saben que su tiempo ha pasado, y la condena a la que han sido sometidos es para la mitad de su alma, mientras la otra gira en la red de los tiempos.

Una conciencia doble los aniquila para la vida: hombres y dioses, mitos y realidades dividen sus almas en dos fragmentos: la conciencia de s� mismos latente en la infinitud del juego en el desierto, y la vida del cuerpo que se regenera en cada ciclo de los tiempos, en cada arbitrario entrecruzamiento.

Mientras Jes�s retira el alfil, Ca�n lo mira con ira, pero una casi imperceptible sonrisa se forma inmediatamente. Su mano mueve un caballo para comer el del contrincante. Jes�s se r�e de su descuido, se rasca la barba y cambia la posici�n de su mano izquierda sobre la rodilla. Luego de estas dos jugadas pasan muchos minutos, imposibles de calcular.

El cuerpo sigue meci�ndose, con m�s ruido porque el rigor mortis lo hace mecerse como una madera en la que el viento dibuja golpes en lugar de caricias. No han pasado m�s aves, y se escucha el ladrido de muchos perros a lo lejos.

(Ad�n se duerme, se pasea en sue�os m�s homog�neos, tal vez el sedante que le indicaron est� haciendo efecto. No sabe cu�nto tiempo ha pasado. De las aguas oscuras del sue�o sin sue�os, regresa a la luz exuberante del desierto).

El tablero ahora est� diferente, demasiado como para reconstruir las jugadas una a una. La situaci�n es la siguiente: Jes�s est� haciendo jaque al rey de Ca�n. �ste tiene dos opciones, perder el �nico alfil que le queda protegiendo al rey, o comer a la reina con la torre, tambi�n �nica. Elige comer la reina de Jes�s, y �ste elimina la torre con un pe�n.

El rey de Ca�n est� desprotegido, y lo sabe. Tiene dos peones solamente, pero el alfil y la reina juegan un vals frente a la barrera inextricable de Jes�s.

Uno no se arriesga y se enclaustra en su propia trampa, el otro lo expone todo en un avance total, pero no encuentra grietas por donde penetrar. Uno protege a su padre, el otro lo expone sin encontrar que alguien lo elimine.

Uno suicida, el otro asesino. Pero cu�l es cu�l, se preguntan ambos. Juego de roles que ha durado ya demasiado tiempo.

Ambos lucen cansados, y atardece. La noche se avecina sobre el lugar donde est�n sentados. Bajo el �rbol ha refrescado, y el viento hace crepitar los restos de Judas. Sienten el dulce olor del cuerpo descomponi�ndose, pero saben que los perros del desierto no vendr�n sino hasta muy tarde en la noche. Los escuchan acercarse, su ladrido es m�s parejo, m�s fuerte. Ca�n se da vuelta y mira hacia el oeste la nube de polvo que se levanta ocultando la silueta del sol acostado.

Han olvidado, por un momento, el juego. Nadie mover� las piezas, ni siquiera el viento. S�lo sus manos tienen la fuerza para levantarlas. El tablero

parece de piedra, pero no lo es, parece esculpido en una sola pieza, pero cada figura simplemente est� apoyada con el peso de su propio cuerpo. El peso de cada hombre con su peso muerto.

Entonces Ca�n bosteza, y de pronto se interrumpe, con la vista fija en el oeste. Jes�s se pregunta si no ser� una estratagema para mover alguna pieza en el tablero sin que �l lo vea. Despeja su duda como quien sabe de antemano que su contrincante es un honrado asesino. (A Jes�s le agrada, a veces, verse como Hamlet, se ha imaginado muchas veces vestido con la moda dinamarquesa en viejos castillos poblados por el incesto). Se da vuelta, enfrentando la l�nea de polvo en el horizonte, y espera ver a los perros �vidos acerc�ndose r�pidamente.

Pero alguien se acerca m�s r�pido, y sin embargo no corre. El hombre camina y los perros se mantienen en su inmanente caminata, como estacados en un sector del tiempo.

La figura se acerca, va adquiriendo formas claras. Es alto como Jes�s, pero mucho m�s delgado, se nota su figura escu�lida, su cabello largo y seco, cubierto de polvo, su cara demacrada. Y sobre todo la piel p�lida, ya no hinchada, sino resec�ndose, agriet�ndose.

Camina con torpeza, con esfuerzo. Renguea, parecen dolerle las caderas, las rodillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�n de Escobar   Abril-Diciembre 2012

INDICE

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�##de Escobar Abril-Diciembre 2012

INDICE

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�##de
Escobar   Abril-Diciembre 2012

INDICE

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�##de
Escobar Abril-Diciembre 2012

INDICE

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�##de
Escobar Abril-Diciembre 2012

INDICE

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�##de

Escobar   Abril-Diciembre 2012

INDICE

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las

piezas cuidadosamente, una vez m�s.
     Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.
     L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�##de Escobar   Abril-Diciembre 2012

INDICE

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.
     Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.
     Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el

tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�##de Escobar   Abril-Diciembre 2012

INDICE

#

#

#

#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.
Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.
Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.
Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.
L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�##de Escobar   Abril-Diciembre 2012

INDICE

#

#

#

#

#PAGE #

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�##de

Escobar   Abril-Diciembre 2012

INDICE

#

#

#

#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�##de
Escobar   Abril-Diciembre 2012

INDICE

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�##de
Escobar   Abril-Diciembre 2012

INDICE

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�##de
Escobar   Abril-Diciembre 2012

INDICE

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�##de Escobar   Abril-Diciembre 2012

INDICE

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�##de Escobar   Abril-Diciembre 2012

INDICE

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�##de
Escobar   Abril-Diciembre 2012

INDICE

#

#

#

#

#PAGE #

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�`##e
Escobar Abril-Diciembre 2012

INDICE

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�`##e

Escobar Abril-Diciembre 2012

INDICE

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

Lázaro, le dijo, sólo por hoy, acuéstate y descansa.

Bel�`##e
Escobar Abril-Diciembre 2012

INDICE

#

#

#

#

#PAGE #

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando está a diez pasos de Jesús, se detiene y espera en silencio.

Tras él, hay un solo perro. No lo habían visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se paró a un lado, mirando a los jugadores. Caminó luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanzó sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras sólo se tumbaron. El perro se quedó allí parado, con una pata sobre un rey caído.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�`##e

Escobar   Abril-Diciembre 2012

INDICE

#

#

#

#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre

las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�`##e
Escobar   Abril-Diciembre 2012

INDICE

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente,

endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�`##e
Escobar   Abril-Diciembre 2012

INDICE

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�`##e

Escobar   Abril-Diciembre 2012

INDICE

#

#

#

#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�`##e

Escobar   Abril-Diciembre 2012

INDICE

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�`##e
Escobar   Abril-Diciembre 2012

INDICE

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�`##e

Escobar   Abril-Diciembre 2012

INDICE

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�`##e

Escobar   Abril-Diciembre 2012

INDICE

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�`##e
Escobar   Abril-Diciembre 2012

INDICE

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�������������������ȴд��д���������##hy4�##

INDICE

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel������������������l,д��д��������##hy4�##

INDICE

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel����������������������������□���##��##hy4�##

INDICE

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel������������������������������□����##��##hy4�##

INDICE

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

Lázaro, le dijo, sólo por hoy, acuéstate y descansa.

Bel�������□��
���Pa�����##���####��##hy4�##

INDICE

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando está a diez pasos de Jesús, se detiene y espera en silencio.

Tras él, hay un solo perro. No lo habían visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se paró a un lado, mirando a los jugadores. Caminó luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanzó sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras sólo se tumbaron. El perro se quedó allí parado, con una pata sobre un rey caído.

Ninguno pareció lamentar el suceso. Jesús acarició la cabeza del perro y éste se alejó después para refugiarse a la sombra del árbol. Caín, con un

suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.
Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.
L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�������□��
���Pa�����##���##��##hy4�##

INDICE

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.
Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.
Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se

qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.
Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.
Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.
L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�������□��

���Pa�����##���##��##hy4�##

INDICE

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.
Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.
Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre.

El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel��□��□����

����ج##a�����##���##��##hy4�##

INDICE

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.
Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.
Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.
Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.
L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel��□��□����

����¿##a�����##����##���##hy4�##

INDICE

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente,

endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel��□��□����

����ہ##a�����##���##��##hy4�##

INDICE

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel��□��□����

����ج##a�����##���##��##hy4�##

INDICE

#

#

#

#

#PAGE #

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel������������
����ج##a�����##����##��##hy4�##

INDICE

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel��□��□����

����؛##a�����##���##��##hy4�##

INDICE

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�'XK���S���9�,���G��#�#�}T#�O�9
#"1Q�B�N#;�]�Y��J/�hY%7#'IX-\Lʸ}�#�dwq�ķ7I�o�i�#□���#É�!I�B�#? �º��:~□��#�KQ �J�

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�lHlink="folHlink"/>###�}T#�O�9
#"1Q�B�N#;�]�Y��J/�hY%7#'IX-\Lʸ}�#�dwq�ķ7I�o�i�#���#É�!I�B�#? �º��:~��#�KQ �J�

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�

�ProductID ##nk"/>###�}T#�O�9
#"1Q�B�N#;�]�Y��J/�hY%7#'IX-\Lʸ}�#�dwq�ķ7I�o�i�#���#É�!I�B�#? �º��:~��#�KQ �J�

#�2�l#�H��A#�#��2r�#t##�U�#M�2�#y##ILITADO
25

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�

�ProductID ##nk"/>###�}T#�O�9
#"1Q�B�N#;�]�Y��J/�hY%7#'IX-\Lʸ}�#�dwq�ķ7I�o�i�#����#É�!I�B�#? �º��:~���#�KQ �J�

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�

�ProductID ##nk"/>###�}T#�O�9
#"1Q�B�N#;�]�Y��J/�hY%7#'IX-\Lʸ}�#�dwq�ķ7I�o�i�#���#É�!I�B�#? �º��:~��#�KQ �J�

#�2�l#�H��A#�#��2r�#t##�U�#M�2�#y##ILITADO
25

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�

�ProductID ##nk"/>###�}T#�O�9
#"1Q�B�N#;�]�Y��J/�hY%7#'IX-\Lʸ}�#�dwq�ķ7I�o�i�#����#É�!I�B�#? �º��:~���#�KQ �J�

#�2�l#�H��A#�#��2r�#t##�U�#M�2�#y##ILITADO

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�

�ProductID ##nk"/>###�}T#�O�9
#"1Q�B�N#;�]�Y��J/�hY%7#'IX-\Lʸ}�#�dwq�ķ7I�o�i�#���#É�!I�B�#? �º��:~��#�KQ �J�

#�2�l#�H��A#�#��2r�#t##�U�#M�2�#y##ILITADO

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�

�ProductID ##nk"/>###�}T#�O�9
#"1Q�B�N#;�]�Y��J/�hY%7#'IX-\Lʸ}�#�dwq�ķ7I�o�i�#����#É�!I�B�#? �º��:~���#�KQ �J�

#�2�l#�H��A#�#��2r�#t##�U�#M�2�#y##ILITADO

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�

�ProductID ##nk"/>###�}T#�O�9
#"1Q�B�N#;�]�Y��J/�hY%7#'IX-\Lʸ}�#�dwq�ķ7I�o�i�#���#É�!I�B�#? �º��:~��#�KQ �J�

#�2�l#�H��A#�#��2r�#t##�U�#M�2�#y##ILITADO

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�

�ProductID ##nk"/>###�}T#�O�9
#"1Q�B�N#;�]�Y��J/�hY%7#'IX-\Lʸ}�#�dwq�ķ7I�o�i�#□���#É�!I�B�#? �º��:~□��#�KQ �J�

#�2�l#�H��A#�#��2r�#t##�U�#M�2�#y##

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�

�ProductID ##nk"/>###�}T#�O�9
#"1Q�B�N#;�]�Y��J/�hY%7#'IX-\Lʸ}�#�dwq�ķ7I�o�i�#���#É�!I�B�#? �º��:~��#�KQ �J�

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�

�ProductID ##nk"/>###�}T#�O�9
#"1Q�B�N#;�]�Y��J/�hY%7#'IX-\Lʸ}�#�dwq�ķ7I�o�i�#����#É�!I�B�#? �º��:~���#�KQ �J�

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el paso. En un brazo recoge la toga rasgada que arrastra, demasiado larga. Son los restos de una mortaja, en realidad.

Cuando est� a diez pasos de Jes�s, se detiene y espera en silencio.

Tras �l, hay un solo perro. No lo hab�an visto hasta entonces, oculto entre las piernas del caminante, fue como verlo nacer de pronto del cuerpo del hombre. El animal se par� a un lado, mirando a los jugadores. Camin� luego hacia ellos con actitud amenazante, dio vueltas a su alrededor, y se abalanz� sobre el tablero. Algunas piezas salieron despedidas, otras s�lo se tumbaron. El perro se qued� all� parado, con una pata sobre un rey ca�do.

Ninguno pareci� lamentar el suceso. Jes�s acarici� la cabeza del perro y �ste se alej� despu�s para refugiarse a la sombra del �rbol. Ca�n, con un suspiro de cansancio y resignaci�n, enderez� el tablero y comenz� a ordenar las piezas cuidadosamente, una vez m�s.

Jes�s dirigi� entonces la palabra al reci�n llegado.

L�zaro, le dijo, s�lo por hoy, acu�state y descansa.

Bel�xmlformats.org/officeDocument/2006/bibliography" xmlns="http://schemas.openxmlformats.org/officeDocument/2006/bibliography"></b:Sources>##v�#gUVo�C# U�Y��C�#7^�#��*�C#���o`#U)9�
���I#�# �##)�hn ��#�#

#�2�l#�H��A#�#��2r�#t##�U�#M�2�#y##ILITADO

#

#

#

#

#PAGE #

#PAGE #118#

##odillas, los tobillos. Se detiene unos segundos, respira profundamente, endereza su espalda encorvada por el cansancio del camino, y retoma el pa